

A UN beso DEL DESASTRE

HUGO SANZ

A UN beso DEL DESASTRE

HUGO SANZ

Primera edición.
A un beso del desastre
©Hugo Sanz
©mayo, 2026
©imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

Capítulo 1



Noa

A las seis de la tarde, Nueva York rugía como un animal herido.

Claxon tras claxon. Sirenas lejanas. Gente caminando deprisa sin mirar a nadie, como si el suelo quemara. Siempre igual. Siempre demasiado.

Y, sin embargo, dentro de mí… nada. Silencio.

Uno espeso, incómodo. De esos que se te metían bajo la piel y no salían ni aunque te arrancases a trozos.

Me apoyé un segundo en la pared exterior del bar antes de entrar. El neón parpadeaba encima de mi cabeza, medio muerto, como todo en ese sitio. Inspiré hondo. Olía a basura, a humo viejo y a lluvia reciente. A ciudad cansada. A vida que no era la mía.

Porque la mía se había quedado esa misma mañana en una habitación blanca con dibujos pegados en las paredes. Con mi hija Mia.

Cerré los ojos un instante, pero fue peor.

—¿Cuándo vuelvo a casa, mamá?

Su voz me golpeó otra vez, igual de limpia, igual de directa.

Ocho años y ya había aprendido a hacer la pregunta que más dolía. No supe qué responder entonces. Y seguía sin saberlo ahora.

Abrí la puerta del bar y el golpe de calor y olor fue inmediato. Alcohol barato. Sudor. Madera húmeda. Perfume demasiado dulce intentando tapar lo imposible.

Casa. O lo más parecido que tenía.

Las luces de neón dentro eran peores que fuera. Rojas, moradas, algunas directamente muertas. Todo parecía cubierto por una capa de suciedad invisible. Como si el tiempo allí no avanzara, solo se pudriera lentamente.

La música sonaba demasiado alta para lo vacío que estaba el sitio.

Siempre era igual a esa hora: hombres cansados saliendo del trabajo, otros que nunca parecían haber tenido uno, y unos cuantos que directamente daban ganas de cruzar la calle si los veías de día.

Me até el delantal sin prisa, notando el peso del cuerpo como si llevara días sin dormir. Que, siendo sincera, tampoco era tan mentira.

—Mira quién vuelve del mundo de los vivos.

La voz de Lena me arrancó de mis pensamientos.

Ahí estaba, apoyada en la barra como si fuera su trono personal. Pelo rubio platino recogido a medias, varios mechones cayéndole por la cara. Labios pintados de un rojo demasiado perfecto para este sitio y sonrisa ladeada.

Siempre lista para soltar algo. Siempre lista para no sentir.

—Si me vuelven a pedir una sonrisa, voy a cobrarla a diez dólares el centímetro —añadió sin esperar respuesta, mirando a un tipo que la observaba desde una mesa.

Solté una media sonrisa. Automática y casi imperceptible, pero real.

—Te forras —murmuré, dejando la chaqueta detrás de la barra.

—Eso intento, cariño. Pero la economía está fatal.

Lena chasqueó la lengua y cogió una botella, sirviendo dos vasos como si estuviera en un sitio elegante en vez de en ese agujero.

Me deslizó uno sin preguntar. Nunca lo hacía.

—¿Cómo ha ido? —dijo al final, bajando un poco el tono.

Ahí estaba la pregunta que sí importaba.

Me encogí de hombros y di un trago. Quemaba. Bien.

—Como siempre.

Mentira. Siempre era peor.

—Ajá —respondió ella, sin creérselo—. ¿Ha preguntado?

No contesté. No hacía falta.

Lena suspiró y miró hacia otro lado, dándome ese espacio raro que solo ella sabía dar. Sin invadir, sin insistir. Pero sin irse.

—Un día —dijo, apoyando los codos en la barra— voy a romperle la cara a alguien por todo esto.

—Ponte a la cola.

Nos quedamos en silencio unos segundos. No incómodo, solo… pesado. Como todo.

El bar empezó a llenarse poco a poco. Sillas arrastrándose. Risas demasiado altas. Miradas que se quedaban más tiempo del necesario sobre nuestros cuerpos. Trabajo, así lo llamaba el jefe.

Me moví por la barra casi en automático. Servir. Cobrar. Sonreír lo justo. Apartar manos cuando tocaba. Ignorar comentarios cuando no merecían ni eso. Había aprendido rápido.

O aprendías o no durabas. Así de simple.

En una de las mesas, Tasha discutía con un cliente. Su voz arrastraba ese tono de alguien que había gritado demasiado en la vida.

Más allá, Maribel evitaba mirar a los ojos a un tipo que claramente no entendía lo que significaba "no".

Y Jade… Jade sonreía. Siempre sonreía, pero sus ojos nunca acompañaban.

—Eh —murmuró Lena a mi lado, inclinándose un poco—. Mira.

Seguí su mirada. La puerta se abrió y el ambiente cambió. No de golpe ni de forma evidente, pero lo hizo. Como cuando entraba aire frío en una habitación cerrada.

Moteros. Se notaba incluso antes de verlos bien.

Botas pesadas. Chaquetas de cuero. Presencia. No eran como los otros clientes. Nunca lo eran.

No babeaban. No tocaban sin permiso. No suplicaban. Solo… estaban. Y eso, de alguna forma, imponía más que cualquier grito.

Entraron riendo, ocupando espacio sin pedirlo. Como si el sitio ya fuera suyo antes de cruzar la puerta.

Noté cómo varios clientes habituales bajaban la mirada por instinto, por supervivencia.

Victor, desde el otro lado de la barra, los observó sin moverse. Su sonrisa habitual, perfectamente medida, no cambió ni un milímetro. Eso era lo más inquietante de él.

Nunca cambiaba. Nunca levantaba la voz. Nunca necesitaba hacerlo.

Uno de los moteros golpeó la barra con los nudillos.

—Whisky —pidió, directo y sin juegos.

Lena se adelantó antes que yo.

—Claro, cielo —dijo con esa sonrisa suya que era mitad broma, mitad desafío.

Yo no dejé de mirar. No a todos, a uno. No sabía por qué al principio. Solo… pasó.

Estaba un poco detrás del resto. Más quieto. Observando. No reía tanto ni hablaba tanto. Pero cuando lo hacía, los demás escuchaban.

Alto. Ancho. Hombros que parecían hechos para romper puertas. Pelo oscuro, barba de varios días. Y unos ojos… No supe definirlos, pero no eran de los que miraban sin ver.

Me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo observándolo cuando Lena me dio un leve golpe con el codo.

—Cuidado —susurró—. Esos no son de los que miras dos veces.

—¿Quién es ese? —pregunté en voz baja, sin apartar del todo la vista.

Lena soltó una risa corta.

—Problemas con piernas —respondió—. Y bíceps. Muchos bíceps.

Volví a mirarlo y, por un segundo, él también me miró a mí. Sin sonrisa. Sin gesto. Solo una mirada directa. Y no supe por qué, pero algo en mi pecho se tensó.

Como si acabara de cruzar una línea invisible. Y ya no hubiera vuelta atrás.

El ruido subió un poco más cuando los moteros se acomodaron. No era escándalo ni caos. Era… presencia. Como si el aire se hiciera más denso.

Aparté la mirada antes de que se notara demasiado que me había quedado enganchada. No era buena idea fijarse en nadie aquí. Menos en alguien así.

Aquí, mirar de más siempre tenía un precio.

—Mesa seis —dijo Lena, deslizándome una bandeja sin mirarme—. Y cuidado, que esos vienen con ganas de conversación… o algo peor.

Seguí la dirección de su barbilla y vi a tres hombres. Trajes arrugados, corbatas flojas, ojos vidriosos. De esos que no saben si quieren beber, hablar o comprar algo que no deberían poder pagar. Perfecto.

Cogí aire y me acerqué con esa máscara que me ponía cada noche para trabajar. Sonrisa medida. Postura relajada. Distancia justa.

—¿Algo más? —pregunté, dejando las cervezas delante de ellos.

Uno de ellos, el que estaba en el centro, me miró de arriba abajo sin ningún tipo de disimulo. Asco, eso fue lo que sentí. Pero no se lo dejé ver. Nunca dejaba que lo vieran.

—Sí —dijo, apoyando el codo en la mesa—. Queríamos saber si el servicio incluye… entretenimiento privado.

Ahí estaba. Siempre llegaba ese momento.

Noté cómo los otros dos se inclinaban un poco hacia delante, expectantes. Como niños esperando un regalo. Mantuve la sonrisa. Fría y profesional.

—Depende de lo que entienda por entretenimiento —respondí, ladeando ligeramente la cabeza.

Que hablen ellos. Que se expongan ellos. Siempre era mejor así.

El hombre sonrió, enseñando unos dientes demasiado blancos para alguien así.

—No te hagas la difícil. Nos han dicho que aquí las chicas son… flexibles.

Un segundo. Solo un segundo fue suficiente para que algo dentro de mí se tensara. Pero por fuera… Nada.

—Le han informado mal —contesté con suavidad—. Aquí servimos bebidas. Y bastante rápido, si se comportan.

Uno de los otros soltó una risa incómoda. El del centro no. Ese siguió mirándome. Midiendo.

—Podríamos pagar bien —insistió, bajando la voz—. Muy bien.

Ahí es donde muchas dudaban. Ahí es donde empezaban los problemas. Yo negué despacio, sin perder la sonrisa.

—Entonces debería hablar con el jefe —dije, dando un pequeño paso atrás—. Él gestiona ese tipo de… peticiones.

Era una mentira a medias, pero suficiente. Siempre era mejor poner a Victor entre ellos y nosotras. Siempre.

El hombre chasqueó la lengua, claramente molesto.

—Qué desperdicio.

Sí, pensé. Tú.

—¿Algo más? —pregunté, ya sin rastro de amabilidad real, y negaron.

Me giré antes de que pudieran añadir nada más. La bandeja pesaba menos de lo que debería, o quizá era yo.

Caminé de vuelta hacia la barra, esquivando mesas, voces, manos que se movían demasiado cerca. Y entonces llegaron los recuerdos. Esos que no avisaban nunca, solo se colaban.

Como el frío. Como el hambre. Como todo lo que no podías evitar.

Diecisiete años. Un test de embarazo apoyado en el lavabo de un baño demasiado pequeño. Dos líneas.

Recordaba haberme reído. No por gracia, sino por incredulidad. Como si aquello le estuviera pasando a otra persona.

A alguien que no era yo. A alguien con una vida normal.

Él estaba sentado en mi cama cuando se lo dije. Aún podía verlo. La forma en la que se pasó la mano por el pelo. Cómo evitó mirarme directamente al principio. Cómo todo cambió en cuestión de segundos.

—*Noa…* —Empezó.

Mal. Ya empezó mal.

—*Somos muy jóvenes.*

Peor.

—*Mi familia…*

Y ahí estaba. Siempre estuvo ahí. Su familia. Su apellido. Su futuro perfecto. Sin mí.

—*No puedo ser padre ahora.*

No quiero, eso es lo que realmente dijo. Aunque no usara esas palabras.

Tragué saliva al llegar a la barra, dejando los botellines vacíos con un golpe un poco más seco de lo necesario.

El ruido del cristal contra la madera me devolvió al presente un instante, pero no lo suficiente. Porque luego vinieron ellos.

Mis padres. La cocina. El silencio antes de la tormenta.

—*No puedes tener ese niño.*

Directo, frío y sin rodeos. Como si estuvieran hablando de tirar un mueble viejo.

—*Sí puedo.*

No temblé. Ni una vez. Creo que fue la única vez en mi vida que estuve completamente segura de algo.

—*Entonces no cuentes con nosotros.*

Y así, sin más, puerta. Fuera de casa con diecisiete años, una mochila y una vida que empezaba a romperse en mil pedazos.

El centro de madres solteras olía a desinfectante y resignación. Pero también… A veces… A esperanza.

Ahí la tuve a ella, a Mia.

Cerré los ojos un segundo al recordarlo.

Era pequeña y arrugada, pero perfecta. La primera vez que la cogí, entendí que todo lo demás daba igual. Todo. Y lo mantuve.

Trabajé. Estudié. Aguanté. No era feliz, pero tenía algo más importante. Tenía un motivo.

Hasta que todo cambió.

El supermercado. Las cajas. Las horas interminables. Y él. Siempre rondando. Siempre sonriendo como si todo fuera suyo.

—*Solo una cena* —me dijo una vez—. *Podría ayudarte mucho.*

No. Siempre fue un no como respuesta. Hasta que dejó de pedírmelo y decidió quitármelo todo de otra forma.

—*Dice que lo acosas.*

—*Dice que no puedes cuidar bien de la niña.*

—*Dice que sería mejor para ella otro entorno.*

Las voces de los servicios sociales aún resuenan igual. Neutras y educadas, pero letales.

El día que se la llevaron… No grité ni lloré. No hice nada. Solo me quedé ahí. Vacía. Otra vez ese silencio.

El mismo de ahora. El mismo que nunca se iba.

—Noa.

La voz de Lena me sacó de golpe. Parpadeé y el bar volvió a enfocarse poco a poco.

Las luces. El ruido. La gente. Todo.

—Te has ido —dijo, mirándome de cerca.

—Un poco.

—Ya.

Me deslizó otro vaso.

—Invita la casa —añadió.

Mentira, pero se agradecía igual.

Lo cogí y, entonces, sin querer, volví a mirar hacia la mesa de los moteros.

Él seguía allí. El mismo. El que no reía tanto. El que observaba. Y esta vez no apartó la mirada cuando se encontró con la mía.

Algo en mi estómago se tensó. No era miedo. No exactamente. Pero tampoco era nada bueno.

Porque en mi vida… Nada que empezara así terminaba bien.

Capítulo 2



Darek

Nueva York nunca dormía. Pero en esa zona… parecía que llevaba años muerta.

Naves industriales medio derruidas. Talleres con persianas a medio cerrar. Calles demasiado anchas para tan poca gente. Demasiado silencio entre ruido.

Era el tipo de lugar donde las cosas pasaban sin testigos. O donde los testigos aprendían a no ver.

Aparqué la moto frente al bar sin prisa, dejando que el motor muriera poco a poco bajo mí. El eco del rugido se perdió entre el metal oxidado y el hormigón sucio.

Me quité el casco despacio. El aire olía a gasolina, humedad y problemas. Siempre olía así.

A mi alrededor, el resto ya estaba llegando. Uno a uno. Como siempre. Sin necesidad de hablar. Sin necesidad de dar órdenes. Familia.

Jax fue el primero en soltar una carcajada al bajarse de la moto.

—Espero que hoy haya algo más que cerveza aguada —dijo, estirándose como si acabara de levantarse de la cama—. Porque ayer casi me envenenan.

—Tú bebes cualquier cosa —gruñó Briggs mientras se quitaba los guantes—. No te hagas el fino ahora.

—Tengo estándares, oso.

—No. Tienes hígado de piedra.

Milo no dijo nada. Nunca lo hacía al principio. Ya estaba mirando una moto aparcada cerca, como si el mundo se redujera a engranajes y tornillos.

Ghost llegó el último, como casi siempre. Silencioso. Medido. Perfectamente integrado. Demasiado.

Mis ojos se detuvieron un segundo en él antes de apartarse. Costumbre o instinto, no sabría decirlo.

—¿Entramos o vais a seguir coqueteando entre vosotros? —soltó Jax, caminando ya hacia la puerta.

—Habla por ti —murmuró Briggs.

Empujé la puerta y el calor me golpeó de inmediato.

Alcohol. Sudor. Electricidad en el aire. Lo de siempre. Pero mis ojos ya estaban trabajando antes de que diera el segundo paso.

Salidas, dos. Ventanas, inutilizables. Cámara en la esquina derecha… vieja. Otra detrás de la barra. Clientes habituales, la mayoría.

Tres caras nuevas. Uno nervioso. Uno demasiado borracho. Uno que observaba más de lo normal. Anotado.

Y entonces… La vi.

No fue inmediato, ni como en las películas. Fue más inevitable.

Estaba detrás de la barra, moviéndose con esa precisión que solo tiene la gente que lleva demasiado tiempo sobreviviendo.

No sonreía, al menos no de verdad, pero tampoco parecía rota. Eso era lo que llamaba la atención.

La mayoría en sitios como este lo estaban. Ella no. Cansada, sí. Mucho. Se le notaba en las ojeras, en la forma en que apoyaba el peso en una cadera cuando creía que nadie miraba.

Pero había algo más. Algo duro. Algo que no se rendía. Y eso… Eso era peligroso.

—Te estás quedando mirando, grandullón.

La voz de Jax me sacó del análisis.

—Estoy mirando riesgos —respondí sin apartar del todo la vista.

Jax siguió mi mirada y sonrió. Mal.

—Claro. Con ese escote, el riesgo es evidente.

No contesté. No hacía falta. Me acerqué a la barra con el resto, apoyando los antebrazos mientras Lena, la camarera rubia, se adelantaba a atendernos, rápida y segura, con ese tipo de actitud que decía "no me toques" sin necesidad de palabras después de que alguien pidiera whisky.

Mientras servía, mis ojos volvieron a moverse por el local.

Victor estaba donde esperaba. Detrás, observando. Siempre observaba. No hablaba mucho, pero tampoco necesitaba hacerlo. Los hombres como él no gritaban, controlaban. Y algo en su forma de mirar a las chicas… No me gustaba. Nada.

—Tenemos que hablar de lo del sábado —dijo Briggs a mi lado, rompiendo el hilo de mis pensamientos—. El hospital ha confirmado.

—¿Cuánto falta? —pregunté.

—Más de lo que tienen.

Jax resopló.

—Pues habrá que sacar más.

—Ya lo estamos haciendo —murmuró Milo sin levantar la vista de su vaso.

—Podríamos hacer otro evento —añadió Briggs—. Como el del año pasado.

—Ese en el que casi te peleas con un payaso —rio Jax.

—Me provocó.

—Era un payaso.

—Me provocó.

Negué con la cabeza, pero una mínima sombra de algo parecido a una sonrisa cruzó por mi cara. Duró poco. Siempre duraba poco.

Porque entonces lo noté. Otra vez. A ella.

Moviéndose entre las mesas. Evitando manos. Esquivando miradas. Sin hacer ruido. Sin montar escenas. Pero tampoco cediendo más de lo necesario.

Sabía jugar. Y eso significaba que llevaba demasiado tiempo en ese juego.

Mis ojos bajaron un segundo, casi sin querer, a mi antebrazo. El tatuaje. Las letras negras sobre la piel. Dos nombres. Pequeños y eternos.

Pasé el pulgar por encima, un gesto automático. Inconsciente. El fuego volvía siempre. No importa cuánto tiempo pasase.

El olor. El calor. Los gritos. La impotencia. Llegar tarde.

Cerré la mano en un puño y volví al presente. Porque el presente… también olía mal. Y esta vez no era humo. Era algo más.

El tipo de la mesa seis estaba demasiado cerca y era demasiado insistente con la camarera que me había llamado la atención. La vi tensarse. Solo un poco, pero suficiente.

Él le dijo algo. No escuché qué, pero no hacía falta. La forma en que inclinó el cuerpo hacia ella lo decía todo.

Mi espalda se tensó. No me moví, al menos todavía. Evaluar. Siempre evaluaba primero.

Ella respondió. Con calma, con control. Intentando salir de ahí sin escalar la situación. Bien.

Pero él no.

La mano subió demasiado y demasiado rápido, y se posó donde no debía. Un segundo, solo uno, pero suficiente.

Algo en mi pecho crujió. No fuerte ni visible, pero real. Aun así… Esperé.

Un segundo más. El necesario para saber si ella podía manejarlo. Para saber si esto era suyo o mío.

Entonces él apretó y sonrió. Mal. Muy mal.

Levanté la cabeza y mi voz salió antes de que pensara en ello. Baja y fría, sin margen para dudas.

—Quita las manos.

El bar no se quedó en silencio, pero algo cambió. El tipo giró la cabeza hacia mí, molesto.

—¿Y tú quién eres?

Me incorporé despacio. Sin prisa, sin dar espectáculo.

—El que te va a enseñar modales —contesté.

Y esta vez… No iba a esperar más.

El tipo tardó medio segundo en decidir que era mala idea y otro medio en decidir que le daba igual.

Se puso en pie con un movimiento torpe, empujando la silla hacia atrás. El ruido chirrió contra el suelo y varias cabezas se giraron.

Había bebido mucho, pero no lo suficiente como para no saber lo que hacía. Eso lo hacía peor.

—¿Perdona? —escupió, acercándose un paso—. ¿Quién coño te crees que eres?

No respondí de inmediato. Lo observé. Siempre observaba primero.

Mandíbula tensa. Pupilas dilatadas. Postura inflada más de lo que realmente podía sostener. Ese tipo de hombres que necesitaban parecer más grandes porque por dentro… no lo eran.

Miré sus manos. Abiertas pero inquietas. Miré sus pies. Mal colocados, sin equilibrio. Fácil. Demasiado fácil.

—He dicho que quites las manos —repetí, más bajo y más claro.

Noté movimiento a mi derecha. De reojo la vi a ella.

Se había apartado un paso. Lo justo para salir de su alcance, pero sin montar una escena. Sin gritar. Sin llamar la atención más de lo necesario.

Se notaba que estaba acostumbrada. Eso me tensó más que el propio tipo. Porque nadie debería acostumbrarse a eso.

Mis ojos se quedaron en ella un segundo y algo dentro de mi cabeza encajó sin pedir permiso.

Podría ser la hija de alguien. La hermana de alguien. La nieta de alguien.

De alguien que ahora mismo no sabía dónde estaba. De alguien que confiaría, aunque fuera por puro instinto, en que, si pasaba algo, alguien haría lo correcto.

Si fuera mi hija… Mi mandíbula se tensó. Si fuera mi hermana… Apreté los dedos lentamente. Si fuera mi…

No terminé el pensamiento, pero no hacía falta. Sabía exactamente lo que vendría después.

Y entonces, sin querer, otro recuerdo. Más antiguo. Más limpio.

Una discoteca. Música demasiado alta. Luces que no dejaban ver bien las caras. Y ella.

Más joven. Mucho más joven. Intentando apartarse de un tipo que no entendía la palabra “no”.

Aún recordaba la forma en la que lo miraba. No con miedo, sino con cansancio. Con esa mezcla de fastidio y control de quien no quería montar un espectáculo, pero tampoco iba a ceder.

Recordaba haber dado un paso al frente entonces también. Sin pensarlo demasiado.

Aún podía recordar su mirada cuando el tipo se fue. Directa, curiosa y fuerte.

Unas semanas después, ya era imposible imaginar la vida sin ella.

El recuerdo se rompió igual de rápido que llegó. Como siempre.

Y volví al presente. Al bar. Al ruido. Al tipo frente a mí.

—Mira, colega —dijo, acercándose un poco más—. Esto no va contigo. Estoy hablando con la chica.

No. No estaba hablando.

—Y a ella no parece interesarle —respondí.

El tipo soltó una risa corta, burlona.

—Eso ya lo decido yo.

Error. Grave y definitivo.

Di un paso al frente y el espacio entre nosotros desapareció.

—No —dije, clavando la mirada en la suya—. Eso lo decide ella.

Durante un segundo, dudó. Lo vi. Ese leve titubeo que tenían todos justo antes de elegir. Podía parar. Podía sentarse. Podía dejarlo pasar.

Pero no lo hizo.

—¿Y si no? —me desafió, levantando un poco la barbilla.

Suspiré por la nariz. Un suspiro lento y controlado. Se lo había advertido. Literalmente.

—Te dije que te iba a enseñar modales —murmuré.

Y entonces dejé de hablar.

No hubo aviso. No hubo gesto que le indicara lo que iba a pasar. Solo un movimiento.

Mi puño conectó con su cara antes de que su cerebro procesara lo que estaba pasando. Un golpe seco, directo y eficiente.

El sonido fue limpio. El cuerpo… no tanto.

Se tambaleó hacia atrás, perdiendo el equilibrio al instante. Chocó contra la mesa, arrastrando botellas y vasos que cayeron al suelo en una explosión de cristal y líquido.

El bar reaccionó tarde, como siempre. Primero el golpe. Luego el silencio. Luego el caos.

El tipo intentó incorporarse, pero no le di tiempo. Agarré su camisa y lo levanté lo justo para volver a hablarle de cerca. Muy cerca.

—Le pones una mano encima otra vez —dije, con la voz baja, sin subir el tono— y no vuelves a usarla.

No grité. No hacía falta. Lo entendió. Se notaba en sus ojos. Ya no había desafío. Solo ese miedo tardío que llega cuando te das cuenta de que has calculado mal.

Lo solté y cayó mal. Alrededor, el bar volvía poco a poco al ruido. Murmullos. Sillas moviéndose. Miradas que intentaban no mirar demasiado. Normal. Siempre era así.

Me enderecé despacio. Y entonces, sin querer, miré hacia ella otra vez.

Seguía allí, de pie, tensa pero entera. Y por un segundo, solo uno, me pregunté cuánto tiempo más podría seguir así, sin romperse.

Capítulo 3



Noa

El golpe sonó como algo que se rompía de verdad.

No tuve tiempo de reaccionar. Ni de apartarme. Ni de decir nada.

Un segundo estaba lidiando con el tipo… y al siguiente estaba en el suelo, sangrando, con la cara girada en un ángulo raro.

Y él… El motero… Ni siquiera parecía alterado. Como si aquello no hubiera sido nada. Como si romperle la cara a alguien fuera lo mismo que pedir otra cerveza.

El bar se quedó en ese silencio incómodo que dura justo lo suficiente para que todos entiendan que algo ha pasado… pero no lo suficiente para que nadie haga nada.

—Hostia… —murmuró uno desde otra mesa.

—Eso le va a doler mañana —añadió otro.

Y entonces, desde la barra, uno de los moteros soltó:

—Bueno, al menos ya no va a pedir más sonrisas.

Alguien se rio. Una risa corta. Incómoda. Humor negro. De ese que solo funcionaba cuando no eras tú el problema.

Pero yo sí lo era. Siempre lo era.

No aparté la mirada del hombre en el suelo. Porque no estaba viendo eso. Estaba viendo lo que venía después.

Victor. Las consecuencias. El precio. Siempre había un precio.

Noté movimiento delante de mí. Levanté la vista y ahí estaba él. Otra vez.

Cerca. Demasiado cerca.

Se movía con esa calma que no encajaba con lo que acababa de pasar. Como si ya estuviera en otra cosa. Como si aquello ya estuviera resuelto. Para él, claro.

—Ya pasó —dijo, y parpadeé.

¿Ya pasó? Algo dentro de mí se quebró. Y entonces… Me reí.

No porque me hiciera gracia, sino porque era lo único que me salió.

—¿Ya pasó? —repetí, mirándolo fijamente.

Mi voz no sonaba como la mía. Sonaba… vacía, pero afilada.

—¿Ya pasó?

Negué despacio, sintiendo cómo la rabia subía desde el estómago como algo ácido, imposible de contener.

—Lo único que ha pasado… —Di un paso hacia él, bajando la voz—. Es que acabo de perder mi trabajo.

Vi cómo su expresión cambiaba. Un gesto ligero pero real. No lo esperaba, claro que no. Nunca lo hacían.

—Y probablemente a mi hija —añadí.

Ahí sí. Ahí algo se movió en sus ojos. Algo más profundo. Pero llegaba tarde. Siempre llegaba tarde.

El silencio entre nosotros se volvió pesado, denso e incómodo. Como si el bar entero se hubiera quedado más lejos de repente. Pero duró poco.

—Noa.

La voz de Victor atravesó el aire como un cuchillo. Sin levantar el tono. Sin prisa. Pero imposible de ignorar.

Cerré los ojos un segundo. Ahí estaba el verdadero problema. No el hombre en el suelo, ni el golpe que se había llevado. Esto.

Abrí los ojos y di un paso atrás. Luego otro. Y otro. Sin dejar de mirarlo. Al motero.

—No vuelvas a "salvarme" —le solté al pasar a su lado, en voz baja —. No tienes ni idea de lo que haces.

Y me fui. Sin mirar atrás. Porque si lo hacía… Sabía que iba a romperme.

Y allí dentro… Romperse nunca era una opción.

Victor no se movió de su sitio, nunca lo hacía. Era el mundo el que se movía hacia él.

Me acerqué a la barra con el corazón latiendo demasiado rápido, aunque por fuera todo en mí parecía en calma. Siempre parecía en calma. Era parte del trabajo.

—Ven —dijo simplemente.

No preguntó, pero no hizo falta.

Salí por la pequeña puerta detrás de la barra. La que llevaba al pasillo estrecho, mal iluminado, que olía a humedad y a cosas que no querías pensar demasiado.

Lo escuché entrar detrás de mí. La puerta se cerró. Y entonces… Silencio. El tipo de silencio que apretaba.

—Ese hombre pagaba bien —dijo al cabo de unos segundos.

Directo y frío, como siempre.

Apreté los dientes.

—Me estaba tocando.

No levanté la voz. No supliqué. Nunca lo hacía. Victor soltó el aire por la nariz. Casi una risa. Casi.

—Y tú estabas cobrando.

Las palabras se me clavaron, pero no reaccioné. No por fuera, al menos. Porque por dentro… Era otra cosa.

—No era eso —respondí, manteniendo la mirada fija en la pared, no en él.

Error mirarlo demasiado. Siempre.

—No —repitió, acercándose un paso—. No lo era… todavía.

Ahí estaba. La verdad. Desnuda y asquerosa.

—Pero podía haberlo sido —añadió—. Y ahora ya no lo será.

Tragué saliva.

—Ha sido él —me refería al motero, pero no dije su nombre. No lo sabía—. No yo.

Victor guardó silencio un segundo. Luego otro. Ese era su truco. Dejar que el aire pesara, que tú misma te hundieras en él.

—¿Sabes lo que pasa cuando alguien hace perder dinero a este negocio? —preguntó al fin.

Sí. Lo sabía demasiado bien. No respondí.

—Se convierte en un problema.

Sus pasos sonaron a mi alrededor, lentos y medidos.

—Y los problemas… se eliminan.

El pulso me retumbaba en los oídos, pero no me moví. No hablé. No le di nada. Nunca había que darle nada.

—Tienes suerte —continuó— de que seas… útil.

Ahí estaba la cuerda, siempre tensándose un poco más. Nunca rompiéndose.

—Pero la suerte se acaba —añadió, deteniéndose justo detrás de mí —. Y tú llevas ya demasiado tiempo jugando al límite.

Cerré los ojos un segundo y pensé en Mia. La imagen me golpeó sin avisar.

Su sonrisa. Sus dibujos. Sus preguntas.

—Si no puedes hacer lo que se espera de ti… —La voz de Victor bajó aún más. —Quizá no estás en el sitio adecuado.

Ahí estaba la amenaza. No una directa, sino clara. Siempre lo era.

—Y sería una pena —continuó— que alguien… revisara tu situación.

El aire se me quedó atrapado en el pecho.

—El centro de acogida es muy estricto con estas cosas.

Ahí. Justo ahí. Donde más dolía.

—Cualquier informe negativo… cualquier duda…

No terminó la frase, pero no hacía falta. La conocía de memoria.

—Puedo hacerlo —dije al final.

Las palabras salieron solas. Como si no fueran mías. Como si fueran de alguien que solo estaba intentando sobrevivir.

—Bien —respondió él. Simple y satisfecho. Como si nada más importara—. Porque la próxima vez… —añadió, antes de apartarse— no habrá conversación.

Escuché la puerta abrirse, luego cerrarse, y me quedé sola en ese pasillo estrecho, con el olor a humedad y algo más. Algo que me quemaba por dentro.

Me apoyé en la pared, despacio, controlando la respiración.

No podía llorar. Ni aquí ni ahora. Nunca debía llorar aquí.

Apreté los ojos con fuerza, pero aun así… Una lágrima se escapó. Solo una.

La limpié rápido. Como si no hubiera pasado. Como todo en mi vida. Como si nada importara. Pero sí importaba. Todo. Demasiado.

Y lo peor… Es que al día siguiente volvería a estar allí.

Cuando volví a salir al bar, el ruido me golpeó como si nada hubiera pasado.

Como si un hombre no hubiera acabado en el suelo hacía apenas unos minutos. Como si yo no acabara de vender un poco más de mi vida en ese pasillo. Todo seguía igual. Siempre seguía igual. Ese era el truco.

Respiré hondo una vez antes de cruzar la barra. Cara neutra y espalda recta, como siempre.

Lena me miró en cuanto aparecí. No dijo nada al principio, pero sus ojos recorrieron mi cara en silencio, como si estuviera comprobando daños invisibles.

—¿Sigues entera? —preguntó al final, apoyándose en la barra.

—Depende del día —respondí, cogiendo una botella sin mirarla.

—Ya.

Silencio. De esos que decían más de lo que deberían.

—¿Qué ha dicho? —añadió, bajando la voz.

Serví una copa. Luego otra. Todo en mí eran movimientos automáticos.

—Lo de siempre.

Lena chasqueó la lengua.

—Ese tío me da ganas de enterrarlo en el sótano.

—Haz cola —murmuré.

Me apoyé un segundo en la barra, notando el cansancio caerme encima otra vez. No físico. Ese ya estaba. Era otro tipo. Más profundo.

—Has llorado —dijo Lena de repente.

La miré.

—No.

—No te hagas la dura conmigo.

Apreté la mandíbula.

—He dicho que no.

Lena levantó las manos en señal de rendición, pero su expresión no cambió.

—Vale. Pues entonces no.

Pero las dos sabíamos la verdad. Siempre la sabíamos.

El ruido subió un poco cerca de nosotras. Los moteros. Otra ronda. Otra presencia. Y sin querer… volví a mirar.

Esta vez no lo miré a él. A sus chaquetas.

Antes no me había fijado bien. El parche ocupaba casi toda la espalda. Negro e imposible de ignorar. Un ángel. Pero no de esos que veías en iglesias. No.

Este estaba de pie, firme, como si estuviera listo para pelear. Las alas negras estaban extendidas, aunque una de ellas estaba rota. Rota de verdad, no como algo simbólico. Se notaba en el trazo, en la forma irregular.

En una mano sostenía un casco de moto. En la otra… una cadena partida. Detrás, un halo oscuro. No brillaba ni iluminaba. Era más bien como un eclipse. Algo que tapaba la luz.

En la parte superior, estaban escritas en letras grandes las palabras *BLACK ANGELS*. Abajo, *MC*. Y más pequeño, *NY*.

Tragué saliva. Impactaba. Sin decir nada, decía demasiado.

—Te has quedado embobada —murmuró Lena a mi lado.

—Es difícil no hacerlo.

—Ya.

Ella también miró, pero su mirada era distinta. Más… relajada.

—No son lo que parecen —añadió, y solté una pequeña risa sin humor.

—Claro. Porque eso siempre es buena señal.

Lena me dio un pequeño golpe con el hombro.

—En serio.

No respondí. Esperé.

—Hacen cosas —continuó—. De verdad.

Arqueé una ceja.

—¿Como romperle la cara a clientes?

—Ese tío se lo ha buscado.

No discutí eso, porque era verdad. Pero eso no cambiaba nada.

—El mes pasado —siguió Lena— organizaron una colecta para un hospital infantil. Sacaron una barbaridad de dinero.

La miré de reojo.

—¿Y?

—Y van a centros de acogida. A refugios. A sitios de madres solteras.

Algo dentro de mí se tensó. Muy leve, pero suficiente.

—Llevan comida. Juguetes. Dinero. Lo que haga falta.

No dije nada, pero escuché.

—Hay una chica —añadió— que estuvo en uno de esos centros. Dice que aparecieron sin avisar, montaron una fiesta para los críos, arreglaron cosas que llevaban rotas meses…

Negué despacio.

—Suena muy bonito.

—Lo es.

La miré.

—Demasiado bonito.

Lena suspiró.

—Siempre tienes que ver el lado oscuro, ¿no?

Solté una risa corta.

—Trabajo aquí, Lena. Sería estúpido no hacerlo.

Apoyé los codos en la barra, mirando otra vez hacia ellos. Riendo y hablando. Como si fueran hombres normales.

—Nadie hace todo eso sin querer algo a cambio —añadí.

—Igual sí.

—No.

Mi tono fue más firme de lo que esperaba.

—No en este mundo.

Lena me sostuvo la mirada unos segundos. Luego se encogió de hombros.

—Pues yo prefiero pensar que no todo el mundo es una mierda.

—Yo también prefería.

Y a pesar del ruido que nos acompañaba, entre nosotras se instaló uno de nuestros silencios.

Volví a mirar al de antes. Al hombre que había golpeado al cliente. Seguía igual. Con calma y en control absoluto. Como si nada de lo que había pasado le afectara. Y eso… Eso era lo que más me inquietaba.

Porque la gente así o estaba muy rota o era muy peligrosa.

Y a veces… las dos cosas eran lo mismo.

Capítulo 4



Darek

Dos días. Dos días y la frase seguía ahí.

Clavada, molesta y persistente.

"No tienes ni idea."

Arranqué la moto con más fuerza de la necesaria. El motor rugió bajo mí, vibrando contra el asfalto agrietado de la zona industrial.

El aire de la mañana era frío, pero no lo suficiente como para despejarme la cabeza. Nada lo era.

Giré en la esquina de siempre, pasando junto a las naves abandonadas que parecían más esqueletos que edificios. Persianas a medio caer. Grafitis que tapaban otros más antiguos. Cristales rotos.

Territorio conocido y seguro. O lo más parecido.

Aparqué frente al edificio principal y apagué el motor. El silencio llegó de golpe, pesado. Me quité el casco despacio y ahí seguía la frase.

"No tienes ni idea."

Solté el aire por la nariz. Quizá, por primera vez en mucho tiempo, no iba desencaminada.

El interior olía a café recalentado y metal.

Algunos ya estaban dentro. Briggs ocupaba media sala como siempre, revisando unas cajas. Milo tenía medio cuerpo metido en una moto desmontada. Jax… bueno, Jax estaba tirado en el sofá, haciendo absolutamente nada.

—Mira quién ha decidido unirse al mundo de los vivos —dijo sin moverse.

—No empieces —gruñó Briggs.

—No he empezado. Estoy comentando.

Dejé el casco sobre la mesa y me acerqué sin decir nada. Un simple gesto, algo normal, una rutina. Pero mi cabeza no estaba ahí.

—Tenemos que hablar del evento —dijo Briggs, señalando unas hojas—. El hospital ha confirmado fecha.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Dos semanas.

Asentí.

—Bien.

Milo habló sin levantar la vista.

—Faltan piezas.

—¿Para la moto o para el evento? —preguntó Jax.

—Sí.

Jax sonrió.

—Me encanta cuando te explicas.

Negué con la cabeza ligeramente. Todo era normal. Demasiado normal. Y eso… no encajaba con lo que había visto en el bar.

Victor. Las chicas. La tensión. La forma en que ella había reaccionado.

No era miedo al cliente. Era miedo a lo que venía después.

—Voy a salir un rato —dije de repente.

Briggs frunció el ceño.

—¿Ahora?

—Sí.

No preguntó más. Nunca lo hacía si no era necesario. Esa era una de las razones por las que seguía aquí.

El bar estaba cerrado a esa hora. Persianas a medio bajar. Luz tenue en el interior. Me apoyé en la moto al otro lado de la calle, observando. Sin prisa. Sin llamar la atención.

La puerta trasera. Dos salidas. Ventanas bloqueadas. Una cámara nueva en la esquina. Eso era nuevo e interesante.

Un hombre salió por la puerta lateral. No era cliente. Tampoco camarero. Caminaba rápido mirando a ambos lados. Anotado. Algo no encajaba. Y no era solo una sensación.

Era un patrón. Y llevaba demasiado tiempo viendo patrones como para ignorarlo.

Saqué el teléfono. Dudé un segundo, luego llamé.

—Dime que tienes algo bueno —respondió la voz de Marcus al otro lado tras el segundo tono.

Siempre directo.

—Estoy mirando lo del bar.

Silencio breve.

—¿El mismo de la otra noche?

—Sí.

—Te estás desviando del objetivo.

Apoyé el peso en la moto, sin dejar de mirar la puerta.

—El objetivo está aquí.

—No.

—Sí.

Otro silencio. Más largo esta vez.

—Solo que no es el que pensábamos —añadí.

Escuché el suspiro, ese inevitable que decía que Marcus estaba apretándose el puente de la nariz, listo para escucharme.

—Explícate.

—Hay algo raro. El jefe. Las chicas. Cómo reaccionan.

—Eso no es raro. Eso es Nueva York.

—Te digo que aquí hay algo.

Vi movimiento dentro del local. Sombras. Alguien cruzando.

—Algo no encaja —repetí.

Marcus tardó en responder.

—Siempre dices eso cuando te metes donde no debes.

—Y casi siempre tengo razón.

—Casi —remarcó, y no respondí.

Porque los dos sabíamos cómo iba eso.

—¿Qué has visto exactamente? —preguntó al final.

Pensé en ella. En su cara cuando dijo aquello. En cómo sonó.

—Miedo —dije.

—¿De qué tipo?

—Del que no se finge.

Silencio.

—Eso no es suficiente.

—Lo será.

—No —replicó—. No lo es.

Me pasé la mano por la barba, sin apartar la vista del bar.

—Voy a seguir mirando.

—No. No es lo que estamos investigando —continuó Marcus—. No te salgas del plan.

—El plan cambia si los datos cambian.

—No.

Su tono se endureció.

—Tú no cambias el plan.

Apreté la mandíbula.

—Voy a mirar.

Otro silencio, más pesado esta vez.

—¿Hay una mujer? Porque no sería la primera vez…

—Sabes que tengo instinto protector.

—No te encariñes.

Solté una pequeña risa sin humor.

—No lo hago.

—Entonces deja de decir su nombre como si importara.

No respondí. Porque no había dicho su nombre. No en voz alta. Pero Marcus… Marcus escuchaba más de lo que decía.

Colgué, guardé el teléfono y volví a mirar el bar.

Oscuro. Cerrado. Pero lleno de cosas que no encajaban. Y en medio de todo eso… Ella.

Suspiré despacio. Marcus tenía razón en una cosa. Esto no formaba parte del plan, pero ya no importaba. Porque había tomado una decisión. Y cuando tomaba una… No daba marcha atrás.

Iba a involucrarme más de lo que debía. Mucho más. Y esta vez… no iba a mirar hacia otro lado.

Di la vuelta a la manzana sin prisa. Una vez. Dos. Tres. Y el bar seguía igual.

Persianas a medio bajar. Luz tenue filtrándose por las rendijas. Ningún movimiento claro. Ninguna sombra que se detuviera lo suficiente como para decir algo.

Me acerqué un poco más, lo justo para ver el reflejo en el cristal sucio de una de las ventanas laterales.

Nada. Mesas vacías. Sillas torcidas. Un silencio que no encajaba con lo que había visto dos noches antes.

Rodeé el edificio hasta la parte trasera. Puerta metálica cerrada con un candado nuevo. Otro detalle.

Apoyé la mano en la superficie fría un segundo, como si pudiera notar algo a través del metal. Ridículo. No había nada.

Ni voces. Ni pasos. Ni ese ruido constante que siempre acompaña a los sitios donde pasan cosas que no deberían.

Solo silencio. Demasiado limpio. Demasiado… preparado.

Fruncí el ceño. Esto no tenía sentido. Un sitio como ese no se apagaba así sin más. Algo se movía. Solo que no a la vista.

Solté el aire despacio, retrocediendo un paso. La frustración no era nueva. Pero tampoco me gustaba. Porque significaba que iba por detrás.

Y eso… no me lo podía permitir.

Volví a la moto y me subí sin pensar demasiado. El motor rugió otra vez, más fuerte en el vacío de la calle.

Aceleré sin destino claro al principio. Solo movimiento. El viento golpeándome la cara. El ruido llenando el espacio donde no quería pensar. Pero no funcionó. Nunca lo hacía.

El pasado no se callaba con velocidad, solo te alcanzaba más rápido.

El fuego volvió. Siempre volvía. No como una imagen clara, nunca era así. Eran fragmentos.

El olor primero. Gasolina. Madera quemándose. Plástico derritiéndose. Luego el calor. Ese calor que no era calor normal. Ese que te arrancaba el aire de los pulmones antes de que pudieras reaccionar.

Y después… los gritos.

Apreté más el acelerador. Como si eso pudiera hacerlos desaparecer. No lo hizo. Nunca lo hacía.

Recordaba la puerta. Cerrada. Recordaba mis manos golpeándola, rompiéndose contra la madera. Recordaba el humo saliendo por debajo. Y la certeza. Esa que llegaba antes de que alguien te la dijera.

Antes de que lo confirmases. Antes de que lo aceptases. Llegué tarde. Siempre tarde.

Tragué saliva, tensando la mandíbula. No había nada que salvar. Ni entonces ni después. Nada.

El tatuaje en mi brazo picó bajo la piel, como si también recordara. Dos nombres. Lo único que quedó. Lo único que no ardió.

Bajé la velocidad al entrar en otra zona industrial. Más conocida. Más… mía. O lo más parecido.

Porque después de eso… no había mucho a lo que llamar hogar.

Ahí fue donde empezó todo. O donde terminé de caer, depende de cómo se mire.

Gente como yo no encajaba en sitios normales después de perderlo todo así.

No encajaba en oficinas. Ni en rutinas. Ni en conversaciones vacías. Encajaba en sitios rotos. Con gente rota. Y ahí fue donde los encontré. O donde ellos me encontraron.

Los *Black Angels* no parecían lo que eran, y eso era parte del problema. Y de la solución.

Habían empezado hacía unos quince años. En zonas como esta. Olvidadas. Ignoradas.

No eran criminales, al menos no al principio. Eran supervivientes. Exmilitares. Exmecánicos. Gente que había visto demasiado y que no tenía sitio en otro lado.

Todo cambió por una historia. Siempre había una.

Uno de los fundadores perdió a su hermana en una red de trata. La buscaron. La siguieron. Intentaron llegar. Y llegaron tarde. Como siempre.

Eso los marcó a todos y decidieron que no volvería a pasar. No sé si podían evitarlo.

Y crearon algo. No una banda, o al menos no solo eso. Una hermandad. Con reglas claras, simples e inquebrantables.

La hermandad era familia por encima de todo. No se tocaba a mujeres ni a niños. Nunca. No había drogas dentro del club. Fuera… cada uno con su mierda. Dentro… limpio.

Respeto absoluto en el territorio. El que entra, está protegido. Y la palabra valía más que cualquier contrato. Siempre.

Y la más importante de todas, aunque no estuviera escrita: Todos tenían un pasado.

Nadie preguntaba. Eso era lo que mantenía todo unido. Y lo que podía romperlo.

Con el tiempo, hicieron más. Eventos. Ayuda. Hospitales. Centros de acogida. Familias que nadie miraba. Niños que nadie veía.

Se ganaron respeto y sospechas. Siempre las dos cosas. Y luego, hacía unos años, algo cambió.

No de golpe. Nunca era de golpe. Pero la reputación empezó a ensuciarse.

Rumores. Movimientos raros. Cosas que no encajaban. Otra vez eso. No encajaba.

Apreté los dedos sobre el manillar y ahí estaba otra vez. El mismo patrón. El mismo olor. El mismo tipo de problema. Y ahora… ese bar. Ese jefe. Y ella.

Suspiré despacio al detener la moto frente al edificio, me quité el casco y por primera vez en horas dejé de moverme.

Noa. El nombre apareció sin pedir permiso.

Lo había escuchado de la otra camarera. Dicho sin importancia, pero se me quedó. Noa. Corto y directo.

Podrían ser unas iniciales o podrían no ser nada. Pero en mi cabeza… pesaban. Más de lo que deberían. Más de lo que era lógico.

Cerré los ojos un segundo y entonces… otro recuerdo.

Más suave. Más peligroso. Oscuridad, pero no por el fuego, sino por la noche.
Y en medio de todo eso, una voz, suave y cansada.

—Te quiero hasta el infinito.

Tragué saliva. La respuesta salió sola en mi cabeza. Siempre lo hacía.

—Y yo más allá de él, campeón.

El silencio después fue peor que cualquier ruido. Porque ya no estaba. Nada de eso estaba. Solo el eco, el vacío.

Abrí los ojos y el presente volvió de golpe. Frío, duro y real.

Y en medio de todo eso… ese nombre. Noa.

Apreté la mandíbula. Esto no iba de ella. No podía ir de ella. Pero algo dentro de mí no estaba de acuerdo.

Y eso… era un problema.

Capítulo 5

Noa

El silencio no era paz. Nunca lo había sido.

Era un zumbido constante que se colaba por las paredes, que se metía bajo la piel y se quedaba ahí, latiendo despacio, como algo que no terminaba de morir.

Aquella noche, el apartamento estaba demasiado callado. Demasiado limpio. Demasiado… vacío.

Me quedé de pie en medio del salón, sin quitarme la chaqueta siquiera, mirando alrededor como si esperara encontrar algo fuera de lugar. Como si algo hubiera cambiado.

Pero no. Todo seguía igual.

El sofá barato con una manta arrugada en una esquina. La mesa con una pata coja que nunca arreglé. La taza olvidada de la mañana, con café seco pegado al borde.

Y ese silencio. Siempre ese maldito silencio.

Suspiré despacio y me pasé una mano por la cara, arrastrando el cansancio conmigo. Tenía los ojos ardiendo, como casi siempre. Dormir se había convertido en un lujo que no podía permitirme… o en algo que mi cabeza simplemente rechazaba.

Caminé hacia la pared del fondo. Ahí estaba. El único lugar del apartamento que tenía vida.

Los dibujos. Decenas de ellos, pegados con cinta, algunos torcidos, otros medio despegados. Papel barato, ceras gastadas, colores que se salían de las líneas.

Sonreí, o algo parecido.

Deslicé los dedos por uno de ellos. Una casa. Un sol enorme en una esquina. Dos figuras cogidas de la mano. Y en el centro… Una moto. Siempre había una moto.

Fruncí el ceño.

—¿De dónde coño sacaste eso, pequeña…?

Mi voz sonó baja, rota por el tiempo y por todo lo que no decía.

Mia nunca había tenido una moto cerca. Nunca la llevé a ver carreras, ni conocía a nadie que montara. No era algo que formara parte de su mundo.

Y aun así… Siempre las dibujaba.

Grandes. Rápidas. Importantes. Como si significaran algo. Como si las recordara.

Tragué saliva. No me gustaba pensar en eso. No me gustaba pensar en nada que no pudiera controlar.

Aparté la mano del dibujo, pero mis dedos temblaron ligeramente antes de caer a mi lado.

El siguiente dibujo era más reciente. Lo sabía por los trazos. Más firmes. Más seguros. Más… maduros.

Ahí estábamos otra vez. Ella y yo. Pero esta vez no nos dábamos la mano. Esta vez había distancia. Y en medio… Otra moto.

Sentí algo romperse dentro. Pequeño. Silencioso. Pero suficiente.

Me apoyé en la pared y cerré los ojos un segundo. Solo uno, pero bastó para que los recuerdos se apoderaran de nuevo de mí.

Tenía diecisiete años y pensaba que podía con todo. Qué puta ingenua.

Cuando el test salió positivo, me quedé mirando las dos líneas durante tanto tiempo que la vista empezó a nublarse.

No lloré ni grité. Ni pensé en qué hacer. Solo… me quedé ahí. Como si mi cuerpo hubiera decidido apagarse para no tener que procesarlo.

Aún podía recordar lo primero que pensé. *"Vale."* Eso fue todo. Nada más. Ni miedo, ni ilusión. Solo aceptación.

Como si ya supiera que mi vida no iba a ser fácil… y aquello solo fuera otro capítulo más.

Y cuando él dijo que no podía ser padre, me aferré a la ilusión de que mis padres me apoyarían, sin saber aún que ellos reaccionarían del mismo modo.

—*No puedes hacer esto* —dijo mi madre, como si yo estuviera eligiendo un corte de pelo.

—*Nos estás arruinando la vida* —añadió mi padre, sin mirarme siquiera.

Yo estaba sentada en la cocina, con las manos sobre el vientre, todavía plano, todavía irreal. Y aun así… Ya era lo único que importaba.

—*No es vuestra vida* —respondí.

Fue la última conversación que tuvimos como familia antes de que saliera de aquella que había sido mi casa.

Nueve años desde entonces, y no había vuelto a saber nada de quienes me trajeron a este mundo. Ni siquiera sabía si aún estaban vivos, aunque imaginaba que sí porque yo era su única hija, su pariente vivo más cercano, como solía decirse, y nadie me había llamado para darme una mala noticia.

También cabía la posibilidad de que hubieran borrado mi número de teléfono, que, habiéndome echado de casa de aquel modo, ya me esperaba cualquier cosa de ellos.

Abrí los ojos de golpe y el apartamento volvió. El presente. El silencio. Siempre el puto silencio.

Solté una risa seca.

—*Gran decisión, Noa* —murmuré.

Pero no me arrepentía. Nunca lo hice. Ni un segundo.

Lo que me destrozaba no era haberla tenido, era no tenerla ahora.

Me dejé caer en el sofá y me incliné hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Las manos colgaban entre ellas. Vacías. Siempre vacías.

—*Voy a recuperarte* —susurré.

No sabía cómo y no sabía cuándo, pero lo sabía. Porque si dejaba de creer eso… No me quedaba nada más.

Un golpe en la puerta rompió el silencio. Fuerte, impaciente e inconfundible.

Sonreí, esta vez de verdad.

—Ya era hora…

Me levanté arrastrando los pies y abrí sin preguntar. Error número uno en mi vida, aunque esta vez no importaba. Porque al otro lado estaba Lena con una caja de pizza en una mano y una bolsa sospechosa en la otra.

—He traído pizza y malas decisiones —anunció, entrando sin permiso.

—Entonces hoy estás especialmente generosa.

Cerré la puerta mientras ella dejaba todo sobre la mesa como si aquello fuera su casa. Que, en cierto modo, lo era.

Lena se quitó la chaqueta de cuero de un tirón y se dejó caer en el sofá como si no hubiera pasado nada en el mundo. Como si el mundo no fuera una mierda.

—¿Qué tal tu cara de funeral habitual? —preguntó, abriendo la caja.

—Mejor desde que has llegado a empeorarla.

—Eso es amor, cariño.

Cogió un trozo de pizza y le dio un mordisco exagerado. La observé un momento.

Rubia platino, sonrisa descarada, ojos que siempre estaban evaluando todo… incluso cuando fingía que no. Lena nunca dejaba de mirar. Nunca dejaba de calcular. Sobrevivir le había enseñado eso.

A las dos nos los había enseñado, en realidad.

—¿Has comido algo hoy? —preguntó con la boca medio llena.

—Café cuenta como comida.

—No. El café cuenta como adicción y malas decisiones.

—Entonces voy bien servida.

Me lanzó una mirada, de esas que atravesaban.

—Noa.

Suspiré y cogí un trozo de pizza.

—Estoy comiendo, ¿ves? Milagro.

—Estoy orgullosa de ti. Voy a llorar.

—Hazlo fuera, no quiero humedad extra en casa.

Sonrió, pero fue breve. Demasiado breve.

Su mirada se desvió hacia la pared de los dibujos. Siempre pasaba. Siempre. Y siempre cambiaba algo dentro de la habitación cuando eso ocurría.

—Has puesto más —dijo en voz baja.

Asentí.

—Me los dieron la semana pasada.

Lena no respondió de inmediato. Dejó la pizza, se levantó y caminó despacio hasta la pared.

Yo no me moví. Nunca lo hacía en ese momento. Era… íntimo. Incluso para nosotras.

—Sigue dibujando motos —murmuró.

—Sí.

—Es raro.

—Sí.

Silencio. Pero esta vez no dolía igual. Porque no estaba sola dentro de él. Lena inclinó ligeramente la cabeza.

—Tiene tu forma de hacer líneas.

Fruncí el ceño.

—¿Eso qué significa?

—Que aprieta más de la cuenta cuando algo le importa.

Tragué saliva.

—Genial. Le he pasado mis traumas.

—También tu fuerza.

No respondí, porque no sabía cómo. Porque eso dolía más.

Lena volvió al sofá y se dejó caer otra vez.

—Vale —dijo, volviendo a su tono habitual—. Ahora hablemos de lo importante.

—Temo esa frase.

—Deberías.

Me señaló con el trozo de pizza.

—El motero.

Cerré los ojos un segundo. Ahí estaba. Sabía que iba a salir.

—No es "el motero".

—Claro. Es un ciudadano ejemplar que casualmente mide dos metros, da miedo y te mira como si quisiera matar a alguien por ti.

La miré.

—No me mira así.

Lena arqueó una ceja.

—Oh, cariño…

—No empieces.

—Te gusta.

Solté una risa sin humor.

—Me gustan los problemas, sí. Debe ser eso.

—Este no es un problema. Es un desastre con patas.

—Perfecto. Mi especialidad.

Lena me observó en silencio, y ahí estaba otra vez. Ese momento en el que dejaba de bromear.

—Ten cuidado —dijo, más suave.

—Siempre lo tengo.

—No. Tú sobrevives. No es lo mismo.

No respondí, porque tenía razón. Y eso me jodía.

El teléfono sonó y todo cambió.

No fue el sonido, fue lo que vino con él. Ese nudo en el estómago. Esa presión en el pecho. Ese presentimiento que nunca fallaba. Malo. Siempre malo.

Miré la pantalla. Número desconocido. Pero no necesitaba guardarlo, sabía de dónde venía.

Lena también lo supo. Lo vi en su cara.

—Contesta —dijo.

No quería. Joder, no quería. Pero lo hice.

—¿Sí?

La voz al otro lado era fría. Profesional. Distante. Como si hablara de papeleo. Como si no estuviera hablando de mi hija.

—Señora Rivers, la llamo del centro…

El mundo se redujo a eso. A esa voz. A esas palabras. A ese golpe que todavía no había terminado de caer. Y cuando cayó… Lo hizo con todo.

—Ha habido un incidente.

La palabra se me clavó en el pecho. Incidente. Siempre usaban palabras pequeñas para cosas grandes.

—¿Qué tipo de incidente? —pregunté, pero mi voz ya no sonaba como la mía.

Sonaba lejana, tensa, rota por dentro.

Hubo una pausa al otro lado. Demasiado larga. Nunca era buena señal.

—Su hija ha tenido un altercado con otro menor.

Cerré los ojos. No. No, no, no. Mia no era conflictiva. Mia no pegaba. Mia no…

—¿Está bien? —corté, más brusca de lo que pretendía—. ¿Está herida?

—Físicamente no presenta lesiones graves.

No eran graves. El aire dejó de entrar con normalidad en mis pulmones.

—¿Qué ha pasado?

Esta vez la respuesta llegó más fría. Más clínica. Más… jodidamente insoportable.

—El otro niño la provocó. Según los educadores, hizo comentarios sobre usted.

El mundo se detuvo, literalmente. Todo lo demás desapareció.

—¿Qué comentarios? —susurré.

No quería saberlo, pero lo necesitaba.

—Le dijo que su madre era una… —La mujer dudó un segundo—. Que trabajaba "en un sitio de putas".

El silencio explotó en mis oídos. Sentí el golpe. Directo. Sin filtro. Sin anestesia.

Miré a Lena y ella ya me estaba mirando. Y lo entendió todo sin que dijera una sola palabra.

—¿Y Mia? —pregunté, aunque ya sabía que no iba a ser bueno.

Otra pausa. Otra maldita pausa.

—Reaccionó de forma violenta.

Claro que lo hizo. Porque es mi hija. Porque es fuerte. Porque protege. Porque nadie le enseñó a quedarse callada.

—¿Qué hizo? —mi voz era hielo ahora.

—Le golpeó con una silla.

El mundo volvió. De golpe y brutal.

—¿Qué?

Lena se levantó de un salto.

—¿Qué ha pasado?

Le hice un gesto con la mano. Espera. No. Corre. No sabía ni lo que estaba haciendo.

—El menor tiene una brecha en la cabeza. Ha requerido puntos.

Mierda. Mierda. Mierda.

—¿Y mi hija?

—Está en aislamiento temporal. Muy alterada.

Aislamiento. Ocho años. Sola. Encerrada. Con miedo. Con culpa. Con rabia. Como yo.

Algo dentro de mí se rompió. Pero esta vez no fue silencioso.

—Voy para allá —dije, ya moviéndome hacia la puerta.

—Señora Rivers, debe entender que esto afecta directamente a su proceso de custodia…

Colgué sin más. Sin permiso. Sin pensar.

—Nos vamos —solté.

—Ya estoy lista —respondió Lena, cogiendo su chaqueta antes siquiera de que terminara la frase.

Salimos del apartamento como un disparo.

Las escaleras parecían más largas de lo normal. O yo iba demasiado rápido.

Casi me caigo en el segundo tramo, pero Lena me agarró del brazo.

—Eh, eh —dijo—. No te rompas ahora.

—No tengo tiempo para romperme.

—Nunca lo tienes.

—Exacto.

Empujé la puerta del portal y el aire frío de la noche me golpeó la cara, pero no me despejó. Nada podía hacerlo.

Caminábamos rápido. Demasiado rápido. No, no caminábamos. Corríamos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lena mientras intentaba seguir mi ritmo.

—Un niño ha hablado mierda de mí.

—Voy a matarlo.

—Mi hija le ha abierto la cabeza con una silla.

Lena se quedó en silencio medio segundo.

—Vale… eso no me lo esperaba.

—Yo sí.

—Claro. Es tu hija.

No pude evitarlo. Una risa breve, histérica y rota, salió de lo más profundo de mi ser.

—Está sola —murmuré—. La han aislado.

—Joder…

Eso sí que la tocó. Lo noté porque Lena sabía lo que significaba estar encerrada. Sola. Castigada por defenderte.

—Vamos a sacarla de ahí —dijo, más seria que nunca.

Asentí. Pero algo dentro de mí no estaba tranquilo. No era solo el incidente. No era solo la pelea.

Era lo que venía después. Siempre había un después. Y ese después solía ser peor.

El trayecto se me hizo eterno. Cada semáforo en rojo era una provocación. Cada coche lento, un obstáculo que quería destrozar. Mis manos temblaban. Mis pensamientos iban demasiado rápido. Demasiado lejos.

—La van a usar —dije de repente.

—¿Quién?

—El centro. Los servicios sociales. Todos.

Lena no respondió. Porque sabía que tenía razón.

—Van a decir que es inestable —continué—. Violenta. Que no es un entorno adecuado.

—No lo es —dijo Lena—. Pero no por ella.

La miré.

—No voy a perderla.

—No la vas a perder.

—Otra vez no.

Silencio. Y ese sí dolió. Porque las dos sabíamos que ya la había perdido una vez.

Cuando llegamos, no esperé. Ni respiré. Ni pensé.

Empujé la puerta del centro con más fuerza de la necesaria.

—Noa —empezó a decir alguien en recepción.

—Mi hija —corté—. Ahora.

No me importaban las normas. Ni los protocolos. Ni una mierda.

Lena se colocó a mi lado. Tranquila, pero tensa y peligrosa.

—Por favor, cálmese —dijo la mujer del mostrador.

—No.

Y no era una opción. Era un hecho.

—La niña está siendo evaluada…

—Es una niña de ocho años.

El edificio entero pareció quedarse en silencio.

—Ha atacado a otro menor…

—La han provocado.

—Eso no justifica…

—Para mí sí —no la dejaba ni hablar.

Mi voz bajó, pero se volvió más peligrosa. Más firme.

—Quiero verla. Ahora.

La mujer dudó. Error. Grave error. Porque Lena dio un paso al frente y sonrió. Esa sonrisa suya. La que no prometía nada bueno.

—Mira —dijo con calma—. O nos llevas con la niña… o esta noche se va a complicar mucho para todo el mundo.

Silencio. Tensión. Decisión. La mujer tragó saliva.

—Pasen.

El pasillo era largo, frío y demasiado blanco. Odiaba ese sitio.

Cada paso era un golpe. Cada puerta, una amenaza. Hasta que llegamos.

—Está aquí.

No esperé. Abrí y la vi.

Mia estaba sentada en una silla demasiado grande para ella, con los pies sin tocar el suelo, las manos apretadas sobre las rodillas y la mirada… Dios, su mirada.

No estaba llorando. Eso era lo peor. Estaba… contenida. Rota por dentro. Igual que yo.

—Mamá… —dijo al verme, y esa simple palabra me destrozó.

Crucé la habitación en dos pasos y me arrodillé frente a ella.

—Eh… eh… estoy aquí —susurré, agarrándole la cara con cuidado.

La miré de arriba abajo.

—¿Te han hecho daño?

Negó con la cabeza. Pero sus ojos brillaban.

—Yo no quería… —Empezó.

—Shhh —apoyé mi frente contra la suya—. No pasa nada.

—Sí pasa…

Su voz se quebró, y ahí sí. Ahí sí que me rompí.

—Dijo cosas… —Susurró, y cerré los ojos.

—Lo sé.

—Dijo que tú… que tú…

No pudo terminar. No hacía falta.

—Mírame —le dije, y lo hizo.

Con miedo. Con rabia. Con amor.

—Escúchame bien —continué—. No hay nada en este mundo que tú tengas que defender sobre mí, ¿vale?

Negó con fuerza.

—Sí.

Tragué saliva.

—No.

—Sí.

Silencio. Breve pero enorme.

—Eres mi madre.

Y ahí estaba. Toda la verdad. Toda la lealtad. Todo el dolor.

—Y nadie habla así de ti.

Me quedé sin aliento Literalmente. Porque eso… Eso no debería salir de una niña. Eso era demasiado peso. Demasiada carga. Demasiado pronto.

La abracé fuerte. Como si pudiera protegerla de todo.

—No tienes que pelear mis batallas —murmuré contra su pelo.

—Pero quiero.

Cerré los ojos. Mierda.

—Lo sé.

Y eso era lo que más miedo me daba.

Levanté la mirada y vi que Lena estaba en la puerta. Quieta. Observando. Pero sus ojos… Sus ojos estaban ardiendo.

No por rabia, por algo peor. Por reconocimiento. Porque ella también había sido esa niña. Y sabía exactamente lo que significaba.

Me separé despacio de Mia. Lo justo para mirarla. Para verla de verdad.

—Oye —dije con suavidad—. Lo de la silla…

Se hizo un breve silencio, y entonces…

—Le di fuerte —dijo, y parpadeé.

Lena soltó una risa ahogada detrás de mí.

—Joder… —susurró.

No pude evitarlo, y se me escapó una sonrisa mínima. Orgullo y miedo. Todo mezclado.

—Eso no se hace —dije.

—Lo sé.

—Pero…

La miré, esta vez de verdad.

—Entiendo por qué lo hiciste.

Sus ojos se llenaron de algo nuevo. Algo más cálido. Más seguro.

—¿Estás enfadada?

Negué.

—Estoy preocupada.

—¿Me vas a dejar aquí?

Ahí estaba la verdadera pregunta. La que importaba. La que dolía.

La miré, y supe la respuesta antes de decirla. Antes incluso de pensarla. Porque ya no había más margen. No había más tiempo. No había más opciones fáciles.

—No.

Me puse en pie despacio, sin soltar su mano.

—Ya no.

Lena me miró y lo vio. Lo entendió antes de que lo dijera.

—¿Hasta dónde vas a llegar? —preguntó.

La miré. Luego a Mia. Luego al mundo entero.

—Hasta donde haga falta para recuperarla.

Silencio. Un silencio pesado y real.

—Eso da miedo —dijo Lena, y asentí.

—A mí también.

Pero no retrocedí. Ni un paso. Porque esta vez, no iba a perder.

Capítulo 6



Darek

La noche siguiente olía a lo de siempre. Gasolina. Alcohol barato. Y problemas. Pero esta vez había algo más.

Algo que no encajaba. Y no era el bar. Era yo.

Aparqué la moto frente al local y me quedé un segundo más de lo necesario con las manos apoyadas en el manillar. Pensando.

Error. Pensar nunca ayudaba en este tipo de trabajos. Dudabas. Y cuando dudabas… te equivocabas.

Pero no era una duda cualquiera. Tenía nombre. Noa.

Apreté la mandíbula y apagué el motor.

—*Céntrate* —murmuré.

Porque esto no iba de ella, nunca había ido de ella.

Tenía una misión. Un objetivo claro. Un club bajo sospecha. Un infiltrado dentro del sistema. Y demasiadas piezas que no encajaban.

Los *Black Angels* no cuadraban con el perfil que me habían vendido. Y eso era un problema. Porque o alguien mentía… O yo estaba empezando a ver lo que no debía.

Empujé la puerta del bar y el golpe de sonido fue inmediato. Música. Voces. Cristal contra madera. Pero debajo de todo eso… Tensión. Se notaba.

No era algo visible, era más sutil. Más peligroso. El tipo de ambiente en el que todo parecía normal hasta que dejaba de serlo.

Lo detecté enseguida. Victor estaba detrás de la barra, como siempre. Impecable, tranquilo y sonriendo lo justo. Pero sus ojos… Sus ojos no dejaban de moverse.

Controlando. Midiendo. Registrándolo todo. Ese hombre no solo dirigía un bar, dirigía un sistema. Y cada persona dentro de él era una pieza.

Incluyéndome. Incluyéndola.

Y entonces la vi.

Noa estaba al otro lado, moviéndose entre las mesas con esa eficiencia que no llamaba la atención, pero que lo decía todo.

Rápida. Precisa. Lejana. No miraba a nadie más de lo necesario, y desde luego… No me miraba a mí.

Bien. Eso debería facilitar las cosas. Pero no lo hizo. Porque algo en su forma de moverse había cambiado.

Más rígida. Más contenida. Como si estuviera sosteniendo algo dentro. Algo que no podía permitirse soltar. Y eso no era casualidad. Nada en este sitio lo era.

—Mira quién ha venido a complicarnos la noche.

La voz me sacó del análisis. Jax, con su sonrisa de siempre, esa que indicaba que los problemas estaban asegurados.

—Pensaba que ya te habías cansado de nosotros —añadió, dándome una palmada en el hombro.

—No sois tan interesantes.

—Eso duele.

—Sobrevivirás.

—Depende de cuánto bebas.

—Entonces no.

Jax soltó una carcajada.

—Me caes bien, tío. Eso es mala señal para ti.

—Lo sé.

Y era verdad.

La puerta volvió a abrirse, y esta vez no hizo falta mirar para saber quiénes eran.

Ruido. Risas. Discusión sin sentido. Los *Black Angels* entraron como si el sitio les perteneciera. Que, en cierto modo, era así. Pero lo que no encajaba era lo que traían.

Cajas. Varias. De cartón y grandes. Las dejaron sobre una mesa como si fuera lo más normal del mundo.

—Vale, esto es ridículo —dijo Jax, abriendo una de ellas.

—Cállate y ayuda —respondió Briggs, ya sacando cosas.

Me acerqué lo justo, curioso. Porque aquello no cuadraba con nada de lo que esperaba encontrar.

Muñecas. Peluches. Juguetes.

Parpadeé.

—¿Qué es esto?

—Una colecta —dijo Briggs, como si fuera obvio—. Para niños sin hogar.

Silencio. Incómodo. Porque eso… Eso no encajaba con el expediente. Ni con los informes. Ni con la mierda que me habían vendido.

—¿En serio? —murmuré.

—Sí, en serio —respondió Milo sin levantar la vista, revisando una caja—. A menos que prefieras robarles.

Jax levantó un oso de peluche. Grande. Ridículamente musculado.

—Este tiene más abdominales que tú, Darek.

Lo miré. Luego, al peluche. Luego a él.

—Cállate o te lo tatúo en la cara.

Risas reales, sin tensión, sin doble fondo. O eso parecía.

—Yo pagaría por ver eso —añadió Briggs.

—Yo también —dijo Jax—. Pero en tu cara.

—Inténtalo.

—Paso. Me das miedo cuando te pones cariñoso.

Más risas. Caos. Ruido. Vida. Familia.

Apreté la mandíbula, porque eso era lo peligroso.

No parecían culpables. Y cuando alguien no lo parecía… O era inocente o era muy bueno ocultándolo.

Levanté la vista y la encontré de nuevo.

Noa nos estaba mirando. No directamente, pero sí lo suficiente. Observando la escena. Los juguetes. Las risas. La normalidad.

Algo en su expresión cambió. Solo un segundo, pero lo vi.

Dolor. Rápido. Controlado. Enterrado.

Y desapareció, como si nunca hubiera estado ahí. Pero yo lo había visto. Y ya no podía ignorarlo.

Victor apareció a su lado. Sin ruido. Sin aviso. Como una sombra. Se inclinó ligeramente hacia ella, quedando demasiado cerca. Un gesto demasiado familiar.

Le susurró algo, no escuché qué, pero no hacía falta. Porque el efecto fue inmediato.

El cuerpo de Noa se tensó. Los hombros. La mandíbula. Las manos. Todo.

Alerta. Miedo. Rabia. Todo mezclado. Y eso… Eso sí que encajaba con algo que no estaba bien.

Mi mirada se clavó en Victor. Sonrisa intacta. Ojos vacíos. Control absoluto. Ese hombre sabía exactamente lo que hacía. Y lo disfrutaba.

La puerta volvió a abrirse, pero esta vez… El ambiente cambió. No por el ruido, sino por la ausencia de él.

El tipo que entró no pertenecía a ese lugar; se veía en cada detalle. Traje caro. Paso medido. Mirada que no se detenía en nada… Excepto en ella. En Noa.

Directo. Sin disimulo. Sin duda.

Victor lo vio, claro que lo vio, y entonces hizo un gesto. Breve, casi invisible, pero suficiente. Una orden.

Noa no se movió al principio: solo un segundo, uno, pero lo vi. Ese instante en el que decidías o en el que sabías que no tenías elección.

Luego… Caminó hacia el hombre, y mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza.

Un paso. Y luego otro.

—Eh —dijo Jax detrás de mí—. ¿A dónde vas?

No respondí, porque ya estaba en medio. Entre ellos. Interponiéndome.

El hombre me miró. Molesto, evaluando.

—Está ocupada —dije.

Mi voz salió baja, pero firme. Sin espacio para discusión. Sus ojos se estrecharon.

—No lo creo.

Claro que no. Tipos como él nunca lo creían. Porque siempre pagaban para tener razón.

Sentí a Noa detrás. Demasiado cerca. Demasiado tensa.

—No pasa nada —dijo rápidamente—. Voy con él.

Apreté la mandíbula. Eso no era una respuesta. Eso era una señal, y no me gustaba. Ni un poco.

Me giré lo justo para mirarla.

—No necesitas hacer esto —murmuré.

No me miró. Ni siquiera un segundo.

—Tú no decides lo que necesito.

Directa y fría, como una cuchilla. Y completamente falso. Porque sí necesitaba algo. Y no era eso. Pero no iba a admitirlo.

No delante de él, ni delante de nadie.

El silencio se estiró entre nosotros. Tenso, incómodo y peligroso.

El hombre dio un paso adelante, invadiendo espacio. Tomando lo que creía suyo. Victor observaba desde la barra. Sin intervenir. Claro, nunca se manchaba las manos.

Y ahí estaba la línea. La que no debía cruzar. La que no formaba parte de mi misión. La que podía arruinarlo todo. O aclararlo. O joderme vivo.

La miré una última vez. Esperando cualquier cosa. Una señal. Una duda. Un no. Pero no llegó.

Solo silencio y resignación. Eso fue peor.

Di un paso atrás. Uno solo, pero pesó más que cualquier golpe.

—Disfruta —le dije al hombre.

Mentira. Pura, fría y calculada.

Me aparté, pero no me fui. Porque esto… Esto no se quedaba así. Ni de lejos.

Levanté la vista y me encontré con la de Victor. Sonrisa leve. Satisfecha. Como si hubiera ganado algo.

Tal vez lo había hecho. Por ahora. Pero yo también había tomado una decisión. Silenciosa, irreversible y peligrosa.

Noa caminó con el hombre hacia el fondo del local sin mirar atrás. Ni una vez. Y eso… Eso fue lo que terminó de joderme.

Apreté los puños, respiré hondo y me obligué a quedarme donde estaba. A observar. A recordar. A no intervenir. Al menos todavía.

Pero dentro… La promesa ya estaba hecha. Esto no se quedaba así. Ni de puta broma.

No me moví ni un milímetro. Pero todo dentro de mí estaba en tensión. Como un cable a punto de romperse.

—Mala idea —murmuró alguien a mi lado.

Jax. Claro. Siempre aparecía cuando no lo necesitabas, o cuando más lo necesitabas.

—¿Desde cuándo te preocupas por mis ideas? —respondí sin mirarlo.

—Desde que pueden acabar con nosotros recogiendo tus dientes del suelo.

Solté el aire por la nariz. Lento y controlado.

—No me gusta esto.

—A nadie le gusta —intervino Briggs desde detrás, cruzándose de brazos—. Pero es lo que hay.

Giré la cabeza.

—¿Qué significa eso?

Briggs intercambió una mirada rápida con Jax. Luego con Milo, que seguía trasteando con una caja como si la conversación no fuera con él. Pero sí lo era. Siempre lo era.

—Significa —dijo Jax, más serio ahora— que en este sitio funciona así.

Silencio.

—El que más paga… —continuó— Se lleva a la chica.

Las palabras cayeron pesadas.

—¿Y vosotros lo aceptáis? —pregunté.

No era una acusación, pero sonó como una. Jax chasqueó la lengua.

—No es aceptar. Es… no meterse donde no te llaman.

—Eso es lo mismo.

—No —intervino Briggs, más firme—. No lo es.

Lo miré.

—Explícamelo.

Briggs suspiró, como si no le gustara tener que hacerlo.

—No es nuestro territorio real —dijo—. Es suyo.

Miré a Victor de reojo. Seguía en la barra, hablando con otra de las chicas. Sonriendo, como siempre.

—Ese tío tiene conexiones —añadió Jax—. Dinero. Gente detrás. Problemas.

—Nosotros venimos —continuó Briggs—, comemos algo, tomamos unas cervezas… y nos vamos.

—Y él os deja tranquilos —remató Jax.

—Y nosotros respetamos lo que hay —terminó Milo, sin levantar la vista.

Silencio, otra vez. Pero esta vez era diferente. Más pesado. Más incómodo. Porque no era ignorancia, era elección.

—Es una putada —añadió Jax en voz más baja—. No creas que no lo sabemos.

Briggs asintió.

—A ninguna de esas chicas le gusta.

—No se lo merecen —dijo Milo.

Le miré. Porque cuando Milo hablaba así… Importaba.

—Entonces haced algo —solté, directo y sin filtro.

Jax soltó una risa corta. Sin humor.

—Claro.

—¿Qué?

Se inclinó un poco hacia mí.

—Dale mil de los grandes al "sonrisitas"… y la chica es tuya una noche.

Sentí el golpe. No físico, peor. Más profundo. Más sucio. Apreté la mandíbula hasta que dolió.

—No estoy hablando de eso.

—Ya —respondió Jax—. Pero es lo único que funciona aquí.

Miré a Victor otra vez. Y justo en ese momento… Pasó.

Se inclinó hacia otra de las camareras, le dijo algo, no escuché el qué, pero vi el efecto.

El mismo. Exactamente el mismo que con Noa. Cuerpo tenso. Mirada fija. Respiración contenida. Y luego… Resignación.

Un hombre entró. Traje perfecto. Zapatos caros. Ni una gota de alcohol en el cuerpo. Eso también lo decía todo. No venía a beber. Venía a elegir. Y eligió. A ella.

Sonrió. Ella no. Y aun así… Caminó hacia él, hacia el fondo, hacia el mismo sitio. El mismo puto sitio.

Sentí cómo algo subía por mi pecho. Rápido, caliente y peligroso.

—Tengo que hacer algo —dije.

No era una reflexión, era una advertencia. Jax reaccionó al instante. Me agarró del brazo con fuerza.

—No.

Lo miré.

—Suéltame.

—No busques problemas con este tío, Darek.

—Ya los tiene.

—No contigo.

Silencio.

—Nosotros venimos —continuó, más bajo, más serio—, comemos algo, tomamos unas cervezas… y nos vamos.

—Él nos deja tranquilos —añadió Briggs.

—Y nosotros respetamos lo que hay —terminó Milo.

Las mismas palabras. El mismo discurso. La misma mierda.

—Ojalá pudiéramos hacer algo —dijo Jax.

Y por primera vez sonó sincero. De verdad.

—Pero no podemos.

Apreté los dientes, porque quería creer eso. De verdad. Sería más fácil. Más limpio. Más seguro. Pero no lo era. No encajaba.

No con lo que había visto. No con lo que sabía. No con lo que era.

Miré otra vez hacia el fondo del local. Hacia la puerta por la que habían desaparecido. Noa. La otra chica. Todas.

Y luego a Victor. Sonriendo. Controlando. Y entonces lo entendí. No del todo, pero lo suficiente.

Esto no iba de dinero, o al menos no solo de eso. Iba de poder. De control. De gente que podía hacer lo que quisiera porque nadie se lo impedía. Porque todos miraban hacia otro lado.

Porque era más fácil. Porque sobrevivir siempre había sido más fácil que enfrentarse.

Bajé la mirada. Mis manos estaban cerradas en puños. Blancas, tensas y contenidas.

—No podemos… —Repetí en voz baja.

Pero ya no sonaba igual. Porque dentro de mí algo no estaba de acuerdo. Nada, en realidad. Y ese era el problema. Porque podía fingir. Podía observar. Podía esperar. Era bueno en eso. Muy bueno. Pero había líneas. Siempre las había.

Y cuando alguien las cruzaba… Yo no miraba hacia otro lado. Nunca lo había hecho. Y no iba a empezar ahora.

No con ella. No con esto. Con algo que olía demasiado a lo que había perdido. Demasiado parecido. Demasiado familiar. Demasiado jodidamente personal.

Levanté la vista una última vez y la promesa dejó de ser un pensamiento. Se convirtió en algo sólido, frío e imparable.

Esto no era parte de la misión, pero iba a serlo. Aunque tuviera que romperlo todo para conseguirlo. Porque había cosas que se toleraban, y había cosas que no.

Y yo… Ya había decidido en qué lado estaba.

Capítulo 7

Noa

Subí las escaleras sin mirar atrás. Nunca lo hacía. Era una regla no escrita.

Si miraba… dudaba. Y dudar era peligroso.

Cada peldaño crujía bajo mis botas como si quisiera delatarme. Como si el edificio entero supiera lo que estaba haciendo.

Lo que iba a hacer. Lo que llevaba haciendo demasiado tiempo.

Apreté la barandilla con más fuerza de la necesaria. No pensaba en mí. Nunca pensaba en mí. Pensaba en ella. Siempre en ella.

Mia. Su cara. Su voz. El "mamá" en aquella sala de aislamiento. El "¿me vas a dejar aquí?". Eso bastaba. Tenía que bastar. Porque si no… No subía ese último escalón.

El pasillo de arriba era peor. Más silencioso. Más cerrado. Más… íntimo. Odiaba esa palabra.

El hombre caminaba detrás de mí. Podía sentir su presencia sin girarme. Su perfume caro. Su respiración tranquila. Como si aquello fuera normal. Como si no estuviera comprando algo que no debería poder comprarse. Como si yo no fuera una persona. Solo… una transacción.

Abrí la puerta de una de las habitaciones. Siempre la misma. Siempre ese olor a limpio artificial que intentaba tapar todo lo demás. No funcionaba. Nunca funcionaba.

Entré y él cerró la puerta. El sonido del pestillo fue seco. Final.

No dije nada. Él tampoco al principio. Se quitó la chaqueta con calma. Demasiada calma. La dejó sobre la silla como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—No hace falta que estés tan tensa —dijo.

Casi amable. Casi. Y eso… Eso era lo peor. Porque los que eran bruscos eran fáciles de odiar. Pero los que intentaban parecer correctos… Te obligaban a fingir que aquello no era lo que era.

Me giré despacio y lo miré lo justo.

—Es parte del servicio —respondí.

Automático, frío y ensayado. No era yo. Nunca estaba yo aquí dentro.

Se acercó un paso. Luego otro. Invadiendo espacio. Siempre lo hacían. Como si probaran hasta dónde podían llegar. Siempre más. Siempre un poco más.

—No tienes que actuar conmigo —añadió—. Prefiero lo natural.

Casi sonrío. Casi. Pero no llegó. Porque lo natural… Sería echarlo por la ventana.

—Claro —dije.

Mentira. Una más. Otra encima de todas las demás.

Y entonces… Me apagué.

No fue algo rápido. No hubo un interruptor visible. Fue más sutil. Más peligroso.

Dejé de estar del todo allí. Mi cuerpo se quedó. Mi cabeza… no.

Miraba, pero no veía. Escuchaba, pero no oía. Sentía… lo justo para no perder el control. Nada más.

Era la única forma. Siempre lo había sido.

Pensé en Mia. En sus dibujos. En las motos. En cómo apretaba el lápiz cuando algo le importaba. En su voz. En su forma de mirarme como si yo fuera suficiente. Aunque no lo fuera. Aunque nunca lo fuera.

—Relájate —dijo él.

Su mano rozó mi brazo y ahí sí, ahí volvió algo.

Asco. Frío y directo. Como una descarga. Pero no me moví. No reaccioné. No le di eso. No le di nada.

"Esto es por ella."

La frase se repetía en mi cabeza, una y otra vez. Como un mantra. Como una excusa. Como una condena.

"Esto es por ella."

Porque cada segundo ahí dentro… Era un paso más cerca de recuperarla. Eso era lo único que importaba. Eso, y sobrevivir al momento.

Intentó hacer conversación. Pequeños comentarios. Preguntas. Nada importante. Nada que quisiera recordar. Pero su tono… Su tono era casi cordial.

Como si aquello fuera una cita. Como si no hubiera dinero de por medio. Como si no estuviera comprando mi silencio. Mi cuerpo. Mi dignidad.

No respondí más de lo necesario. Lo justo. Lo mínimo. Lo imprescindible.

Hubo un momento, breve, pero suficiente, en el que cerré los ojos. Solo un segundo. Y no estaba allí. No en esa habitación. No con ese hombre.

Estaba en otro sitio. En uno que no existía, pero que necesitaba.

Mia riendo. Corriendo. Llamándome. Sin miedo. Sin distancia. Sin nadie decidiendo por nosotras.

Y en ese lugar… Yo no tenía que hacer esto. No tenía que romperme por dentro. No tenía que convertirme en algo que no reconocía.

Abrí los ojos y todo volvió. El peso. El aire. El olor. Él. Siempre él. Siempre el mismo tipo de hombres con distinta cara.

Y yo… Siempre la misma. Aguantando. Conteniendo. Sobreviviendo.

Terminó como siempre. Sin importancia. Sin significado para él. Para mí…
Tan solo era otra marca invisible. Otra cosa que no podía permitirme sentir.

Se apartó, se arregló como si nada, como si no acabara de cruzar una línea, y pagó lo que tenía que pagar, sin mirarme demasiado. Eso también era habitual.

Más fácil así. Para ellos. Para su conciencia, si es que tenían.

Me quedé de pie unos segundos más. Sin moverme. Sin respirar del todo. Esperando a que el cuerpo volviera a ser mío. A que la cabeza encajara otra vez. A que todo dejará de sentirse… ajeno.

"Esto es por ella."

Pensé una última vez antes de salir.

Abrí la puerta y el pasillo seguía igual. Silencioso. Indiferente. Como si nada hubiera pasado. Como siempre. Bajé las escaleras y esta vez sí noté el peso.

En las piernas. En los hombros. En todo. Pero no me detuve. No podía. No allí.

Cuando llegué abajo, la vi.

Lena estaba apoyada contra la pared, con los brazos cruzados y cara de pocos amigos. Muy pocos.

En cuanto me vio, se separó y su mirada fue directa a mi cara. A mis ojos. Buscando, como siempre.

—Voy a matarlo —dijo.

Sin saludo. Sin filtro. Solté el aire y salió una risa breve, vacía.

—Ponte en la cola.

Durante un segundo, funcionó. Sonreímos de verdad. Como antes. Como siempre. Pero duró poco. Muy poco. Porque la realidad no daba tregua. Nunca lo hacía.

Lena dio un paso más cerca y bajó la voz.

—¿Estás bien?

Ahí estaba la pregunta. La única que importaba. Y la más difícil de responder.

Me encogí de hombros.

—He sobrevivido.

No era una respuesta, pero era la única que tenía.

Y entonces pasó. Solo un segundo. Uno, pero suficiente.

La coraza se agrietó. El aire se me quedó atrapado. Los ojos me ardieron. Y todo lo que había contenido arriba… Intentó salir.

Dolor. Rabia. Asco. Culpa. Todo. Pero lo corté en seco.

No aquí. No ahora. No delante de todos.

Respiré hondo una vez y volvió la máscara. La distancia. El control.

—Vamos —dije.

Como si nada. Como si todo.

Y entonces lo sentí antes de verlo. Esa mirada. Pesada, fija e inconfundible.

Levanté la vista y vi que Darek estaba al otro lado del local, observando, pero no como antes.

No había desafío. No había juicio. Y eso… Eso fue peor. Mucho peor. Porque lo que había ahora… Era comprensión.

Y rabia. Una rabia contenida que reconocí al instante. Porque era la misma que llevaba yo dentro.

Caminé hacia la barra. Directa. Sin desviarme. Sin frenar. Cuando pasé a su lado, no pude evitarlo.

—No me mires así —dije.

Mi voz salió baja, tensa y peligrosa. Él se giró lo justo.

—¿Así cómo?

Me detuve medio segundo. El suficiente.

—Como si fueras a salvarme —respondí, y me quedé callada, al igual que él—. Porque no puedes —añadí, y seguí caminando.

Sin mirar atrás. Sin darle opción a responder. Sin darme opción a dudar. Porque si dudaba… Se acababa todo. Y yo no podía permitirme eso.

No ahora. No cuando estaba tan cerca. No, cuando lo único que me importaba era recuperarla.

No había dado ni tres pasos cuando lo sentí. Cerca. Demasiado cerca.

—Noa.

Su voz era baja y controlada, pero cargada de algo que no encajaba en ese sitio.

Y me detuve. Maldita sea. Me detuve.

Giré lo justo y lo miré.

—¿Qué?

Directa. Cortante. Defensiva. Como tenía que ser. Como necesitaba ser.

Darek no respondió de inmediato. Me observó demasiado. Como si estuviera intentando descifrar algo que no quería que nadie entendiera.

—Puedo pagar —dijo al final.

Parpadeé. Una vez. No por sorpresa, sino por incredulidad.

—¿Qué?

—Quiero subir contigo.

Silencio. Y luego… Una risa. Corta y ácida.

—Claro —murmuré—. Y yo quiero que mañana todo esto desaparezca.

Negué con la cabeza.

—Estoy bastante segura de que un tipo como tú no tiene mil dólares para pasar una noche conmigo.

Le vi tensarse. Ahí. En la mandíbula. En los hombros. En la forma en la que dejó de respirar un segundo.

Bien. Eso era mejor. Más fácil. Más manejable.

—Pero oye —añadí, encogiéndome de hombros—, por un poco menos…

Di un paso hacia él, lo justo, lo suficiente para que entendiera.

—Te alivio rápido.

Mi voz no tembló. No dudó. No falló.

—Es lo que hay —me encogí de hombros.

Silencio. Uno tan pesado como incómodo y real.

Le vi tensarse otra vez. Más. Como si cada palabra fuera un golpe. Y eso… Eso me cabreó.

Porque no tenía derecho. Porque no sabía. Porque no estaba en mi piel.

Me giré para irme, para acabar con eso, para seguir sobreviviendo. Pero no llegué a dar el siguiente paso.

Su mano me agarró del brazo. Grande. Firme. Caliente. Demasiado. Y el mundo se redujo a ese punto de contacto.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza y me giré de golpe con los ojos abiertos. Alerta. Peligro.

—Suéltame.

Le pedí en un tono bajo, pero claro. Sin gritar, pero con filo.

—Nadie toca a las chicas sin pagar antes.

Le sostuve la mirada. El pulso. La tensión. Todo.

Darek no apretó más, pero tampoco me soltó al instante.

—¿Cuánto por unos minutos de tu tiempo?

Silencio. Ese tipo de silencio que lo cambiaba todo. Mi cabeza empezó a moverse rápido. Automática. Fría. Eficiente.

Miré a Victor por instinto, por necesidad.

Seguía en la barra, observando, siempre observando todo lo que ocurría en este lugar. Y estaba sonriendo. Claro que lo estaba.

Volví a mirar a Darek.

—Doscientos —dije.

Sin rodeos. Sin suavizarlo.

—Te hago un baile privado, dejo que te acerques lo suficiente, y…

No aparté la mirada. No dudé. No me escondí. Porque si lo hacía… Perdía. Y no podía permitírmelo.

Le vi tensarse otra vez, más que antes, como si las palabras pesaran. Como si le golpearan.

Se quedó quieto y callado un segundo. Dos. Y entonces… Me soltó.

El contacto desapareció, pero dejó algo detrás. Una sensación extraña e incómoda que no quería analizar.

Metió la mano en la chaqueta, sacó la cartera, la abrió y, sin dudar, me enseñó el dinero. Tres billetes. Trescientos dólares.

Mi respiración se detuvo un instante.

—Nadie más va a tocarte esta noche.

Lo dijo así, sin levantar la voz. Sin dudas. Como una decisión. Como una orden. Como una promesa. Y eso… Eso fue lo peor.

Porque por un segundo, solo uno, quise creerle. Error. Grave error.

Aparté ese pensamiento mentalmente, rápido, antes de que hiciera daño.

—Sí, claro —murmuré.

Pero ya estaba caminando hacia el pasillo y él venía detrás.

El trayecto fue corto, pero se sintió largo. Demasiado.

Antes de subir, miré otra vez a Victor, no pude evitarlo. Y ahí estaba, sonriendo satisfecho. Como si hubiera ganado algo. Como si siempre ganara.

Apreté los dientes.

—Eres idiota —le dije a Darek en voz baja.

No dejé de caminar.

—Le has dado a mi jefe justo lo que quería.

Subimos el primer escalón.

—Y que ninguno de vosotros ha hecho jamás.

Silencio. No respondió. No intentó justificarse. No dijo nada. Y eso… Eso tampoco ayudaba.

Abrí la puerta. La misma habitación. El mismo olor. La misma mentira. Y entré.

Esta vez sin pensar. Sin frenar. Sin mirar atrás. Porque si lo hacía… Se rompía algo. Y no podía permitírmelo. Otra vez no. Nunca más.

Me giré hacia él, despacio, profesional, distante, como siempre. Como tenía que ser.

—Cierra la puerta.

Mi voz volvió a ser la de antes. La que no sentía. La que no dudaba. La que sobrevivía.

Pero por dentro… Por dentro todo era otra cosa.

Más oscuro. Más pesado. Más real. Porque esta vez no era solo el acto. No era solo el dinero. Era él.

Su mirada. Su forma de hablar. De interponerse. De no encajar en nada de esto. Y eso… Eso lo complicaba todo. Lo hacía más difícil. Más peligroso. Más humano.

Y yo no podía permitirme eso. No aquí. No así. No ahora.

Bajé la mirada un segundo, solo uno, pero el suficiente para recordarme lo importante. Para centrarme. Para no perderme.

Mia. Siempre Mia.

Su voz. Su cara. Su "mamá". Su "no me dejes aquí".

Apreté los puños con fuerza.

—Vamos —dije.

Sin emoción. Sin nada. Como si fuera una rutina más. Como si no doliera. Como si no importara.

Pero dentro… La verdad era otra. Siempre lo era.

Y la repetí una vez más. Como un mantra. Como una condena. Como la única razón que me mantenía en pie.

"Todo esto… es por ella".

Capítulo 8



Noa

La puerta se cerró con ese mismo sonido seco y final que siempre me helaba la sangre. Pero esta vez era diferente. Esta vez Darek estaba dentro conmigo. Y el silencio que nos envolvió no era el mismo de siempre. Era más denso, más pesado, cargado de palabras no dichas y de promesas rotas antes de nacer.

Me apoyé un segundo contra la madera, con los ojos cerrados, intentando encontrar ese interruptor interno que me permitía apagarme. Desconectar. Convertirme en la versión de mí misma que sobrevivía a estas noches. Pero no funcionaba. Darek estaba demasiado cerca; su presencia era demasiado real, demasiado penetrante. No había forma de apagarlo.

—Siéntate en la cama —dije, sin girarme todavía. Mi voz sonó más firme de lo que me sentía. Buena señal. Significaba que el piloto automático estaba empezando a funcionar.

Oí su movimiento. El crujido del colchón al recibir su peso. No dijo nada. Solo obedeció. Y eso, por alguna razón, me irritó y me tranquilizó a la vez. Era más fácil cuando no hablaban. Cuando solo eran cuerpos y transacciones.

Me giré. Lo encontré exactamente donde le había dicho, sentado al borde del colchón, con las manos apoyadas sobre sus rodillas y la mirada fija en mí. No había lujuria en sus ojos. No había el deseo animal al que estaba acostumbrada. Había… algo más. Algo que no quería identificar porque me hacía vulnerable. Algo que se parecía peligrosamente a la preocupación.

Cogí el mando a distancia de la mesita de noche. Mis dedos temblaban ligeramente, pero lo disimulé. Siempre lo disimulaba.

—La música ayuda —murmuré más para mí que para él. Y pulsé el botón.

Los primeros acordes de *"Wicked Game"* de Chris Isaak llenaron la habitación. La guitarra melancólica y sensual, esa voz que hablaba de amor perdido y de deseos prohibidos.

"The world was on fire and no one could save me but you…"[1]

La letra era una ironía cruel. Nadie me salvaba. Yo me ahogaba para salvar a otra.

Darek frunció el ceño ligeramente, reconociendo la canción, sin duda. Sabía lo que significaba. Sabía que no era música para bailar, sino para sentir. Para desnudar el alma antes que el cuerpo.

Empecé a moverme despacio. Mis caderas se balancearon al ritmo de la música, una danza aprendida, perfeccionada en cientos de noches como esta. Pero mis pies se sentían extraños sobre el suelo, como si no fueran míos. Mis manos, que se deslizaban por mi propio cuerpo, parecían ajenas.

Mientras el vestido se deslizaba por mis hombros, mis ojos nunca se apartaron de los de él. Lo observaba. Analizaba cada mínima reacción. La forma en que su respiración se alteraba casi imperceptiblemente. La tensión que aparecía en su mandíbula. Cómo se acomodaba sobre la cama, buscando una posición que aliviara la presión que empezaba a crecer en sus pantalones.

Él no me miraba como los demás. Los otros me veían como un objeto, un trofeo, un rato de placer comprado. Sus ojos recorrían mi piel con avidez, devorándola, marcándola como suya aunque solo fuera por una hora. Pero Darek… Darek me veía. Veía a la mujer detrás de la máscara. Veía el dolor que intentaba ocultar. Y eso era infinitamente más peligroso.

El vestido cayó a mis pies, dejándome en un conjunto de lencería negra, sobrio pero elegante. El encaje se clavaba ligeramente en mi piel, un recordatorio constante de que esto era un disfraz. Que la mujer que se movía bajo la luz tenue de la habitación no era del todo yo.

Seguí bailando, acercándome lentamente a la cama. Cada paso era un cálculo, una estrategia. Mis manos se deslizaron por mi estómago, subiendo hasta la copa de mi sujetador, mis dedos rozando mis propios pezones bajo el tejido. Vi cómo se tragaba, cómo sus manos se cerraban en puños sobre sus rodillas. Se estaba excitando, sí. Pero luchaba contra ello. Luchaba contra el deseo que yo misma estaba provocando. Y esa lucha me excitó a mí de una forma que nunca me había pasado con ningún cliente.

"What a wicked game to play, to make me feel this way…"[2]

La letra seguía sonando, burlándose de mí. Porque esto no era un juego. O quizás sí. El juego más peligroso de todos. Y estaba perdiendo.

Cuando la canción llegó a su clímax, me arrodillé entre sus piernas. El calor de su cuerpo me envolvió, y por un instante, sentí el impulso de huir. De levantarme y salir corriendo de esa habitación. Pero me contuve. Mia. Siempre Mia.

Mis dedos encontraron el botón de sus pantalones. El metal estaba frío contra mi piel caliente. Desabroché la cremallera lentamente, sintiendo cómo su cuerpo se tensaba bajo mi toque.

—No es necesario —dijo su voz, ronca, apenas un susurro.

Levanté la vista hacia él. Una sonrisa cruel se dibujó en mis labios. Era la sonrisa de Noa, la profesional. La que sabía exactamente qué decir para cortar cualquier atisbo de romanticismo.

—El bulto en tus pantalones dice lo contrario.

Libere su miembro. Duro, caliente, palpitante en mi mano. Y entonces algo se rompió dentro de mí. Algo que había estado contenido durante demasiado tiempo. Una oleada de deseo recorrió mi cuerpo, tan intensa, tan real, que me dejó sin aliento. Nunca me había pasado esto. Nunca me había excitado de esta manera. Nunca había sentido este nudo ardiente en mi estómago con un cliente.

Incliné la cabeza y lo tomé en mi boca. El sabor de él, limpio y masculino, llenó mis sentidos. Escuché su gemido, un sonido gutural que parecía arrancado desde lo más profundo de su ser. Y eso fue todo lo que necesité.

Mi boca se movió sobre él con una nueva urgencia. Ya no era un acto mecánico, una rutina aprendida. Era deseo. Puro y crudo. Mis manos se deslizaban por sus muslos, sintiendo cómo los músculos se tensaban bajo mi toque. Él disfrutaba; lo notaba en cada movimiento, en cada respiración entrecortada.

Entonces sus dedos se enredaron en mi pelo. Sin fuerza, sin violencia. Con una posesión que me hizo estremecer. Me guio, estableciendo un ritmo que nos llevó al borde del abismo. Y yo lo seguí, perdiéndome en la sensación, en el poder que me daba verlo así, entregado a mí.

Pasaron unos minutos o una eternidad. El tiempo se había detenido en esa habitación, existiendo solo el ritmo de nuestros cuerpos y la música que seguía sonando de fondo.

De repente, me apartó con suavidad. Su respiración era agitada, irregular. Sus ojos brillaban con una intensidad que me intimidó y me atrajo a la vez.

—Sube conmigo a la cama —dijo, no como una orden, sino como una súplica.

La máscara profesional volvió a su sitio. La Noa de siempre.

—No puedo —respondí, mi voz fría y distante—. Por el dinero que has pagado, no hay sexo completo.

Él se rio, un sonido bajo y sin alegría.

—Me importa una mierda —dijo, y antes de que pudiera reaccionar, me cogió en brazos.

Me levantó como si no pesara, y me recostó suavemente sobre las sábanas. Su cuerpo se movió sobre el mío, y por un momento, sentí pánico. Pánico a sentir. Pánico a querer.

Se desnudó rápidamente, su piel pálida brillando bajo la luz tenue. Y entonces, sus dedos encontraron el cierre de mi sujetador. Lo quitó, liberando mis pechos. Sus ojos se oscurecieron al verlos, y sintió cómo una nueva ola de deseo recorría mi cuerpo.

Sus labios se posaron en mi piel, no con prisa, sino con una devoción que me desarmó. Me besó, me lamió, me mordisqueó hasta que me sentí arder por dentro. Sus dedos encontraron el cierre de mi sujetador. Lo quitó con una delicadeza que nadie había tenido conmigo allí arriba, liberando mis pechos. Sus ojos se oscurecieron al verlos, y sentí cómo una nueva ola de deseo recorría mi cuerpo, una onda de calor que me dejaba sin aliento. Sus labios se posaron en mi piel, no con prisa, sino con una devoción que me desarmó por completo. Me besó, me lamió, me mordisqueó el cuello, el hueco de mi clavícula, descendiendo lentamente hasta mis pechos. Cuando su boca cerró sobre uno de mis pezones, un gemido se escapó de mis labios, un sonido que no pude controlar. Sentí cómo se endurecía aún más bajo su lengua, cómo el placer se irradiaba desde ese punto hasta el resto de mi cuerpo, anegándome.

Sus manos continuaron su viaje descendente, deslizándose por mi estómago hasta encontrar el borde de mi tanga. La deslizó por mis caderas, despacio, tortuosamente, mientras sus labios seguían su camino. Me arqueé contra él, anhelando su contacto, necesitando sentirlo. Y entonces, su boca llegó allí.

El primer contacto de su lengua en mi sexo fue como una descarga eléctrica. Un grito ahogado se perdió en mi garganta. Nadie, jamás, me había hecho esto. Nadie se había preocupado por mi placer, por mi deseo. Los demás hombres tomaban, recibían, pero nunca daban. Pero Darek… Darek estaba devorándome con una intensidad que me hacía temblar. Su lengua exploraba, saboreaba, conocía cada pliegue, cada punto sensible que ni yo misma sabía que existía. Mis manos se enredaron en su pelo, apretando, llevándolo hacia mí, necesitando más, necesitando todo. Sentía cómo el placer se acumulaba en mi interior, una presión creciente, un fuego que amenazaba con consumirme por completo.

Levanté la cabeza, mis ojos buscando los suyos. Lo vi allí, entre mis piernas, con los ojos brillantes de lujuria y de otra cosa, de algo que no me atrevía a nombrar. Quería darle lo mismo que él me estaba dando a mí. Quería sentirlo, saborearlo, devolverle ese placer que me estaba haciendo pedazos.

—Gira —susurré, con mi voz rota por el deseo.

Me miró un segundo, confundido, pero luego entendió. Se giró sobre la cama, colocándose sobre mí en una posición que me robó el aliento. Su miembro, duro y pulsante, estaba justo delante de mi boca. Y su sexo, otra vez, estaba al alcance de mi lengua.

No dudé. Lo tomé en mi boca de nuevo, pero esta vez fue diferente. Esta vez no era un servicio. Era un anhelo. Mientras mi boca se movía sobre él, sentí cómo su lengua volvía a mí, cómo entraba en mí, cómo me lamía y me chupaba con un ritmo que me llevaba al borde de la locura. El mundo se redujo a esa sensación, a ese círculo perfecto de placer. Yo le daba placer, él me lo daba, y todo se mezclaba en una espiral ascendente, ardiente, explosiva.

Sentí cómo el orgasmo se aproximaba, una ola inmensa que crecía y crecía en mi interior, lista para romper y arrasarme por completo. Mis piernas empezaron a temblar, mis movimientos se volvieron más erráticos. Estaba a punto de correrme, de explotar en su boca.

Pero él no me lo permitió.

Justo cuando estaba a punto de alcanzar el clímax, sentí cómo se apartaba. Un gemido de frustración se escapó de mis labios, pero se convirtió en un grito de sorpresa cuando me giró sobre la cama, colocándome bocarriba. Se apartó de mi boca, y vi cómo se sentaba sobre mis muslos, su mano cerrada sobre su propio miembro, moviéndose con una rapidez frenética. Su mirada era fiera, intensa, completamente perdida en el placer.

—Córrete para mí —gruñó, con la voz ronca, llena de deseo.

Y lo hice. Su mirada, sus palabras, la imagen de él masturbándose sobre mí… fue suficiente. El orgasmo me golpeó con una fuerza que me dejó sin aire, una explosión de luz y de calor que recorrió cada centímetro de mi cuerpo. Me arqué contra la cama, gritando su nombre sin darme cuenta, mientras las olas de placer me sacudían una y otra vez.

Un segundo después, él alcanzó su propio clímax. Un gemido profundo y gutural escapó de sus labios mientras su semen caliente caía sobre mi estómago, sobre mis pechos, marcándome. Fue salvaje, primitivo y la cosa más erótica que había visto en mi vida.

Cuando todo terminó, nos quedamos los dos recostados en la cama, jadeando, sin hablar. El aire era denso, cargado con el olor del sexo y del sudor. La música había terminado hacía tiempo, y el único sonido era nuestra respiración agitada.

Yo me sentía vacía y, a la vez, extrañamente llena. Mi cuerpo temblaba ligeramente, no de frío, sino de la intensidad de lo que acabábamos de vivir. Me giré hacia él para decir algo, no sabía qué, pero vi su perfil en la penumbra y las palabras se me atascaron en la garganta.

Esto había sido diferente. No había sido una transacción. No había sido un servicio. Había sido… más. Había sido conexión. Había sido deseo real, compartido. Y eso aterrorizaba. Porque si me permitía sentir esto con él, con un cliente, entonces toda la coraza que había construido alrededor de mi corazón se haría añicos. Y si eso ocurría, no podría sobrevivir.

—No deberíamos haber llegado a esto —murmuré al fin, y mi voz fue apenas un susurro.

Se giró hacia mí, sus ojos encontrando los míos en la oscuridad. Me acarició la mejilla con el dorso de su mano, un gesto tan tierno que casi me hace llorar.

—Si es por el dinero, no te preocupes —dijo, con voz suave y tranquila.

Se levantó de la cama, y yo seguí su movimiento con la vista. Su cuerpo era fuerte, marcado por músculos que se movían con una gracia natural. Cogió la cartera de su chaqueta, que estaba tirada en una silla. La abrió y sacó otros dos billetes de cien dólares. Se acercó a la cama y me los tendió.

—Esto no se lo des al cabrón de tu jefe —dijo, con voz firme, sin lugar a dudas—. No es un pago por lo que ha pasado. Es porque quiero dártelo.

Lo miré, miré el dinero en su mano, y algo dentro de mí se rompió. La ilusión se desvaneció. La máscara volvió a su sitio, fría e impenetrable. Al final, era como todos los demás. Creía que el dinero lo podía arreglar todo. Que podía comprarlo. Comprarme.

Me levanté de la cama, empecé a recoger mi ropa del suelo. Mientras me vestía, sin mirarlo, le hablé con la voz cortante y distante de siempre.

—Al final eres como todos los que vienen aquí —dije—. Por tener dinero y poder comprar el cuerpo de una mujer durante un tiempo, te crees superior. ¿Crees que puedes comprar algo más. ¿Crees que puedes comprar mi gratitud.

Dejé los doscientos dólares sobre la mesita de noche, junto al mando a distancia. No los cogí. No los quería.

—Quédate con tu dinero, Darek. Y quédate también con tu idea de salvador. A mí no me hace falta.

Salí de la habitación sin mirar atrás, dejándolo solo y desnudo en la cama, con el dinero en la mano y el silencio como única compañía. Bajé las escaleras, con el peso de lo que había pasado y de lo que había perdido, cayéndome sobre los hombros. Había sido un error. Un error maravilloso y terrible. Y tenía la horrible sensación de que acababa de cometer el peor error de mi vida.

Capítulo 9



Darek

No dormí. Ni esa noche. Ni la siguiente. Ni ninguna desde que ella entró en la ecuación.

La nave estaba en silencio, pero no era un silencio limpio. Era de esos que pesan. De los que se meten en la cabeza y empiezan a removerlo todo.

Luces fluorescentes. Frías. Parpadeando de vez en cuando. El portátil abierto frente a mí. Archivos. Nombres. Fechas. Transferencias. Todo perfectamente ordenado. Demasiado.

Apoyé los antebrazos sobre la mesa y me pasé una mano por la cara. Cansancio. Irritación. Algo más. Algo que no quería nombrar.

Había revisado esos datos tres veces. Luego, cuatro. Luego dejé de contar.

Movimientos bancarios. Empresas pantalla. Ingresos irregulares. Pero nada que pudiera sostener una acusación sólida. Todo limpio. Impecable. Demasiado perfecto.

Y eso… Eso era lo que más ruido hacía.

Porque el crimen real nunca es perfecto. Nunca. Siempre había un fallo. Un descuido. Un rastro. Aquí no. Aquí todo estaba medido. Calculado. Filtrado.

—*Alguien dentro* —murmuré.

No era una teoría, era una certeza. Alguien sabía exactamente qué esconder y cómo hacerlo. Y eso solo dejaba dos opciones.

O eran todos más listos de lo que parecían, o había un hijo de puta jugando a dos bandas.

Me recosté en la silla, que protestó bajo mi peso. El techo de la nave era alto. Industrial. Frío. Como todo lo demás en ese sitio. Pero había algo que no encajaba. Otra vez. Siempre lo mismo.

Los *Black Angels* no cuadraban. No con esto. No con lo que había visto. No con cómo se movían. Cómo hablaban. Cómo reaccionaban. Gente así no montaba redes limpias. No con ese nivel y sin dejar rastro. No sin romper sus propias reglas. Y ellos tenían reglas.

Las había visto, las había sentido e interiorizado.

"No se toca a mujeres ni a niños."

La frase volvió. Sola. Sin permiso. Como un golpe seco en la cabeza.

Apreté la mandíbula. Porque esa noche… Había visto justo lo contrario. Y no por ellos.

Cerré los ojos un segundo. Error. Grave error. Porque volvió la imagen.

Ella. Noa. En esa habitación. Debajo de mí. Con esa mezcla de fuego y ruptura en los ojos. Con esa forma de perder el control y odiarse por ello.

Apreté los puños. Fuerte. Hasta que los nudillos crujieron.

—*No* —murmuré.

No iba de eso. No podía ir de eso. No era parte de la misión. No era relevante. No era… Importante.

Mentira. Y lo sabía.

El golpe de la puerta de la nave me sacó del pensamiento. Fuerte. Sin cuidado. Como siempre.

—¡Buenos días, princesa!

Jax. Claro. Entró como un tornado. Con una bolsa de comida en una mano y una sonrisa de mierda en la cara.

—¿Estamos de funeral? —preguntó, pero no respondí. No hacía falta.

Briggs entró detrás. Con otra bolsa más grande.

—Traemos comida.

—Y malas decisiones —añadió Jax.

—Eso siempre —murmuró Milo desde el fondo, sin levantar la vista de un motor abierto.

No había oído entrar a Milo. Nunca lo hacías.

Dejé el portátil abierto. No me molesté en cerrarlo. Error, sí, pero calculado. Quería ver cómo reaccionaban.

Jax se acercó, miró la pantalla y frunció el ceño.

—Joder… esto parece importante.

—Lo es.

—Entonces paso —dijo, alejándose—. No quiero responsabilidades.

Briggs soltó una risa baja.

—Cobarde.

—Práctico.

La música empezó sin aviso, fuerte, y Jax empezó a bailar. Sin vergüenza y sin sentido.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Elevar el ambiente —respondió, moviendo las caderas—. Estás de un deprimente que asusta.

—Estoy… investigando a alguien.

—Eso no significa que tengas que parecer un cadáver.

Briggs se dejó caer en una silla.

—Tiene razón.

—Nunca tiene razón.

—Hoy sí.

Los observé en silencio, de verdad. Sin filtros. Sin prejuicios.

Jax bailando como un idiota. Briggs comiendo como si no hubiera un mañana. Milo concentrado en su motor, completamente ajeno al mundo. Y pensé lo mismo que llevaba días evitando.

Esto no encajaba. No eran limpios. Eso estaba claro. Pero tampoco eran lo que buscábamos. No de la forma que encajaba con esos datos. Y eso complicaba todo.

Porque cuando el objetivo no coincidía con la realidad… O cambiabas el objetivo o estabas mirando en el sitio equivocado.

El teléfono vibró sobre la mesa. Número conocido. Marcus. Lo dejé sonar dos veces. Tres. Contesté a la cuarta llamada.

—Dime.

—Darek.

Su voz sonó como siempre, controlada y medida.

—Tenemos presión.

Claro. Siempre había presión.

—Quieren resultados.

Miré la pantalla del portátil. Datos perfectos. Demasiado perfectos.

—Los tendrán.

Silencio al otro lado. Breve, pero suficiente.

—Te estás metiendo demasiado —dijo al final.

Apreté la mandíbula. Miré a Jax. Seguía bailando.

Y pensé en Noa. En su mirada. En su rabia. En cómo se había ido de esa habitación sin mirar atrás. Y algo dentro de mí se movió. Se alineó. Se decidió.

—No lo suficiente —respondí, y colgué.

Sin más. Sin explicaciones. Sin espacio para dudas. Porque ya no había dudas. No, de verdad.

Cerré el portátil de golpe y el sonido hizo que Jax se girara.

—Eh, colega, que el portátil no tiene la culpa —dijo, pero no respondí.

Me levanté y cogí la chaqueta.

—¿A dónde vas? —preguntó Briggs.

Me detuve en la puerta, solo un segundo. Lo suficiente.

—A trabajar.

—¿No estabas ya trabajando?

—No como debería.

Jax sonrió.

—Eso suena a problemas.

—Lo es.

—Entonces me gusta.

Salí de la nave sin mirar atrás y el aire de la noche me golpeó la cara. Frío, real y necesario.

Me monté en la moto, pero no arranqué. No todavía.

Me quedé ahí, pensando, otra vez. Pero esta vez era diferente. Más claro. Más directo. Más peligroso.

Esto ya no iba solo de la misión, iba de ella. De lo que había visto. De lo que sabía. De lo que no encajaba. De lo que no podía ignorar.

Porque había cosas que se podían observar desde fuera. Y otras que tenías que tocar para entender.

Arranqué el motor y el rugido rompió el silencio. Como una declaración. Como una decisión. Y esta vez no iba a acercarme como uno más.

Ni como cliente, ni como motero, ni como parte del ruido.

Esta vez iba a acercarme de verdad. Aunque eso lo complicara todo. Aunque eso lo arruinara todo. Aunque eso me jodiera a mí el primero.

Porque ya no podía mirar hacia otro lado. No después de ella. No después de esa noche. No después de entender que esto no era solo un caso.

Era una guerra. Y acababa de elegir bando.

El motor rugía bajo mi cuerpo. Constante y grave, como un latido.

La carretera se extendía oscura, iluminada a tramos por farolas moribundas que parpadeaban como si también estuvieran cansadas de ese barrio.

Aceleré más de lo necesario. No por prisa, por necesidad. Porque si reducía la velocidad, pensaba demasiado. Y, aun así, la frase volvió.

Como un disparo. Como algo que no se podía desoír.

"Lo único que ha pasado… es que acabo de perder mi trabajo. Y probablemente a mi hija."

Apreté el acelerador, más, pero no sirvió de nada. Seguía ahí. Clavada. Repitiéndose. Una y otra vez.

¿Dónde estaba su hija? La pregunta apareció sin filtro. Directa, incómoda y necesaria.

Porque Noa estaba en ese bar, noche tras noche, vendiendo su tiempo, su cuerpo, su dignidad si hacía falta. Y una niña… No debería estar cerca de nada de eso. Nunca.

Así que, ¿dónde estaba? ¿Con quién? ¿En qué condiciones?

Apreté la mandíbula. El viento me golpeaba la cara, pero no lograba enfriar lo que empezaba a crecer dentro. Porque esa no era una historia cualquiera. No era una mujer que había tomado malas decisiones. No encajaba. No después de verla. No después de cómo se había roto y recompuesto en segundos.

Noa no era débil, ni de lejos; eso lo tenía claro. Pero estaba atrapada. Y la gente fuerte solo se rompía así cuando no tenía salida.

Reduje la velocidad al entrar en la zona del bar. Las luces de neón aparecieron a lo lejos. Parpadeantes. Sordas. Sucias. Como todo lo que representaban.

Aparqué la moto en la acera de enfrente y, con el motor apagado, el silencio regresó otra vez. Pero ahora no era el de la nave.

Este estaba lleno de ruido. De gente. De risas falsas. De dinero sucio. De decisiones que nadie debería tener que tomar.

Miré el reloj. Ya era tarde, casi hora del cierre. Bien. Perfecto.

No iba a entrar esta vez. No como antes. No iba a formar parte de eso.

Apoyé los codos sobre el manillar con la mirada fija en la puerta, esperando. Solo esperando.

Tenía que hablar con ella, pero no como antes. No desde la confrontación ni desde la imposición. Tenía que entender de verdad por qué estaba ahí.

Qué la había llevado hasta ese punto. Qué necesitaba. Y sobre todo… Qué demonios había pasado con su hija.

La puerta del bar se abrió. Primer grupo. Risas altas y huecas. Tres hombres con trajes caros y relojes que valían más que todo lo que había dentro de ese local.

Uno de ellos se ajustó la corbata mientras salía. Otro miró el móvil. El tercero sonreía, satisfecho, como si hubiera comprado algo. Como si eso fuera normal.

Apreté los puños sin darme cuenta.

Otro grupo salió. Distinto, pero igual. Todos eran iguales de algún modo.

Más trajes. Más dinero. Más caras limpias. Ni una sola gota de alcohol en muchos de ellos.

Eso era lo peor. No venían a beber, venían a consumir. Controlados, fríos, con una clara intención.

La rabia empezó a crecer. Lenta. Constante. Peligrosa. Porque ya no era solo una sensación, era una dirección.

Pensé en Victor. En su sonrisa. En cómo observaba. En cómo controlaba. En cómo decidía quién subía… Y quién no.

Pensé en Noa tensándose cuando él le hablaba. En esa rigidez automática. En ese miedo disfrazado de obediencia.

Apreté la mandíbula más fuerte. Esto no era solo un bar. Era una jaula. Bien montada. Bien disfrazada. Pero una jaula al fin y al cabo. Y ella estaba dentro.

Otro hombre salió. Este lo hizo solo. Se ajustó los gemelos, miró alrededor y subió a un coche negro. Caro. Silencioso. Y se fue como si nada. Como si no hubiera dejado nada atrás.

Suspiré despacio. Control. Necesitaba control. Pero cada vez costaba más.

"Probablemente a mi hija."

La frase volvió. Otra vez. Más fuerte. Más clara.

¿Qué significa "probablemente"? Eso no era una certeza. Era miedo. Era algo en proceso. Algo que todavía podía empeorar.

Mi mente empezó a moverse de manera automática, como siempre.

Buscar. Conectar. Atar cabos.

Centros sociales. Servicios infantiles. Custodia. Denuncias. Historial.

Tenía que encontrar a la niña antes de que fuera demasiado tarde.

Y para eso necesitaba a Noa. Pero no como cliente. No como parte de ese sistema.

Como alguien que la sacara de ahí.

Miré otra vez la puerta. Seguía saliendo gente. Cada vez menos, pero lo hacían. El ruido bajaba. Las luces parecían más tenues. El final se acercaba.

Y yo seguía ahí. Sin moverme. Sin intención de hacerlo.

No iba a irme. No esta vez. No como las otras. No iba a verla salir y dejar que desapareciera otra vez en la noche. Como si no importara.

No. Esta vez iba a pararla. A hablar con ella. A romper esa maldita distancia que se empeñaba en mantener. Porque ya no era una opción.

Mis dedos se cerraron sobre el manillar, fuerte, hasta que la piel crujió.

Tenía que hacer algo. No mañana ni cuando tuviera más datos. Ahora.

Y por primera vez en mucho tiempo no era solo por el trabajo ni por la misión. Era por ella.

Y eso… Eso lo cambiaba todo.

Capítulo 10



Noa

El último cliente de la noche fue un borracho con aliento a whisky y manos sudorosas que no sabía dónde meterlas. Me pagó de más, quizás por culpa, quizás porque ni siquiera se daba cuenta. No me importó. Cogí el dinero y lo guardé sin mirarle a la cara. Victor me lanzó una de sus sonrisas de tiburón desde la barra, un gesto que decía "sigue así, que así me gustas". Apreté la mandíbula y me dirigí al vestuario.

Cada músculo de mi cuerpo gritaba. No era solo el agotamiento físico, era el desgaste del alma. Cada noche era como lijar una herida abierta con papel de lija. Sobrevivía, sí, pero a qué costa. Me cambié en silencio, arrancándome la piel de la profesional como si fuera un traje demasiado apretado. El conjunto negro de lencería, el perfume caro que intentaba tapar el olor a humo y a desesperación. Todo volvió a su bolsa, excepto el dinero. El dinero se quedaba conmigo.

Salí por la puerta de atrás, como siempre. El aire frío de la madrugada me golpeó la cara con una violencia bienvenida. A esa hora el cielo era un techo de nubes bajas y grises, amenazando con lluvia. Me subí la cremallera de la chaqueta hasta el cuello y empecé a caminar, sin rumbo, solo con la necesidad de poner distancia entre ese lugar y yo. Cada paso me devolvía a mí misma, aunque fuera una versión más cansada y más rota.

Llevaba unos cinco minutos caminando cuando lo sentí. Esa presencia. Esa energía que parecía seguirme a todas partes últimamente. No me giré. Seguí caminando, más deprisa, pero sabía que estaba ahí.

—¿Me sigues? —dije sin volverme. Mi voz sonó más cansada de lo que quería.

—Te acompaño —respondió su voz a mis espaldas. Cerca. Demasiado cerca.

Me detuve en seco y me giré. Darek estaba allí, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta y esa mirada de perro que me desarmaba. La luz de una farola dibujaba su perfil, marcando su mandíbula tensa y el ceño fruncido.

—No te he pedido acompañamiento —dije, con una acritud que era mi única defensa.

—Pues lo tienes —replicó, sin inmutarse—. Es una calle vacía a las tres de la mañana. No soy un psicópata, solo un tipo con un mínimo de sentido común.

—Los psicópatas no suelen llevar un cartel en la frente —repliqué, cruzando los brazos sobre el pecho—. Además, ya te he dicho que me las arreglo sola. Llevo años haciéndolo.

—Sí, ya lo he visto lo bien que te las arreglas —soltó, y su tono cambió. Se volvió más cortante, más acusador—. En una cama, con un extraño que te mira como si fueras un trozo de carne que ha comprado en el mercado.

La rabia me golpeó el estómago como un puño. ¿Quién se creía él para juzgarme? ¿Quién le daba derecho a hablar de mi vida como si la entendiera?

—Y qué quieres que haga, ¿eh? ¿Poner un anuncio que diga "trabajadora sexual con corazón de oro, busca un príncipe azul que la salve de su miseria"? —dije, con la voz goteando sarcasmo—. Esta es mi vida, Darek. Mía. Y no necesito tu aprobación ni tu lástima.

—No te ofrezco lástima, te ofrezco ayuda —dijo, dando un paso hacia mí—. Hay otras formas de ganar dinero.

—¿Como las tuyas? ¿De qué vives tú? ¿De vender ilusiones? —le disparé, acercándome también, hasta que apenas nos separaba un palmo—. Al menos yo soy honesta. Vendo mi cuerpo, no falsas promesas. Ellos saben lo que compran y yo sé lo que vendo. Es un trato de cabrones, pero es limpio.

—¿Limpio? —se rio, un sonido corto y amargo—. ¿Te llamas a ti misma limpia cuando te vas a la cama con un hombre y piensas en tu hija para no vomitar sobre él?

El impacto de sus palabras me dejó sin aliento Era como si me hubiera atravesado con una espada. Se había metido donde nadie debía, donde ni yo misma me atrevía a mirar a veces. La sangre se me heló en las venas.

—No vuelvas a hablar de ella —murmuré, mi voz peligrosamente baja. Cada palabra era una advertencia.

—Entonces deja de actuar como si no importara —replicó él, sin ceder un ápice—. Como si no fuera la razón por la que haces todo esto. La razón por la que te rompes cada noche para volver a mirarte a la cara a la mañana siguiente.

Y eso fue lo que me rompió. La verdad, cruda y desnuda, dicha por él. Porque sí, era por Mia. Siempre por Mia. Pero escucharlo de su boca, verlo reflejado en sus ojos, fue demasiado. La coraza se agrietó, y por las fisuras se filtró todo el dolor que había estado conteniendo durante años.

—¿Y qué sabes tú? —grité, y las lágrimas que siempre negaba empezaron a quemarme tras los párpados—. ¿Qué coño sabes tú de lo que es sentirte tan impotente que la única forma que se te ocurre de salvar a tu hija es vendiendo trozos de tu alma cada noche? ¿Qué sabes de mirarse al espejo y no reconocer a la persona que te devuelve la mirada? ¡Nada! No sabes absolutamente nada.

La respiración se me cortó en un sollozo. Me di la vuelta; no quería que me viera así. Débil. Rota. Pero él fue más rápido. Su mano me agarró del brazo, girándome hacia él con una suavidad que contrastaba con la fuerza de su argumento.

—Lo sé —dijo, y su voz ahora era suave, casi un susurro—. Lo sé porque te veo, Noa. Te veo cuando crees que nadie te mira. Veo el dolor en tus ojos cuando sonríes a un cliente. Veo cómo te agarras a la barra como si fuera el único ancla que te impide salir a la deriva. Veo la fuerza que te queda cuando crees que no te queda nada.

Y entonces, el silencio. El silencio denso y pesado que se instala después de una tormenta. Miré sus ojos y no vi lástima. Vi comprensión. Vi una conexión tan profunda y tan real que me aterrorizó. Y en ese silencio, en esa cercanía, algo cambió. La rabia se transformó en otra cosa. En una necesidad desesperada de sentir algo que no fuera dolor. En un anhelo de conexión, de calor, de vida.

Su mano subió de mi brazo a mi mejilla. Sus dedos eran cálidos contra mi piel fría. Me incliné hacia su toque, una traición a todos mis principios, una rendición que no podía evitar.

—Noa… —Susurró mi nombre, y sonó como una confesión.

Y entonces, lo besé. No fue un beso tierno ni romántico. Fue un beso desesperado, hambriento. Un beso lleno de rabia, de dolor, de años de soledad. Mis labios se aplastaron contra los suyos con violencia, y él me correspondió con la misma ferocidad. Sus brazos me rodearon, atrayéndome contra su cuerpo con una fuerza que me robó el aliento. No había espacio para pensamientos, solo para sentir. Sentir su calor, su fuerza, el deseo que ardía entre nosotros como una hoguera.

El beso se convirtió en una batalla. Una lucha de poder, de dominio, de deseo contenido durante demasiado tiempo. Sus manos se enredaron en mi pelo, tirando ligeramente, exponiendo mi cuello. Sus labios se apartaron de los míos para recorrer mi piel, mordisqueando, lamiendo, dejando un rastro de fuego a su paso. Un gemido escapó de mi garganta, un sonido que no pude controlar.

—Joder, Noa… —Murmuró contra mi piel, con la voz ronca, cargada de deseo.

Sus manos bajaron por mi espalda, hasta llegar a mi culo, que apretó con fuerza, levantándome y tirando de mí contra él. Sentí su erección, dura y prominente, a través de la tela de nuestros pantalones. El contacto fue una descarga eléctrica que me hizo temblar de pies a cabeza. La urgencia era un animal rabioso que me devoraba por dentro. Necesitaba sentirlo. Ahora. Aquí.

—Aquí no —logré decir, aunque mi voz era un susurro roto por el deseo.

Miré a mi alrededor. Estábamos en un callejón oscuro, a pocos metros de la calle principal, pero lo suficientemente escondidos. La pared de ladrillo de un edificio abandonado estaba helada a mi espalda. Él me apretó contra ella, su cuerpo pesado y caliente, una prisión que no quería abandonar.

—No puedo esperar —gruñó, y sus labios volvieron a atacar los míos con una ferocidad que me deshizo.

Sus manos eran torpes y rápidas, desabrochando los botones de mis vaqueros con una urgencia que reflejaba la mía. Los deslizó junto con mis bragas hasta las rodillas. El aire frío de la noche me golpeó el sexo, ya húmedo y ardiente, y me hizo estremecer. Pero el frío duró apenas un segundo.

Sus dedos me encontraron. Ásperos, decididos, sin preámbulos. Un dedo se deslizó por mi vagina, recorriéndola lenta y tortuosamente, antes de hundirse en mí. Me quedé sin aliento y me apoyé en la pared, con las manos extendidas para no caer, mientras su dedo se movía dentro de mí, explorando hasta dar con ese punto que me hacía ver estrellas.

—Estás… —Murmuró contra mi oreja, su voz caliente y áspera—. Mojada y lista para mí.

No pude responder. Solo pude gemir cuando añadió un segundo dedo, estirándome, llenándome. Su pulgar encontró mi clítoris y empezó a frotarlo en círculos, con una presión que me llevó al borde del abismo en cuestión de segundos. Era demasiado. Era brutal. Era exactamente lo que necesitaba.

—Darek… —Susurré su nombre como una plegaria, como una maldición.

—Ya, cariño. —Ya —respondió, y entonces retiró sus dedos.

La pérdida fue tan aguda que casi grité. Pero antes de poder protestar, oí el sonido de una cremallera bajando. Miré hacia abajo y lo vi sacando su miembro. Duro, grueso, palpitando en la penumbra. La vista de él me hizo la boca agua y el sexo latir con una fuerza dolorosa.

Me giró, y entendí la orden. Apoyé las manos en el frío ladrillo, separando las piernas lo que pude, con los pantalones todavía anclados en mis tobillos. Él se colocó detrás de mí, su cuerpo cubriendo el mío, su calor envolviéndome.

—Esto va a doler —advirtió, y su voz fue un gruñido bajo.

—Da igual —le contesté, mirándolo por encima de mi hombro.

Y entonces entró en mí. De un solo golpe. Sin piedad. Sin dulzura. Un gemido gutural se escapó de mis labios, una mezcla de dolor y de un placer tan intenso que casi me dobla de por medio. Era enorme, me llenaba por completo, me estiraba hasta el límite. Se quedó quieto un segundo, dejándome acostumbrar a su tamaño, a su presencia.

—¿Estás bien? —preguntó, y por un instante, oí una pizca de preocupación en su voz.

—¡Muévete, joder! —gruñí, dándole la espalda con la cabeza—. ¡Déjate de preguntitas y fóllame!

Eso fue todo lo que necesitaba. Empezó a moverse. Primero lento, con largas y profundas embestidas que me sacudían hasta los cimientos. Cada golpe me empujaba contra la pared, el ladrillo raspando mi espalda a través de la fina tela de mi camiseta. El ritmo se fue acelerando, volviéndose más salvaje, más primitivo. El sonido de nuestros cuerpos chocando, mis gemidos, sus gruñidos, llenaba el silencio del callejón.

Sus manos se agarraron a mis caderas, con tanta fuerza que seguro me dejaría moratones. Me usaba, me tomaba, y yo lo dejaba. Lo quería. Cada embestida era una expiación, una catarsis. Cada golpe me limpiaba del olor de los otros hombres, de su tacto, de su dinero. Con él, no era una transacción. Era una batalla. Y estábamos ganando los dos.

—Mia… —Escapé de mis labios en un gemido—. Por Mia…

No sé por qué dije su nombre. Quizás era la excusa que necesitaba para permitirme esto. Para permitirme sentir.

—No —gruñó él, y una de sus manos se deslizó hasta mi clítoris, frotándolo con ferocidad mientras seguía follándome sin piedad—. Ahora esto es por ti. Solo por ti.

Y eso fue mi perdición. La idea de que esto era para mí. El placer se acumuló, una ola inmensa que crecía y crecía, lista para romper. Sus dedos, su polla dentro de mí, su voz en mi oído… fue demasiado.

—¡Darek! —grité su nombre mientras el orgasmo me golpeaba como un tren en marcha.

El mundo se desvaneció en un estallido de luz blanca. Mi cuerpo se convulsionó y las piernas temblaron tanto que, si no hubiera sido por él, que me sostenía en pie y me embestía, prolongando mi placer y llevándome más allá de mis límites, me habría desplomado.

Unos segundos después, sentí cómo se endurecía dentro de mí, cómo su ritmo se volvía errático. Con un último gruñido profundo, se corrió. Y la idea de que me marcaba, de que me poseía de una forma que nadie lo había hecho, provocó una segunda oleada de placer que me hizo estremecer.

Nos quedamos así un momento, jadeando, pegados el uno al otro, con el sudor frío de la noche pegándonos la ropa a la piel. Su peso sobre mí era reconfortante, un ancla en medio del caos.

La realidad regresó lentamente, como una marea que volvía. El frío del ladrillo en mis manos. El olor a basura del callejón. El sonido de un coche pasando en la calle lejana. Me sentí sucia, usada y extrañamente satisfecha.

Darek se apartó, y su pérdida me dejó sintiéndome vacía. Me arreglé los pantalones con manos temblorosas, sin mirarlo. ¿Qué se suponía que debía decir ahora? ¿Gracias? ¿Fue bueno para ti también? La situación era tan absurda, tan fuera de lugar, que casi me da la risa.

Él se arregló también; el sonido de su cremallera subiendo pareció absurdamente alto en el silencio. Nos quedamos allí, de pie, sin saber qué hacer, a pocos metros de distancia. El aire entre nosotros estaba cargado de todo lo que acabábamos de hacer, de todo lo que habíamos dicho.

—Bueno… —Empezó él, rascándose la nuca—. Eso ha sido…

—Una estupidez —terminé yo, mi voz gélida. Tenía que cortar esto. Aquí y ahora.

Él se giró para mirarme, con el ceño fruncido. La luna salió de entre las nubes en ese momento, iluminando su cara. Vi la confusión en sus ojos, el rechazo a mi palabra.

—No lo llames estupidez —dijo, su voz firme—. No lo ha sido y tú lo sabes.

—Follarnos en un callejón a las tres de la mañana como dos adolescentes con hormonas revolucionadas se llama estupidez, Darek. O desesperación. Las dos cosas van de la mano en mi caso —dije, cruzándome de brazos, construyendo de nuevo mis muros.

—¿Desesperación de qué? ¿De sentir? ¿De dejar que alguien se acerque? —dijo, acercándose un paso—. No me digas que esto no ha significado nada para ti, porque no me lo creo.

Me miré las botas. El suelo manchado del callejón. Cualquier cosa menos sus ojos. Porque tenía miedo. Miedo de que, si lo miraba, si me permitía un solo segundo de honestidad, todo se vendría abajo.

—Esto no cambia nada —dije, y mi voz sonó más firme de lo que esperaba. Era mi mantra. Mi única verdad.

—Entonces, ¿por qué parece que lo cambia todo? —replicó él, y su voz tenía esa tonalidad que me desarmaba, esa mezcla de frustración y de una ternura que me hacía sentir vulnerable y expuesta.

Levanté la vista, obligada por su insistencia. Y lo vi. De verdad lo vi. No era el cliente, no era el juez, no era el salvador. Era solo un hombre, mirándome a mí, una mujer, en un callejón después de haberse follado como si el mundo se fuera a acabar al amanecer. Y en sus ojos, vi el reflejo de mi propio caos.

—Porque tú lo quieres cambiar —dije, casi en un susurro—. Porque crees que hay algo que salvar. Pero no lo hay, Darek. Soy lo que ves. Y lo que acabamos de hacer… ha sido un error. Un error excitante, un error brutal, pero un error, al fin y al cabo. Una línea que no deberíamos haber cruzado.

—¿Y por qué? —insistió, sin darse por vencido—. ¿Por qué no podemos cruzar líneas? ¿Quién cojones escribió el manual de instrucciones de tu vida para decirte lo que puedes y no puedes sentir?

—¡Yo! —grité, y la rabia volvió, mi única aliada—. ¡Lo hice yo! Porque cada vez que he cruzado una línea, cada vez que he dejado que alguien se acerque, me ha jodido. Me ha roto. Así que aprendí la lección. No cruzar. No sentir. No esperar. Es la única forma de sobrevivir en este mundo de mierda.

—¡Pues qué vida tan jodidamente triste tienes entonces! —me espetó él, su voz subiendo de tono—. ¡Vivir a medias! ¡No permitirte nada! ¿De qué te sirve tener a tu hija si no estás ni ahí para disfrutarla? ¿De qué te sirve todo ese dinero que ganas si lo pagas con trozos de tu alma?

Eso fue demasiado. Demasiado real. Demasiado certero. La ira me subió por la garganta como ácido. Me lancé hacia él y lo empujé con todas mis fuerzas. Tropezó hacia atrás, sorprendido, pero no cayó.

—¿Tú quién eres para hablar de mi alma? —grité, con los nudillos blancos por la fuerza con que apretaba las manos—. ¿Tú, que probablemente huiste de tu casa porque no aguantabas la presión? ¿Tú, que vives en un mundo de nubes donde todo se arregla con buenas intenciones? ¡No tienes ni puta idea de lo que es el infierno, así que no te subas a tu púlpito a predicarme!

—¡Quizás no sé lo que es tu infierno, pero sé lo que es sentir algo! ¡Y sé que lo que sentimos hace un rato era real, maldita sea! —gritó él, acercándose de nuevo, hasta que nuestras caras estaban a centímetros de distancia—. ¡Deja de tener tanto miedo!

—¡No tengo miedo! —mentí.

—¡Sí que lo tienes! —replicó él, y entonces hizo lo inesperado. No me gritó. No me empujó. Me besó.

Pero esta vez no fue un beso de rabia. Fue un beso de desesperación. Un beso que suplicaba. Un beso que intentaba demostrarme algo que mis palabras no entendían. Sus labios se movieron sobre los míos con una urgencia que me desarmó por completo. Y esta vez, no pude luchar. No quise luchar.

Mis manos, que habían estado apretadas en puños, se abrieron y subieron hasta su cuello. Mis dedos se enredaron en su pelo, tirándolo hacia mí, profundizando el beso. Era un beso sin futuro, un beso nacido del conflicto, pero era el más real que había tenido en mi vida. Sabía a whisky, a desesperación y a Darek. Y en ese momento, era lo único que quería saber.

Nos separamos, jadeando, con la frente pegada. El mundo había desaparecido otra vez. Solo éramos nosotros.

—Noa… —susurró.

—No digas nada —le corté, mi voz temblorosa—. Por favor, no digas nada.

El silencio que siguió fue diferente. Era un silencio pesado, cargado de arrepentimiento y de una conexión que no podíamos nombrar. Me aparté de él, necesitando espacio, necesitando aire. Me apoyé en la pared de enfrente, la espalda fría contra mis omóplatos.

—Esto no puede volver a pasar —dije, mirando al suelo. Era la verdad. No podía permitírmelo. No con él. No con nadie.

—¿Por qué no? —preguntó su voz, suave, a mi espalda.

—Porque me rompe, ¿entiendes? —dije, y la voz se me quebró—. Porque contigo… no puedo apagar el interruptor. Contigo siento. Y sentir es un lujo que no me puedo permitir. Contigo no es solo un polvo. Contigo es… todo. Y no puedo. No puedo permitirme que sea todo.

Me giré y lo miré. Él estaba allí, en medio del callejón, con la chaqueta abierta y el pelo desordenado por mis manos. Parecía tan perdido como yo.

—Entonces no luches contra ello —dijo, dando un paso hacia mí—. Quéjate. Llora. Patalea. Pero no lo niegues. No me niegues esto a mí, y no te lo niegues a ti.

—¿Y qué me ofreces, Darek? ¿Un futuro? ¿Una vida feliz? —dije, con una amargura que me sabía a ceniza—. No puedo dárselo a Mia. No puedo dármelo a mí misma. Lo único que puedo ofrecer es dinero. Y este… este es el único modo que tengo de conseguirlo.

—Te ofrezco a mí —dijo, simplemente—. Te ofrezco que alguien te mire y no vea un precio. Te ofrezco que alguien te abrace y no sea porque te ha pagado. Te ofrezco que alguien te folle y no sea en una puta habitación de arriba.

Cerré los ojos. Sus palabras eran como dardos envenenados, porque eran exactamente lo que yo anhelaba, aunque nunca lo admitiera. Abrí los ojos y vi la sinceridad en ellos. Y eso me aterrorizó más que cualquier cliente, más que Victor, más que la propia pobreza.

—Tengo que irme —dije, y mi voz era apenas un hilo.

Me giré y empecé a caminar hacia la salida del callejón, hacia la luz de la calle, hacia mi realidad.

—Noa —llamó él a mi espalda.

No me detuve. No me atreví. Si me detenía, si me giraba, no podría marcharme. Y tenía que marcharme. Por Mia. Por mí.

—Esto no ha terminado —dijo él, su voz firme, como una promesa y una amenaza a la vez.

Seguí caminando, sin mirar atrás. Sabía que tenía razón. No había terminado. Y esa era la noticia más aterradora y emocionante que había oído en toda mi vida. Porque por primera vez en años, sentía que podía haber algo más allá de la supervivencia. Y al mismo tiempo, sentía que acababa de cometer el error más grande de mi vida. Un error que podría costarme todo.

Llegué a la calle y me metí la cara en el frío aire de la noche, intentando borrar su olor, su tacto, su sabor. Pero era inútil. Darek se había metido bajo mi piel. Y tenía la horrible sensación de que no había forma de sacarlo.

Capítulo 11

Darek

Lo supe en cuanto salí de allí. Había cruzado una línea.

No una de esas que se cruzan sin importancia. No una que puedas ignorar después. Una de las otras.

Las que cambiaban el aire. Las que te dejaban diferente, aunque seguías siendo el mismo.

Y lo peor era que no podía deshacerlo. Ni aunque quisiera.

Conduje sin rumbo al principio. Solo ruido. Solo motor. Solo velocidad. Como si eso pudiera ordenar lo que tenía dentro. No lo hizo.

La imagen seguía ahí.

Noa. Su mirada. Su forma de respirar cuando dejó de fingir. Ese segundo en el que dejó de ser defensa y fue otra cosa. Algo más real. Algo más peligroso.

Apreté el acelerador. No ayudó.

Cuando llegué a la nave, ya era de día. El olor a aceite y metal me golpeó antes incluso de entrar. Casa. O lo más parecido a eso.

—Mira quién ha vuelto —dijo Jax nada más verme.

No levanté la vista.

—Ha dormido fuera —añadió, teatral.

—Eso es nuevo —murmuró Briggs.

—Y le brillan los ojos —remató Jax—. Sospechoso.

—Y sonríe —dijo alguien desde el fondo—. Eso ya es preocupante.

Me detuve y los miré uno a uno.

—Seguid hablando y os dejo sin dientes.

Silencio. Dos segundos. Luego Jax sonrió más.

—Está sensible.

—Peligroso.

—Enamoramiento detectado.

Apreté la mandíbula.

—No estoy en ningún puto sitio.

—Claro —dijo Milo sin levantar la vista—. Por eso tienes esa cara.

No respondí. Porque no tenía una respuesta útil. Y porque si seguía hablando con ellos iba a acabar diciendo demasiado.

Me acerqué al portátil, abrí los archivos y volví al trabajo.

Al único sitio donde todo tenía sentido. O al menos parecía tenerlo.

El mismo patrón. Las mismas transferencias. El mismo cuidado extremo. Pero esta vez… algo había cambiado.

Había un nombre. Repetido. No en los registros principales ni en lo obvio. En los bordes. En lo sucio. En lo que alguien había intentado esconder, pero no del todo.

"R. Harlow" Tres veces. Cuatro. Enlaces indirectos. Pagos fragmentados. Intermediarios.

—*Aquí está* —murmuré.

Jax se asomó por encima de mi hombro.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende.

—Siempre depende de ti.

—Cállate.

Guardé el nombre. Lo marqué. Lo conecté. Algo empezaba a encajar. No del todo, pero lo suficiente para tirar.

Y entonces vi la hora.

—Mierda.

Hoy era el evento. El estúpido evento benéfico. El que los chicos habían mencionado sin parar. El que no tenía sentido en ese mundo, pero seguían haciendo por alguna razón.

Recogí todo, me duché y me cambié y, cuando quise darme cuenta, estaba solo en la nave. Genial, fantástico. Menudo investigador estaba hecho.

Llegué tarde y vi que el patio trasero del local estaba lleno. Demasiado lleno.

Niños. Gente del barrio. Cajas de comida. Ropa. Juguetes. Y moteros disfrazados.

Algunos con narices de payaso. Otros con capas ridículas.

Briggs tenía una camiseta con un oso gigante pintado en el pecho. Jax llevaba globos atados a la chaqueta. Era absurdo y caótico, nada que ver con los hombres peligrosos que me habían vendido.

Y entonces la vi a ella. A Noa.

Se había quedado quieta cerca de una mesa. Mirando todo como si no supiera dónde demonios estaba. Como si hubiera sido arrastrada allí sin consentimiento. Lo cual, probablemente, era cierto.

—¿Quién la ha traído? —pregunté.

—Lena —dijo alguien.

—Obvio —murmuré.

Pero entonces ocurrió algo extraño.

Un niño corrió hacia Noa. Tropezó, se cayó y ella se agachó. Le ayudó a levantarse. Le limpió la cara. Le dijo algo que no pude oír. Y el niño se rio.

Me quedé quieto. No la había visto así. Nunca. Sin defensas. Sin sarcasmo. Sin la coraza. Solo… humana.

—¿Qué miras tanto? —Jax apareció a mi lado.

—Nada.

—Mentira.

No respondí. Porque no podía dejar de mirarla.

Ella levantó la vista en ese momento y nuestros ojos se encontraron. Y algo cambió. Otra vez.

Se acercó entre la gente. Lenta. Dudando.

—No encajas aquí —me dijo cuando llegó.

Miré alrededor. Niños corriendo. Globos. Moteros disfrazados. Jax intentando inflar uno con la boca. Briggs riéndose.

—Tú tampoco —respondí.

Silencio. Ella soltó una risa breve y real. No forzada.

—Entonces… ¿Qué hacemos?

La miré de verdad. Sin ruido alrededor. Sin el caos. Solo ella. Solo yo.

—Quedarnos igualmente —dije.

Algo en su expresión cambió. No era felicidad. No era alivio. Era algo más peligroso.

Porque por primera vez, no había huida. Y entonces la sentí antes de verla. Esa presencia que ya reconocía.

Victor estaba en la entrada. Quieto. Observando. Perfectamente vestido. Demasiado limpio para ese lugar. Demasiado tranquilo.

No hablaba. No intervenía. Solo miraba. Calculando. Y su mirada no estaba en el evento. Estaba en Noa.

El ambiente cambió sin que nadie lo dijera. Los moteros dejaron de reír. Jax bajó la voz. Briggs se giró.

Noa no lo había visto aún, pero yo sí. Y entendí algo. Esto no era un evento benéfico. Era un escenario. Y alguien acababa de llegar para romperlo.

El ruido del evento seguía alrededor, pero yo ya no estaba del todo ahí.

Victor seguía en la entrada. Quieto. Mirando. Y esa mirada no era de invitado. Era de dueño observando una propiedad que aún no había decidido si romper o conservar.

Apreté la mandíbula. No me gustaba. Nada de esto me gustaba.

Y entonces, sin aviso, llegó el recuerdo.

No fue visual al principio, fue una frase. Breve, pero demasiado importante.

"Te quiero hasta el infinito."

La voz de mi hijo. Pequeño. Demasiado pequeño. Riendo. Con esa forma de decir las cosas como si el mundo fuera sencillo. Como si las promesas fueran eternas.

Me vi a mí mismo agachado frente a él, cogiendo algo. Creo que era un dibujo. O un juguete. No importaba.

—*Eso no existe* —le había dicho.

Él me miró serio, muy serio, y respondió igual que siempre. Con esa seguridad absurda que solo tienen los niños.

—*Sí existe.*

—*No.*

—*Sí.*

—*¿Y cómo lo sabes?*

Y entonces sonrió. Esa sonrisa, la que todavía me jodía por dentro.

—*Porque tú estás en él.*

Tragué saliva sin darme cuenta. El recuerdo se rompió cuando alguien me gritó desde el lateral.

—¡Darek!

Jax. Claro.

—¿Dónde coño estás?

—Aquí.

—Pues ayuda con esto antes de que Briggs lo rompa.

Me moví de manera automática y funcional, y volví al presente.

Un par de cajas se habían caído cerca de la mesa de comida. Briggs estaba intentando recogerlas con su tamaño habitual de oso desorientado.

—No es que se me den mal las cosas —gruñó—, es que estas cajas son una mierda.

—Son cajas —dijo Jax.

—Cajas de mierda.

—Eso no es un tipo de caja.

Me agaché. Empecé a ayudar. Sin pensar demasiado. Y entonces lo sentí.

Un tirón en la chaqueta. Corto pero insistente.

Bajé la mirada y me encontré con un niño pequeño, de unos cuatro años, quizá. O menos. O más. Daba igual.

Tenía los ojos enormes. Y una sonrisa peligrosa.

—¿Puedes subirme a una moto?

Jax se rio detrás de mí.

—Te ha tocado.

—No es mía —dije.

—Ahora sí lo es —respondió Briggs.

El niño no apartaba la mirada. Esperando. Sin miedo. Eso era lo raro.

Me quedé mirándolo un segundo. Luego me agaché.

—Sí.

Sus ojos se abrieron más.

—¿En serio?

—En serio.

Lo levanté en brazos sin esfuerzo; era ligero, demasiado, y lo llevé hasta mi moto. Negra y ruidosa.

Lo senté delante, con cuidado, y él se agarró al manillar como si fuera lo más importante del mundo.

—No te caigas —le dije.

—No me caigo nunca —respondió.

Sonreí. Sin querer. Sin controlarlo.

Arranqué la moto, el sonido cortó el aire y el niño gritó de emoción.

—¡Más!

Giré ligeramente el acelerador. No demasiado. Solo lo suficiente. Y entonces lo vi.

Noa se acercaba con Lena, entre la gente, mirando la escena. Y por primera vez desde que la conocí, estaba sonriendo.

No una sonrisa falsa ni una de defensa. Una real. Pequeña, pero real.

El tipo de sonrisa que no debería existir en ese lugar. Y sin embargo, ahí estaba.

Lena se cruzó de brazos.

—Vale, esto es ilegal emocionalmente —dijo.

Noa no la escuchaba. Me miraba a mí.

Me acerqué un poco con la moto. El niño seguía riéndose.

La miré y vi que se quedaba quieta, cómo sus ojos brillaban y cómo sus mejillas se sonrojaban.

Ese leve gesto. Esa reacción. Ese cambio en su respiración. Y lo entendí inmediatamente.

El callejón. Las horas antes. Su cuerpo contra el mío. Su forma de mirarme cuando intentaba fingir que no sentía nada.

Sonreí por dentro. Levemente. No lo dijo, pero lo pensó al igual que yo; lo recordó.

Y eso era suficiente.

El niño gritó otra vez.

—¡Más rápido!

Giré el acelerador un poco más. La moto rugió y el niño rio como si el mundo no existiera fuera de eso.

Lena se acercó a Noa.

—Esto es surrealista, ¿no?

—Un poco —respondió ella.

Pero no se iba. Seguía mirando. Seguía mirándome a mí. Y yo a ella.

El ruido alrededor volvió. Niños corriendo. Moteros riendo. Globos explotando. Vida caótica.

Pero había algo distinto. Algo más silencioso entre nosotros.

Cuando apagué la moto, el niño se quejó.

—Otra vez.

—Luego —le dije, y lo bajé con cuidado.

Y en ese momento, Noa se acercó.

—Por lo que veo… —dijo— Se te dan bien los niños.

La miré.

—Puede que mejor que las mujeres.

Se quedó quieta. Otra vez. Y de nuevo, se sonrojó.

Lo vi perfectamente porque yo no estaba mirando solo su cara. Estaba mirando todo lo que intentaba esconder.

—No hagas eso —murmuró.

—¿El qué?

—Mirarme así.

—No he hecho nada.

—Sí lo has hecho.

Sonreí levemente. El ruido del evento volvió a subir.

Victor seguía ahí. Observando. Esperando. Calculando. Pero ya no importaba tanto. Porque había algo más fuerte en ese momento.

Noa. Y el niño riendo aún cerca. Y esa sensación incómoda. Esa mezcla peligrosa de paz y amenaza.

Cuando ella se giró para volver con Lena, se detuvo un segundo, solo uno, y me miró.

—Lo que pasó, no cambia nada —dijo.

La miré de vuelta.

—Entonces, ¿por qué parece que lo cambia todo? —volví a preguntarle, pero no respondió.

Tampoco se fue de inmediato, y eso fue la respuesta.

Cuando finalmente lo hizo, el niño ya estaba jugando otra vez. Y el evento seguía. Y Victor seguía mirando. Pero yo ya no estaba del todo ahí.

Porque solo podía pensar en una cosa. Noa. Y en todo lo que aún no sabía de ella. Y en la niña. Su hija. Porque si Noa estaba aquí, y su hija no, eso significaba que había algo que no encajaba.

Algo que iba a tener que romper. Para encontrarla.

Capítulo 12



Noa

Nunca pensé que acabaría aquí. De verdad.

Si alguien me lo hubiera dicho hace una semana, me habría reído en su cara.

Y ahora estaba dentro de una nave industrial en Nueva York, rodeada de globos, mesas de plástico y moteros gigantes intentando no matar a niños accidentalmente.

Lena decía que era "una experiencia vital necesaria". Yo decía que era un caos con demasiado color. Ambas cosas eran ciertas.

—Si sobrevivo a esto —murmuró Lena mientras entrábamos—, voy a ponerlo en mi currículum.

—¿El qué? —pregunté.

—"Especialista en moteros emocionalmente disponibles".

La miré.

—Eso no es un trabajo.

—En este sitio sí.

El ruido era constante. Risas. Gritos. Globos explotando. Alguien había puesto música infantil mezclada con rock viejo. No tenía sentido. Pero funcionaba. De alguna forma.

Un motero enorme pasó a nuestro lado cargando una caja de juguetes. Tropezó, la caja se abrió y varios coches de plástico salieron disparados por el suelo.

Un niño salió corriendo detrás de ellos como si fuera una misión militar.

—Estoy bien —dijo el motero—. Esto estaba planeado.

—Claro —respondió Lena—. El caos estratégico.

Yo no sabía dónde ponerme. Ni qué hacer. Ni cómo encajar en nada de eso.

Hasta que alguien me dio un pincel.

—Pinta caras —dijo un hombre con barba.

—Yo no sé pintar caras.

—Eso es lo divertido.

No lo era.

Cinco minutos después tenía un niño delante mirándome con absoluta confianza.

—Quiero un dragón —me dijo.

—Eso es fácil —mentí.

Diez minutos después, el niño tenía algo que parecía más un lagarto triste con problemas emocionales.

Lena se acercó.

—Eso no es un dragón.

—Es arte abstracto.

—Es un crimen.

El niño se miró en el reflejo de una cuchara.

—Me gusta —dijo, y me quedé congelada.

—¿En serio?

—Sí. Da miedo.

Lena se dobló de la risa.

—Lo has hecho accidentalmente perfecto.

—No era la intención.

—Nunca lo es contigo.

Y entonces pasó algo raro. Me reí. De verdad. Sin pensar. Sin controlar. Y no me dolió.

Eso fue lo que más me asustó. Porque no recordaba la última vez que me había reído así.

Sin miedo detrás. Sin consecuencias encima. Sin pensar en lo que venía después.

El evento siguió. El caos también. Y por primera vez yo no quería irme.

Lo vi antes de que él me viera a mí.

Darek estaba agachado junto a una niña pequeña y había una bicicleta volcada entre ellos. Él la sujetaba mientras ella intentaba colocar la cadena.

No hablaba mucho, solo señalaba. Esperaba. Dejaba que ella lo hiciera. Y ella reía.

Me detuve. Sin querer. Sin decidirlo. Porque esa escena no encajaba. No con lo que yo creía de él. No con lo que yo había visto en el bar.

Él levantó la vista, me vio y no se sorprendió. Solo… me observó. Como si ya supiera que estaba mirándole.

Me acerqué, despacio y sin hacer ruido.

—No te imaginaba tan niñero —dije.

Él no se levantó del todo. Solo inclinó la cabeza.

—No te imaginaba sonriendo.

Me tensé un segundo. Luego lo odié por haberlo dicho tan fácil.

—No sonrío tanto —respondí.

—Hoy sí.

Silencio.

La niña volvió a hablar.

—No funciona.

—Sí funciona —dijo él—. Solo hay que tener paciencia.

Se agachó otra vez y la ayudó. Sin prisa. Sin drama. Sin esa dureza que yo había visto en él antes.

Y algo dentro de mí se movió. Incómodo.

—No eres lo que pensaba —dije al final.

Él no me miró de inmediato. Primero terminó lo que estaba haciendo. Luego sí.

—Tú tampoco —respondió, e hizo una pausa, breve pero pesada—. Y eso es un problema.

No supe qué decir. Porque tenía razón. Y porque por primera vez no quería discutir con él.

El ruido del evento seguía alrededor. Pero aquí era distinto. Más lento. Más real.

La niña se fue corriendo. Él se quedó de pie. Yo también. Y ninguno se movió.

Porque algo en ese espacio entre nosotros había cambiado. Otra vez. Y esta vez no era tensión. Era peligro.

La niña salió corriendo, dejando la bicicleta medio arreglada y a Darek con las manos aún manchadas de grasa.

Yo debería haberme ido. Debería haber vuelto con Lena, o ayudar en otra mesa, o simplemente desaparecer entre el ruido del evento como hacía siempre cuando algo empezaba a sentirse demasiado real.

Pero no me moví. Y eso era nuevo. Eso era lo peligroso.

Darek se incorporó despacio, limpiándose las manos con un trapo que alguien había dejado sobre una caja.

No parecía incómodo. Ni fuera de lugar. Ni siquiera en un sitio como este, lleno de globos y caos infantil. Encajaba de una forma absurda. Como si siempre hubiera pertenecido a algo así, aunque no lo supiera.

—Esto no es lo tuyo —dije, señalando vagamente todo a nuestro alrededor.

—No lo era —respondió él.

—¿Y ahora?

Se encogió de hombros.

—Ahora tampoco lo sé.

La respuesta no era importante. Lo importante era cómo la dijo. Sin defensa. Sin postureo. Sin ese muro que parecía tener siempre.

Tragué saliva sin querer. Me molestó. Porque yo sí tenía muros. Demasiados. Y los míos no se caían así como así.

—Eres raro —murmuré.

—Eso me han dicho.

—No lo dudo.

Esperé que sonriera, y lo hizo, pero poco. Una curva leve, casi invisible. Pero suficiente.

El ruido alrededor nos envolvía. Un niño gritaba porque un globo había explotado. Alguien había puesto música demasiado alta otra vez.

Lena estaba a unos metros, discutiendo con un motero sobre si los *cupcakes* eran o no "material de combate".

Todo era absurdo. Y aun así no me sentía fuera de lugar.

Eso era lo que no me gustaba.

Darek miró hacia donde estaba Lena, luego volvió a mí.

—No vienes mucho a sitios así —dijo.

—No vengo a ningún sitio así.

—Ya.

Silencio. No era incómodo, eso era peor. Era fácil. Demasiado fácil.

Me crucé de brazos.

—¿Siempre eres así con los niños? —pregunté.

—¿Así cómo?

—Como si supieras qué hacer.

Él bajó la mirada un segundo. Solo uno. Como si pensara en algo que no quería mostrar.

—No siempre —dijo al final.

Y por alguna razón no insistí. Porque había algo en su tono que no pedía preguntas. Solo silencio.

Un niño pasó corriendo entre nosotros, riéndose. Darek lo apartó con cuidado sin siquiera mirarlo mal. Ese gesto me golpeó otra vez. No fuerte.

—En serio, no encajas aquí —dije de repente.

Él me miró. Esta vez, sin duda.

—Tú tampoco.

Y otra vez, ahí estaba. Esa frase. Esa verdad incómoda que no se podía esquivar. Pero esta vez no dolió.

O sí. Pero de otra forma.

—Entonces… Empecé, y me detuve.

No sabía cómo terminarlo. No sabía qué estaba preguntando realmente.

Él tampoco me ayudó. Solo espero.

Y en ese silencio entendí algo que no me gustó nada.

Que él no era el problema. Ni este sitio. Ni siquiera lo que estaba empezando a sentir.

El problema era que, por primera vez en mucho tiempo, yo no quería salir corriendo.

Miré alrededor. A los niños. A Lena riéndose. A los moteros intentando montar una mesa sin romperla y fallando miserablemente.

A la bicicleta medio arreglada en el suelo. A Darek. Y pensé en Mia. Como siempre.

Pero esta vez no como culpa. Ni como herida abierta. Sino como ausencia.

Una ausencia que se hacía más pesada cuanto más tiempo pasaba aquí. Porque en este sitio todo el mundo cuidaba a alguien. Incluso ellos.

Y yo… yo la había dejado fuera de todo esto. Del ruido. Del caos. De cualquier cosa que se pareciera a una vida normal.

Tragué saliva. Más dura esta vez.

Darek me observaba sin presionar. Sin invadir. Solo estando ahí. Como si entendiera demasiado sin decirlo.

Y eso era lo peor. Porque nadie debería entenderme así. Nadie.

—Tengo que irme —dije al final.

Pero no me moví. Él tampoco. El ruido del evento siguió alrededor. Pero entre nosotros, no.

No había ruido. Solo esa cosa invisible que no sabía nombrar.

Y entonces lo pensé. Con una claridad que me dio miedo.

No era el sitio lo que me estaba reteniendo. No era Lena. Ni eran los moteros. Ni siquiera Darek.

Era la sensación. La de estar, por primera vez en mucho tiempo…
Sin huir. Y eso no era libertad. Era algo peor.

Porque si me quedaba un segundo más, iba a empezar a creer que podía quedarme. Y si lo creía, iba a doler perderlo. Mucho más de lo que estaba preparada para soportar.

Bajé la mirada, respiré hondo y, cuando volví a levantarla, ya lo tenía claro.

No podía permitirme esto. No podía. Porque había una niña esperando fuera de este mundo. Y ese mundo no era este.

—Noa —dijo él, solo eso.

Mi nombre. Sin nada más. Y ese fue el problema. Porque sonó demasiado cerca. Demasiado real. Demasiado humano.

Y yo… yo no estaba preparada para que nadie me llamara así. Como si aún pudiera volver a ser alguien.

Me giré despacio.

—Esto no es para mí —murmuré.

Él no discutió. No insistió. No hizo nada de lo que habría esperado. Solo asintió. Y eso me dolió más.

Porque significaba que lo había entendido de verdad.

Me alejé antes de cambiar de opinión. Antes de quedarme. Antes de romper algo que todavía no sabía cómo reparar.

Pero mientras caminaba entre el ruido, los globos y las risas, sentí su mirada en mi espalda.

Y no desapareció. Ni siquiera cuando lo perdí de vista.

Esa noche, cuando llegué a casa, me quedé un rato de pie sin encender la luz. Solo escuchando el silencio. Intentando convencerme de que había hecho lo correcto.

Pero lo único que pensaba era lo mismo una y otra vez. Que había estado en un lugar donde, por primera vez en mucho tiempo, no era invisible.

Y lo peor de todo era que una parte de mí no quería volver a serlo.

Capítulo 13



Noa

La sensación duró exactamente hasta que crucé la puerta del bar. Ni un segundo más.

Fue como si alguien hubiera apagado una luz dentro de mí sin avisar. Como si lo de esa tarde, con los niños, las risas y el ruido absurdo, hubiera ocurrido en otro mundo. Uno al que no pertenecía.

El olor me golpeó primero. Alcohol barato. Humo. Perfume demasiado dulce intentando tapar algo que no se podía tapar.

Casa. O lo más parecido a eso que tenía ahora.

Respiré hondo. Error.

—Vaya cara —dijo Tasha desde la barra sin mirarme siquiera—. ¿Te has caído en un universo paralelo o algo así?

No respondí. Dejé el bolso detrás de la barra y me até el pelo con un gesto automático. El mismo de siempre. El que usaba para convertirme en alguien funcional.

—Peor —añadió Maribel en voz baja—. Parece feliz.

Tasha levantó la vista entonces.

—Ah, eso sí que es grave.

Volteé los ojos, porque nadie en ese lugar me había visto feliz realmente, y por eso lo decían.

—Relajaos.

—No —respondió Tasha—. Aquí no hacemos eso.

Se quedó en silencio unos instantes y luego sonrió, ladeando la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

Nada. Todo. Demasiado.

—Un evento —dije al final.

—¿De esos con comida gratis? —preguntó Jade desde el fondo.

—Sí.

—Entonces seguro que ha sido sospechoso.

—Mucho.

Tasha soltó una risa corta.

—Bienvenida a la vida real otra vez.

Ahí estaba. La caída. La vuelta. La sensación de que lo otro había sido un error.

Un descuido. Una grieta.

Y yo no podía permitirme grietas. No aquí. No con él.

Como si lo hubiera invocado con el pensamiento, la puerta del despacho se abrió y apareció Victor. Impecable, siempre en control, siempre como si el lugar le perteneciera más que a nadie.

Sus ojos encontraron los míos al instante. Sin sorpresa. Sin duda. Como si hubiera estado esperando exactamente este momento.

—Noa.

No era una invitación. Nunca lo era. Tragué saliva.

—Ahora.

Claro.

Dejé lo que estaba haciendo sin discutir. No porque quisiera, sino porque sabía que discutir no cambiaba nada. Solo empeoraba las cosas.

El despacho olía distinto. Más limpio. Más frío. Como si no formara parte del mismo sitio. Como si fuera un recordatorio constante de quién mandaba realmente.

Cerró la puerta detrás de mí. El clic sonó demasiado fuerte. Demasiado definitivo.

—Te estás distrayendo —dijo, directo, sin rodeos, sin levantar la voz.

Nunca lo hacía, y eso lo hacía peor.

Me crucé de brazos.

—No sé de qué hablas.

Error. Pequeño, pero suficiente.

Victor sonrió. No con humor. Con precisión.

—Claro que lo sabes.

Se acercó un paso. Solo uno, pero bastó.

—Hoy no estabas aquí.

Apreté la mandíbula.

—Tenía el día libre.

—No me refiero a eso.

Silencio. Uno pesado e incómodo.

—Me refiero a que no estabas donde debes estar.

Ahí estaba. El control. Siempre tan sutil. Tan limpio. Tan… inevitable.

—Estoy aquí ahora —respondí.

—Físicamente, sí.

Otra sonrisa leve.

—Pero no es lo mismo.

Quise decir algo, lo que fuera, pero no había nada útil. Nada que no le diera más de lo que ya tenía.

Se detuvo frente a mí. Demasiado cerca.

—Has estado con ellos.

No era una pregunta, era una afirmación. Mi pulso se tensó.

—Con gente.

—No —corrigió con suavidad—. Con ellos.

No hacía falta que dijera más. Sabía exactamente a quién se refería. Y eso era lo peor.

—Era un evento benéfico —dije—. Público.

—Nada de lo que hacen es realmente público.

Silencio. Otra vez.

—Te estás acercando demasiado.

La frase cayó despacio. Como una advertencia envuelta en calma.

—No.

Negué con la cabeza.

—No me estoy acercando a nadie.

Victor inclinó ligeramente la cabeza. Observándome. Como si estuviera evaluando cuánto de eso era verdad. Y cuánto no.

—Eso espero. Por tu bien.

Ahí estaba. La amenaza. Pequeña, elegante, pero clara.

Sentí la rabia subir. Caliente. Rápida. Familiar.

—Estoy haciendo mi trabajo.

—¿Sí?

Sus ojos no se apartaban de los míos.

—Porque a mí me parece que estás empezando a olvidar qué está en juego.

El aire se volvió más denso. Más pesado. Más real.

No respondí. No podía. Porque sabía exactamente de qué hablaba. Porque siempre lo sabía.

—Tu hija —añadió en voz baja.

Ahí estaba la razón. Directa, sin rodeos. Como un cuchillo.

Apreté los dedos hasta que me dolieron. Pero no bajé la mirada. No esta vez.

—No la metas en esto.

Su expresión no cambió ni un milímetro.

—Ella ya está en esto.

Silencio. Uno largo. De esos que no se pueden llenar.

—Todo lo que haces —continuó— debería ser por ella.

—Lo es.

La respuesta salió más rápida de lo que esperaba. Más firme. Más real. Y por primera vez no sonó como una mentira.

Victor lo notó. Lo vi en ese segundo. En ese leve cambio en su mirada.

—Entonces compórtate como tal.

Retrocedió un paso. Rompió la cercanía. Pero no la presión.

—No necesito distracciones.

No dijo nombres; no hizo falta.

—No las tienes.

Mentí. Esta vez sí. Y lo sabía. Y él también. Pero no dijo nada. Solo me sostuvo la mirada un segundo más. Evaluando. Calculando. Decidiendo.

—Más te vale.

Se giró hacia la mesa. La conversación había terminado. Como siempre. Cuando él decidía.

—Puedes irte.

No me moví de inmediato. No sabía por qué. Tal vez porque algo dentro de mí no quería salir de ahí igual que había entrado. Tal vez porque algo había cambiado.

Pequeño. Pero irreversible.

—Victor.

Se detuvo. No se giró, solo esperó.

—Estoy haciendo lo que puedo.

—Asegúrate de que sea suficiente.

No hubo más. Abrí la puerta, salí, y el ruido del bar me golpeó de nuevo. Pero esta vez… no me aplastó igual.

Volví a la barra y Tasha me miró de reojo.

—Sigues con dientes.

—De momento.

—Entonces ha ido bien.

—Claro.

Maribel dudó un segundo.

—¿Todo… bien?

La miré, y por primera vez en mucho tiempo no supe qué responder. ¿Por qué no. No estaba bien. Pero tampoco estaba como antes. Había algo distinto. Algo incómodo. Algo nuevo.

—Sí —dije al final.

Era una mentira a medias, y esas… Esas eran las peores.

Trabajé. Automática, rápida y eficiente. Como siempre. Pero mi cabeza no estaba allí.

Volvía una y otra vez a la moto. Al niño riendo. A su voz. A cómo me había mirado. A cómo había dicho mi nombre. Cerré los ojos un segundo. Error.

—Eh.

Lena apareció a mi lado. Como siempre. Sin avisar.

—Estás en otro planeta.

—Estoy trabajando.

—Sí, claro.

Se apoyó en la barra.

—Eso no es lo que he preguntado.

Suspiré.

—¿Qué quieres, Lena?

Sonrió. Demasiado.

—Tengo un plan.

Genial.

—No.

—Ni siquiera lo has oído.

—No importa.

—Importa mucho.

Se inclinó un poco más. Bajando la voz.

—Necesitas una solución.

—¿Para qué?

—Para los clientes.

Señaló discretamente a un tipo al fondo que llevaba demasiado rato mirándome.

—Para él.

—Puedo manejarlo.

—Sí, pero es aburrido.

Hizo una pausa, y después su sonrisa fue más amplia.

—Y tengo algo mejor.

Ya sabía que no me iba a gustar.

—Dilo.

—Finge que tienes novio.

Parpadeé.

—No.

—Escucha primero.

—No.

—Es perfecto.

—Lena…

—Es grande, da miedo y te mira como si fueras ilegal en varios países.

Silencio. Luego la miré. Muy despacio.

—No.

—Es literalmente perfecto.

—No voy a usar a nadie para eso.

—No es usar.

—Es usar.

—Es estrategia.

—Es una estupidez.

—Es una estupidez brillante.

Negué con la cabeza.

—Olvídalo.

—No puedes ignorarlo.

—Mira cómo lo hago.

Me giré para atender a otro cliente. Fin de la conversación. O eso pensé. Porque Lena no era de las que se rendían.

—Solo piénsalo —murmuró cerca de mi oído—. Darek da miedo incluso cuando respira.

Apreté el vaso un poco más de la cuenta.

—Lena.

—¿Qué?

—Cállate.

—Vale. Pero piénsalo.

No respondí. Pero el problema es que ya lo estaba haciendo. Y eso era aún peor.

Seguí trabajando durante horas.

Gente entrando y saliendo. Risas falsas. Miradas que conocía demasiado bien. Todo igual. Todo siempre igual. Y aun así… no lo era. No del todo.

Porque cada cierto tiempo, sin querer, sin decidirlo, levantaba la mirada. Buscándolo. Aunque sabía perfectamente que no iba a estar allí.

Y cada vez que lo hacía, me odiaba un poco más.

Me di cuenta a la tercera vez.

A la tercera vez que levanté la vista hacia la puerta sin motivo. A la tercera vez que mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza. A la tercera vez que sentí esa pequeña decepción absurda cuando no era él. Fue entonces cuando entendí el problema.

No era Darek. Era yo.

Apreté la mandíbula y bajé la mirada al vaso que estaba secando. Demasiado fuerte.

—Lo vas a romper —murmuró Tasha.

—No.

—Sí.

Solté el vaso antes de comprobar quién tenía razón.

—¿Problemas de moteros? —añadió con una media sonrisa.

—No hay "problemas de moteros".

—Claro —respondió—. Y yo soy monja.

No contesté. Porque cualquier respuesta habría sido peor. Porque cualquier palabra lo habría hecho más real. Y no quería eso. No podía.

La noche avanzó como siempre. Lenta y pesada.

Un cliente borracho insistiendo más de la cuenta. Otro que hablaba demasiado cerca. Otro que pensaba que pagarle una copa le daba derecho a algo. Lo de siempre.

Lo manejé, como siempre. Pero esta vez me costó más. No porque no supiera qué hacer. Sino porque ya no quería hacerlo. Y esa diferencia era peligrosa. Muy peligrosa.

—Te toca ese —dijo Jade señalando discretamente.

Miré. El mismo tipo de antes. El que llevaba observando demasiado tiempo. El que sonreía como si ya hubiera decidido algo. Perfecto.

—Voy.

Me acerqué. Sonrisa medida. Distancia controlada. Todo en su sitio.

—¿Qué quieres?

—A ti —respondió él sin rodeos.

Claro. Siempre tan originales.

—No está en la carta.

—Podría pagar más.

—Podrías irte.

Su sonrisa se tensó. Un poco. Solo un poco.

—No tienes que hacerte la difícil.

—No me estoy haciendo nada.

Silencio. Breve y tenso.

—Solo digo que podríamos llegar a un acuerdo.

Y ahí, justo ahí, fue donde normalmente habría seguido el juego. Donde habría girado la conversación. Donde habría mantenido el control.

Pero esta vez no me salió. Porque algo dentro de mí estaba cansado.

—No —dije.

Así. Simple. Directo. Sin adornos.

El tipo parpadeó. No esperaba eso. Nadie esperaba eso.

—No sabes lo que te ofrezco.

—No me importa.

Otra pausa. Más larga. Más incómoda.

—¿Tienes a alguien?

La pregunta cayó sin aviso. Automática y peligrosa. Y por alguna razón mi mente no se quedó en blanco. No buscó una excusa. No inventó una mentira cualquiera.

No. Fue directa a él. A su cara. A su voz. A cómo me miraba. A cómo decía mi nombre.

Tragué saliva.

—Sí.

La palabra salió sola. Y en cuanto lo hizo, ya no pude retirarla. El tipo frunció el ceño.

—¿Sí?

—Sí.

—No te he visto con nadie.

—No tienes por qué.

Su expresión cambió. No mucho, pero lo suficiente.

—¿Y dónde está?

Buena pregunta. Demasiado buena.

—No es asunto tuyo.

Silencio. Luego soltó una risa corta.

—Claro.

Se echó hacia atrás. Evaluándome.

—¿Es peligroso?

Y ahí, no tuve que fingir.

—Sí.

La respuesta fue inmediata y real. Demasiado real.

El tipo me sostuvo la mirada un segundo más. Luego levantó las manos.

—Vale.

Se giró y se fue. Así, sin más.

Me quedé quieta. Un segundo. Dos. Tres. El ruido del bar volvió de golpe.

Pero yo… yo seguía en esa palabra. "Sí."

—Vaya —dijo Lena a mi lado—. Eso ha sido rápido.

No la había visto acercarse.

—No empieces.

—Que no empiece, ¿qué?

—Lo sabes perfectamente.

Sonrió. Una sonrisa lenta y peligrosa.

—No he dicho nada.

—Pero lo estás pensando.

—Estoy pensando muchas cosas.

Me apoyé en la barra. Cansada.

—Lena…

—¿Sí?

—No.

—Ni siquiera he propuesto nada aún.

La miré. Muy despacio.

—Sí lo has hecho.

—Vale, pero ahora tengo pruebas de que funciona.

Suspiré.

—He mentido.

—Has sobrevivido.

—No es lo mismo.

—Aquí sí.

Hizo una pausa y me observó. Más seria. Más atenta.

—Así que… el motero.

—No.

—No te creo.

—No tienes que hacerlo.

—Lo estoy haciendo igual. Ha sido lo primero que se me ha ocurrido —dije al final.

Media verdad. Otra vez. Lena arqueó una ceja.

—Claro.

—En serio.

—Claro.

—Lena…

—Ese motero.

No respondí. Error.

—Te lo dije.

—No.

—Es perfecto.

—Cállate.

—Lo sabía.

—Lena.

—Es grande, da miedo y…

—Y ya lo has dicho tres veces.

—Porque es importante.

—No lo es.

—Lo es muchísimo.

Me giré para coger otra botella. Necesitaba hacer algo. Lo que fuera.

—No voy a meterlo en esto.

—No tienes que "meterlo".

—Es usarlo.

—Es protegerte.

—Sé protegerme.

Silencio de nuevo, breve pero pesado.

Lena no respondió de inmediato. Y eso… eso no era habitual.

—Ya lo sé —dijo al final.

Bajé la mirada.

—Entonces déjalo.

—No.

Claro.

—Lena…

—No necesitas que nadie te salve.

Ahí estaba. Exacto.

—Exacto.

—Pero podrías dejar que alguien lo intente un poco.

Levanté la mirada. Directa a ella.

—No.

—¿Por qué?

Porque si alguien lo intenta, puede conseguirlo. Y si lo consigue, lo pierdo.

No dije nada de eso. Solo negué con la cabeza.

—Porque no.

Lena me sostuvo la mirada más tiempo del habitual. Más profundo. Como si estuviera intentando ver algo que yo misma estaba evitando.

—Vale —dijo al final.

Y por alguna razón, eso me inquietó más que si hubiera seguido insistiendo.

La noche siguió, pero ya no era igual. Porque ahora había algo más. Una idea. Pequeña. Ridícula. Peligrosa. Y completamente imposible de ignorar.

Cada vez que alguien se acercaba demasiado, aparecía. Cada vez que una mirada se alargaba más de la cuenta, volvía. Cada vez que tenía que sonreír sin ganas, se colaba.

Darek. Su tamaño. Su forma de mirar. Su silencio. Su presencia. La forma en la que todo el mundo se apartaría.

Suspiré despacio. Molesta.

—*No* —murmuré para mí misma.

Pero ya era tarde.

Casi al final del turno, el bar se calmó un poco. No mucho, nunca del todo. Pero lo suficiente para respirar.

Me apoyé en la barra. Un segundo. Nada más. Y sin querer miré hacia la puerta. Otra vez.

Vacía. Claro. Siempre vacía.

Solté una risa breve. Sin humor.

—Patético.

—Un poco —dijo Tasha.

Genial.

—No hablaba contigo.

—Pero yo sí.

Me miró de lado.

—¿Es uno de los moteros el que te tiene así?

—No.

—Hum.

—Tasha…

—Solo digo que esos son los únicos que merecen la pena o que te joden la vida. A veces las dos cosas.

No respondí. Porque no tenía claro cuál de las dos era peor.

Cuando salí a la parte trasera a tirar la basura, el aire frío me golpeó la cara. Me vino bien. Demasiado.

Apoyé las manos en el borde del contenedor. Respiré. Una vez. Otra. Intentando ordenar algo que no tenía forma. Ni lógica. Ni sentido. Pero seguía ahí. Persistente. Molesto. Real.

Cerré los ojos un segundo y ahí estaba otra vez. Su voz.

Abrí los ojos de golpe.

—*Genial* —murmuré.

Ahora también me hablaba en la cabeza. Perfecto.

Volví dentro. Luz. Ruido. Gente. Todo igual. Y sin embargo, no lo era.

Porque esta vez, cuando levanté la mirada hacia la puerta, no fue automático. Fue consciente. Fue una elección.

La observé un segundo. Dos. Tres. Vacía. Como siempre. Pero algo dentro de mí no se movió. No se cerró. No volvió a su sitio. Se quedó ahí. Abierto. Incómodo. Esperando algo que no tenía sentido.

Apreté los labios. Molesta conmigo misma.

—*No necesito que nadie me salve* —murmuré.

La frase sonó firme, sólida, correcta. Como siempre. Pero por dentro ya no encajaba igual. Porque ahora había otra.

Otra que no había dicho en voz alta. Otra que no quería admitir. Otra que se colaba sin permiso.

"Pero quizá…"

Negué con la cabeza. Fuerte. Cortando el pensamiento.

—*Ni de coña.*

Y, aun así, al final de la noche, cuando todo se calmó un poco, cuando ya no tenía excusas, cuando ya no había ruido suficiente para taparlo, volví a mirar hacia la puerta.

Una última vez. Solo una. Me dije eso. Solo una. Y me odié un poco por ello.

Porque en el fondo sabía exactamente lo que estaba buscando.

Capítulo 14



Darek

No estaba allí por casualidad. Eso fue lo primero que tuve claro.

Podría haber dicho que sí. Podría haberme mentido con facilidad. Decirme que estaba dando una vuelta. Que necesitaba aire. Que no tenía nada mejor que hacer. Pero no.

Sabía exactamente dónde estaba. ¿Y por qué.

El bar seguía igual que siempre. Luces bajas. Ruido filtrándose por la puerta. Gente entrando y saliendo como si nada importara demasiado. Como si nada doliera demasiado.

Me apoyé en la moto sin apagar el motor al principio. El sonido vibraba bajo mis manos. Constante. Familiar. Seguro. Pero no ayudaba. Nada estaba ayudando últimamente.

Apagué el motor y me recibió el silencio.

Metí las manos en los bolsillos y esperé. No sabía cuánto. No sabía a qué exactamente. Pero esperé.

Salió unos minutos después.

Sola. Con una bolsa en la mano y esa forma de moverse como si el mundo fuera algo que había que esquivar, no habitar. No me vio al principio. O eso pensé. Hasta que habló.

—Si llevas ahí más de cinco minutos, empieza a ser preocupante.

No me moví.

—Llevo menos.

Giró la cabeza. Me miró. Directo. Sin sorpresa. Nunca se sorprendía conmigo.

—Eso no mejora mucho las cosas.

Me encogí de hombros.

—No lo intentaba.

Silencio. El aire entre nosotros no era como antes. No era tensión pura. No era un choque. Era… otra cosa.

Más densa. Más lenta. Más peligrosa.

—¿Te has perdido? —preguntó ella.

—No.

—Entonces esto es deliberado.

—Sí.

Otra pausa. Breve pero cargada. Dejó la bolsa en el suelo.

—Eso suele ser mala señal.

—¿Para quién?

—Para mí, probablemente.

La miré.

—Podrías irte.

—Podría.

No se movió, y yo tampoco.

—Pero no lo haces —añadió.

—No.

Silencio otra vez. Pero esta vez no empujaba. No obligaba. Se quedaba. Como nosotros.

Se apoyó contra la pared con los brazos cruzados. Pero no a la defensiva del todo. No como otras veces.

—¿Qué quieres, Darek?

Buena pregunta. Mala respuesta.

—Hablar.

Soltó una risa breve.

—Eso sí que no me lo esperaba.

—Yo tampoco.

Me observó un segundo más. Como si estuviera buscando algo. Alguna grieta. Alguna mentira.

—Vale —dijo al final—. Habla.

No empecé de inmediato. Porque no tenía un guion. Porque no había venido con uno. Y eso no era habitual en mí.

—Has estado diferente hoy —dije.

Ella tensó ligeramente la mandíbula.

—Gran análisis.

—No es un análisis.

—Entonces es una obviedad.

—No.

La miré, de verdad.

—No lo es.

Y de nuevo, silencio. Esta vez más largo. Más incómodo. Pero no se fue.

—Era un evento —dijo al final—. La gente se comporta raro en esos sitios.

—Tú no.

—No me conoces tanto.

—Lo suficiente.

Eso la hizo reaccionar. Un pequeño cambio en la respiración. En la mirada.

—No —dijo—. No lo haces.

No discutí. Porque en parte tenía razón. Pero no del todo.

—He visto cómo mirabas a ese niño.

Ahí. Directo. Sin rodeos. Su cuerpo se tensó. No mucho. Pero lo suficiente.

—Eso no significa nada.

—Para ti no.

—Para nadie.

—No.

Negué con la cabeza.

—No es verdad.

Silencio. Pesado. Pero no se rompió.

—No deberías fijarte en esas cosas —murmuró.

—¿Por qué?

—Porque no son importantes.

—Lo son.

Me sostuvo la mirada. Más dura ahora.

—No para lo que importa.

Ahí estaba. Otra capa. Otra barrera.

—¿Y qué es lo que importa?

No respondió. Sabía que no lo haría. Pero esta vez, algo cambió. Porque no se fue. No cortó la conversación. No levantó otro muro más alto.

Solo dudó. Un segundo. Dos. Luego desvió la mirada.

—Tengo una hija.

La frase cayó sin aviso. Sin preparación. Sin defensa. Y lo cambió todo. No reaccioné de inmediato. No pregunté. No me acerqué. No hice nada. Solo la escuché.

Porque eso era lo único que pedía ese momento.

—Se llama Mia —añadió.

Más bajo. Más lento. Como si decirlo en voz alta lo hiciera más real. Más peligroso.

Sentí algo apretarse dentro. Fuerte. Pero lo mantuve ahí. Donde debía estar.

—Tiene ocho años.

Silencio. No me miraba ahora. Miraba a cualquier sitio menos a mí.

—Le gustan las motos —dijo—. Aunque no sé por qué.

Soltó un suspiro leve, casi una risa. Pero no.

—Dibuja muchas.

No dije nada. No interrumpí. No pregunté. Solo escuché. Y eso… eso lo cambió todo.

Porque nadie escuchaba, al menos no de verdad.

—No está conmigo.

Ahí estaba la verdad. La herida. Directa. Sin protección.

Apreté la mandíbula. Pero no por fuera.

—¿Dónde está?

La pregunta salió sola. Suave. Sin presión. Ella dudó. Un segundo. Dos.

—En un centro.

Silencio. El aire se volvió más frío. Más pesado. Más real.

—Eso… —Empezó.

Pero se detuvo y negó con la cabeza.

—No importa.

—Sí importa.

Me miró. Esta vez de frente. Y lo que había en sus ojos no era rabia. No era sarcasmo. Era algo mucho más jodido.

—No para ti.

—Para mí sí. Ahora sí.

Eso la golpeó. Lo vi. En cómo respiró. En cómo se quedó quieta. En cómo no supo qué hacer ante esa respuesta.

—No deberías meterte en esto —murmuró.

—Ya estoy dentro.

—No.

Negó con la cabeza.

—No tienes ni idea.

—Entonces dime.

—No.

Silencio. Otra vez. Pero distinto. Porque ahora había algo abierto entre nosotros. Algo que no se podía cerrar tan fácil.

Se pasó una mano por el pelo. Nerviosa. Inquieta. Real.

—Esto es una mala idea —dijo.

—Sí.

—Entonces deberías irte.

—No.

—Darek…

—No.

La corté. Sin levantar la voz. Pero firme.

—No voy a irme.

Silencio. Me miró. Más tiempo. Más profundo.

—¿Por qué?

Buena pregunta. La peor.

—Porque no quiero.

La respuesta fue simple, pero no ligera. Y ella lo entendió. Lo vi.

—Eso no es suficiente.

—Para mí sí.

—No para lo que venga después.

—Eso ya lo veremos.

Negó con la cabeza, pero no se movió. No se alejó. No puso distancia. Y eso… eso fue lo que rompió el equilibrio.

Un coche pasó por la calle. Luz rápida. Ruido breve. Luego otra vez nosotros. Solo nosotros.

—Esto es un error —susurró.

Ahí estaba. La línea. La advertencia. La verdad. La miré de cerca.

—Lo sé. Pero no voy a parar.

Y esta vez… no fue solo una frase. Fue una decisión.

La distancia entre nosotros se aniquiló. No hubo un paso decidido. No hubo un movimiento calculado.

Fue más bien como si la gravedad se hubiera cansado de mantenernos separados.

Como si el espacio entre nuestros cuerpos se hubiera vuelto insostenible.

Absurdo.

Y yo crucé esa distancia.

Mis manos encontraron su rostro antes de que mi cerebro pudiera procesar completamente lo que estaba haciendo. Piel caliente. Tensión. Un temblor casi imperceptible bajo mis palmas.

Noa no retrocedió. No me empujó. No dijo nada.

Sus ojos se cerraron. Y en esa rendición, en esa entrega silenciosa, encontré el permiso que no había pedido. La confirmación de que estábamos en esto juntos. Hasta el final.

Mi boca se posó sobre la suya, y el mundo se hizo trizas.

No fue un beso tierno. No fue un beso de exploración. Fue un beso de hambre. De desesperación. De reconocimiento.

Un beso que solo era el principio de lo que iba a pasar, de lo que sin lugar a dudas marcaría un antes y un después esta noche, entre nosotros.

Capítulo 15



Darek

Sus manos subieron por mi pecho, aferrándose a mi camiseta como si fuera el único anclaje posible en medio de un huracán.

Y yo la devolví con la misma intensidad. Con la misma urgencia.

La empujé suavemente contra la pared de ladrillo frío. No con violencia, con necesidad.

Mi cuerpo se ajustó al suyo. Cada curva. Cada músculo. Cada latido.

Ella respondió. Dios, cómo respondió.

Una de sus manos subió por mi nuca, entrelazándose en mi cabello, tirando con una fuerza que me hizo ver estrellas.

La otra se deslizó por mi espalda, presionándome hacia ella, exigiendo más. Exigiendo todo.

Mi boca abandonó sus labios, recorriendo la línea de su mandíbula, mordiendo la piel suave debajo de su oreja. Ella lanzó un gemido, un sonido ronco y roto que recorrió mi espina dorsal como una descarga eléctrica.

—Darek —susurró, mi nombre un susurro roto, una plegaria, una maldición.

Mis manos bajaron de su rostro, explorando su cuello, sus hombros, hasta encontrar el borde de su camiseta. Piel suave. Calor vibrante.

Mis dedos se deslizaron por la abertura, encontrando el tejido de su sujetador. Y más allá, el latido rápido de su corazón contra mis nudillos.

—Esto… —Empezó, y su voz sonó falta de aire—. Esto no debería…

—Cállate —murmuré contra su piel, mis labios trazando el contorno de su clavícula—. No hables.

No necesitábamos palabras. Las palabras nos habían traído hasta aquí, pero no nos servirían de nada ahora. Ahora solo importaba esto.

El contacto. El calor. La aniquilación de todo lo demás.

Mi mano subió por su costado, bajo la tela de su camiseta, sintiendo la temblorosa geografía de su cuerpo. Cada costilla. Cada músculo. Cada centímetro de piel que reclamaba como propio.

Ella arqueó la espalda, empujándose contra mi mano, una invitación silenciosa a continuar. A ir más lejos.

Mi boca encontró la suya de nuevo, más profunda esta vez, más posesiva.

Nuestras lenguas bailaron una guerra y una rendición, un combate y una tregua, todo en el mismo instante.

Mi otra mano encontró el muslo de Noa, la curva suave y firme bajo el tejido de sus vaqueros.

La levanté, envolviéndola alrededor de mi cintura. Y ella respondió, subiendo la pierna, apretándose contra mí, creando una fricción que nos hizo gemir al unísono.

La calle seguía ahí, el mundo seguía girando, pero para nosotros solo existía este pequeño espacio de ladrillo frío y piel caliente.

Solo existía el ritmo de nuestra respiración, el eco de nuestros latidos, la urgencia de nuestras manos.

Mi boca se deslizó por su cuello, mordiendo con suavidad, lamiendo el dolor, saboreando su reacción.

Sus manos se aferraron a mis hombros, las uñas clavándose en mi piel a través de la camiseta, un dolor delicioso que solo alimentaba el fuego que me consumía.

—Más —susurró, su voz apenas un hilo de aire, una orden y una súplica a la vez—. Necesito…

No terminó la frase. No hizo falta.

Mi mano abandonó su muslo, subiendo lentamente por su espalda.

Mis dedos encontraron el borde inferior y, con un movimiento torpe y urgente, la levanté, exponiendo la piel de su espalda.

Piel lisa y tibia. Piel que temblaba bajo mi toque.

Mi boca siguió el camino que mis manos habían abierto, besando cada vértebra, cada centímetro de espalda descubierta.

Ella se estremeció, un temblor que recorrió todo su cuerpo y que se transmitió al mío.

—Dios, Darek —gimió, su cabeza cayendo hacia atrás, dándome acceso a su cuello, a sus hombros—. No pares.

No tenía ninguna intención de parar.

Mi mano encontró el cierre de su sujetador y, con un movimiento experto, lo liberé.

La tela se aflojó, y mis manos se deslizaron hacia adelante, llenándose de su peso, de su calidez, de la perfección de sus pechos.

Ella inhaló bruscamente, su cuerpo arqueándose contra mis manos, una respuesta instintiva, pura y sin filtros.

Mis pulgares encontraron sus pezones, ya duros y sensibles, y los rocé con suavidad, sintiendo cómo se endurecían aún más bajo mi toque.

—Joder —murmuró, su voz rota, cargada de deseo—. Joder, Darek.

La giré, presionándola contra la pared con más firmeza, mi cuerpo reclamando el suyo, mi boca reclamando la suya en un beso más profundo, más posesivo.

Una de sus manos bajó, encontrando la dureza de mi erección a través de mis vaqueros, apretando con una confianza que me hizo perder el aliento.

Mi mano se deslizó por su abdomen, sintiendo las contracciones de sus músculos, el calor que emanaba de su piel.

Seguí bajando, encontrando el botón de sus vaqueros, la cremallera metálica que era el último obstáculo entre nosotros.

Ella no se movió. No me detuvo. Al contrario, abrió las piernas ligeramente, dándome acceso, invitándome a continuar.

Mis dedos trabajaron la cremallera, el sonido metálico cortando el silencio de la noche.

La cremallera bajó, exponiendo el borde de sus bragas, un trozo de encaje negro contra la palidez de su piel.

Mi mano se deslizó bajo la tela, encontrando el calor intenso, la humedad que ya la empapaba.

Ella lanzó un gemido, un sonido largo y profundo, cuando mis dedos encontraron su clítoris, ya hinchado y sensible.

—Ahí —susurró, sus caderas moviéndose instintivamente contra mi mano—. Sí, ahí.

La rozé con suavidad, con un ritmo lento que la hizo temblar y maldecir contra mi boca.

Mis dedos exploraron sus pliegues, encontrando su entrada, ya abierta, ya lista para mí.

La penetré con un dedo, lentamente, sintiendo cómo sus músculos se contraían a mi alrededor, acogiéndome, reclamándome.

Ella gimió, un sonido de placer y frustración, de necesidad desesperada.

—Más —exigió, su voz ronca, cargada de urgencia—. Necesito más de ti.

Le di lo que pedía.

Un segundo dedo se unió al primero, moviéndose dentro de ella con un ritmo que se aceleraba con cada uno de sus gemidos mientras mi pulgar seguía trabajando su clítoris, un doble ataque que la tenía al borde del precipicio.

Su mano seguía apretándome a través de mis vaqueros, un ritmo desesperado que me volvía loco.

La urgencia se convirtió en una necesidad física, una fuerza de la naturaleza que no podía ser contenida. El control, esa maldita coraza que me había mantenido en pie durante años, se desmoronaba polvo a polvo con cada gemido que escapaba de sus labios.

Con un movimiento brusco, me separé lo justo para abrir mis vaqueros. El sonido del metal de la cremallera al ceder resonó en el silencio de la noche, tan alto como un trueno. Mi erección se liberó, dura y pulsante, pidiendo entrar. La vi mirar, sus ojos verdes oscuros por el deseo, fijos en mí, y esa mirada fue casi suficiente para acabarme.

—Joder, Voss —susurró, y el sonido de mi apellido en sus labios, en ese tono, fue lo más erótico que había oído en mi vida.

Agarré sus caderas, la levanté sin esfuerzo. Ella envolvió mis piernas con las suyas, instintivamente, anclándose a mí. Su peso era perfecto. Su calor era todo. La apoyé contra la pared de ladrillo, y el contacto de su espalda desnuda con el áspero ladrillo la hizo estremecer, un temblor que la recorrió de arriba abajo y que se transmitió directamente a mi entrepierna.

Su mano se deslizó entre nosotros, guiándome. Sus dedos, temblorosos pero seguros, se cerraron alrededor de mi erección. Me apretó, deslizándome por sus pliegues, mojándome con su deseo. La cabeza de mi pene rozó su clítoris y ambos soltamos un gemido ronco, gutural.

—Ahora —ordenó, porque no era una súplica, era una orden—. Ahora.

No hizo falta que me lo dijera dos veces.

Con un movimiento de caderas, entré en ella. Y el universo se encogió a ese único punto de unión.

El calor. La humedad. La forma en que sus músculos se contraían y me acogían, como si hubiera sido hecho para mí. Como si nos hubiéramos estado buscando toda la vida y solo ahora, en este callejón oscuro y sucio, hubiéramos encontrado nuestro lugar.

Me quedé quieto un segundo, un instante eterno, sintiéndola, adaptándome a ella, permitiéndole que se adaptara a mí. Su cabeza había caído hacia atrás, golpeando suavemente la pared, su boca ligeramente abierta, sus ojos cerrados. Un hilo de saliva brillaba en la comisura de sus labios.

—Mírame —ordené, mi voz más ronca de lo que la había oído nunca —. Mírame, Noa.

Abrió los ojos. Y lo que vi en ellos me despojó de cualquier defensa que me pudiera quedar. No había solo deseo. Había reconocimiento. Había dolor. Había una rendición tan absoluta que me aterrorizó y me excitó a la vez.

Empecé a moverme.

Lento al principio. Casi todo salí de ella, dejando que solo la punta permaneciera dentro, antes de volver a entrar, lentamente, sintiendo cada centímetro de su viaje. Ella gemía, un sonido bajo y constante, como un motor en punto muerto. Sus caderas se movían al unísono con las mías, aprendiendo mi ritmo, exigiendo más.

—Más rápido —susurró, sus uñas clavándose en mi espalda, a través de la camiseta—. Joder, Darek, más rápido.

La obedecí.

El ritmo se aceleró. Los embistes se volvieron más profundos, más potentes. Cada golpe la hacía chocar contra la pared, y el sonido de su cuerpo contra el ladrillo se mezclaba con el de nuestra respiración, con el de nuestros gemidos, con el de mis testículos golpeándola.

Su mano se deslizó entre nuestros cuerpos otra vez, encontrando su clítoris. Empezó a frotarlo, en círculos rápidos y precisos, mientras yo seguía embistiéndola, sin piedad, sin control.

—Así —gimió, su voz rota—. Así, joder, no pares.

La miraba. No podía dejar de mirarla. Veía cómo el placer se construía en su rostro, cómo su expresión se distorsionaba en una mueca de éxtasis y dolor. Veía cómo sus pechos se balanceaban con cada embestida, cómo sus pezones se endurecían aún más en contacto con mi pecho.

—Córrete para mí —solté entre dientes, mi ritmo volviéndose salvaje, errático—. Quiero sentir cómo te corres.

Sus ojos se abrieron de par en par. Su boca se abrió en un grito silencioso. Y entonces empezó.

El orgasmo la recorrió como una ola, una contracción violenta que empezó en sus pies y subió hasta su cabeza. Sus músculos se cerraron alrededor de mi pene como un puño, apretándome, succionándome, arrancándome el último trozo de cordura que me quedaba.

—¡Darek! —gritó, y mi nombre en su boca, en ese momento de clímax absoluto, fue mi perdición.

La seguí al abismo. Con un último embiste, profundo y brutal, me dejé llevar. El orgasmo me golpeó como un tren, una explosión de luz y calor que me dejó sin aire, sin fuerzas, sin pensamientos.

Nos quedamos así, pegados el uno al otro, temblando, respirando con dificultad. El sudor nos pegaba la ropa a la piel. El olor a sexo llenaba el aire, denso, primitivo. Mi cabeza descansaba en su hombro, y podía oír el latido de su corazón, un tambor salvaje contra mi oreja.

No sabía cuánto tiempo estuvimos así. Segundos. Minutos. Una eternidad.

Cuando por fin me separé, lo hice con una lentitud dolorosa. La dejé apoyada en la pared, y sus piernas temblaban tanto que tuve que sostenerla. La arreglé, subiéndole la camiseta, cubriendo lo que acabábamos de profanar y consagrar a la vez. Yo me arreglé los vaqueros, sintiéndome torpe, como un adolescente que no supiera qué hacer con su propio cuerpo.

No nos miramos. No podíamos.

El silencio que siguió fue peor que cualquier grito. Era un silencio pesado, cargado de todo lo que habíamos hecho, de todo lo que habíamos dicho sin decirlo.

Habíamos cruzado la línea, otra vez. Y en el otro lado, no había nada familiar. Solo lo desconocido. Y el miedo.

Finalmente, ella habló. Su voz era baja, rota, sin el sarcasmo de siempre.

—Esto ha sido un error —repitió.

La miré. Sus ojos estaban fijos en el suelo, en un charco de agua sucia que reflejaba la luz de una farola lejana.

—Como te he dicho antes, lo sé y no voy a parar —respondí, mi voz igual de rota.

Y supe, con una certeza que me heló la sangre y me encendió las entrañas a la vez, que era la verdad.

No había vuelta atrás. No la había visto desde que la vi por primera vez. Y seguro como el infierno no la había ahora.

Capítulo 16



Noa

Tres días. Solo habían pasado tres días. Y aun así… parecía otra vida.

Volver a la rutina debería haber sido fácil. Siempre lo era.

La rutina no exigía pensar. No exigía sentir. No exigía recordar. Solo exigía funcionar. Y yo sabía hacer eso mejor que nadie. O eso creía.

El bar seguía exactamente igual. Las mismas luces bajas. La misma música, demasiado alta. El mismo olor pegajoso que se te metía en la piel y no salía. Las mismas caras. Los mismos gestos. Los mismos hombres creyendo que todo tenía un precio.

Nada había cambiado. Excepto yo.

Me di cuenta en el primer turno.

Un cliente hablando con Victor. Normal. Había visto eso mil veces. Pero esta vez… escuché. Escuché de verdad.

—Ya está hecho.

—Más despacio —respondió Victor con su calma habitual.

—No podemos ir más despacio.

—Podéis.

Silencio. Corto. Tenso.

—El dinero llegará mañana.

—Eso espero.

Siempre lo había ignorado. Siempre. Porque no era mi problema. Porque no quería que lo fuera. Porque mirar demasiado de cerca en sitios como este… era la forma más rápida de acabar mal. Pero ahora… no pude no escucharlo.

No pude no fijarme. No pude no pensar.

—Estás rara.

La voz de Lena me sacó del momento. No levanté la vista.

—Siempre estoy rara.

—No así.

Serví una copa. Otra. Movimientos automáticos. Seguros.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras contando cosas.

Eso me hizo mirarla.

—¿Contando?

—Sí.

Se inclinó un poco sobre la barra.

—Como si estuvieras viendo algo que antes no veías.

Silencio. Pequeño. Pero suficiente.

—Siempre he visto todo.

Mentira. Las dos lo sabíamos. Lena sonrió levemente.

—No. Siempre has elegido no mirar.

Eso me molestó. Porque era verdad. Y porque no quería que lo fuera.

—No tengo tiempo para paranoias —dije.

—No es paranoia si es real.

—Aquí todo es real.

—No.

Negó con la cabeza.

—Aquí todo está maquillado. La diferencia es que ahora estás viendo debajo.

No respondí. Porque si lo hacía, iba a tener que admitirlo. Y no estaba preparada para eso.

La noche siguió, pero ya no igual. Porque ahora cada cosa tenía peso.

Cada conversación a media voz. Cada mirada entre clientes. Cada sobre que cambiaba de manos.

Antes eran ruido. Ahora eran piezas. Y mi cabeza empezaba a encajarlas.

—¿Has visto eso?

Susurró Lena. Seguí su mirada. Una mesa al fondo. Dos hombres. Uno de ellos no bebía. No miraba a nadie. Solo observaba. El otro hablaba demasiado.

—Cliente nuevo —dije.

—No.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no parece un cliente.

Silencio. Lo observé mejor. Manos limpias. Postura recta. Mirada calculadora. No estaba ahí para divertirse.

—¿Entonces qué es?

Lena no respondió. Solo murmuró:

—Problemas.

Sentí algo incómodo en el estómago. Algo que no me gustaba. Algo que llevaba años evitando. Pensar.

Intenté volver al trabajo. A lo mecánico. A lo seguro. Pero ya no era suficiente. Porque cada vez que giraba la cabeza, veía algo. Algo que no encajaba. Algo que antes ignoraba.

Un pago en efectivo demasiado alto. Un cliente que no tocaba su bebida. Victor entrando y saliendo más de lo normal.

Todo insignificante. Todo fácil de ignorar. Hasta que dejaba de serlo.

—Te estás metiendo en algo.

La voz de Lena fue más seria esta vez. Más directa.

—Siempre he estado metida.

—No así.

La miré.

—¿Así cómo?

—Pensando.

Silencio.

—Eso aquí es peligroso.

—Lo sé.

—No lo parece.

Hizo una pausa y me sostuvo la mirada.

—¿Qué ha cambiado?

Buena pregunta. Mala respuesta.

Darek. Su voz. Sus manos. Su forma de mirarme como si yo fuera algo más que… esto.

Negué con la cabeza.

—Nada.

—No te creo.

—No tienes que hacerlo.

—Lo estoy haciendo igual.

Aparté la mirada. Porque no podía sostenerla. Porque si lo hacía, iba a haber demasiado. Y entonces pasó.

Un golpe. Seco. Desde la parte trasera. No era raro. Nunca lo era. Pero algo en ese sonido no encajó.

Nos miramos Lena y yo al mismo tiempo.

—Voy a ver —dije.

—No.

—Lena…

—No.

Su mano se cerró sobre mi muñeca. Fuerte.

—Déjalo.

—No suena bien.

—Nada aquí suena bien.

—No es lo mismo.

Silencio. Un segundo. Dos.

Y entonces la puerta se abrió y vimos a Maribel.

Se quedó en el marco. Quieta. Como si no supiera si entrar o salir. Como si su cuerpo hubiera olvidado cómo moverse.

Y entonces le vi la cara. Un lado enrojecido. El labio partido. Un moretón empezando a formarse bajo el ojo.

El bar no se detuvo. Eso fue lo peor. La música seguía. Las conversaciones seguían. La vida seguía. Como si nada.

Pero para mí todo se quedó en silencio.

—Estoy bien —dijo ella antes de que nadie preguntara.

Mentira. Mala y obvia.

Dejó caer la mirada y se movió despacio. Demasiado despacio.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Mi voz sonó más fría de lo que esperaba. Más peligrosa.

Maribel negó con la cabeza.

—Nada.

—Eso no es nada.

—Ha sido un accidente.

Lena soltó una risa sin humor.

—Claro.

Silencio. Pesado e incómodo. Y entonces apareció Victor.

Siempre en el momento justo. Siempre con la respuesta preparada.

—¿Qué ocurre aquí?

Su voz calmada. Como siempre. Como si nada fuera urgente.

—Ha salido mal —dijo Maribel rápidamente—. Pero estoy bien.

Victor la observó. Un segundo. Dos. Evaluando.

—Entonces no hay problema.

Eso fue todo. Nada más. Algo dentro de mí se rompió.

—Tiene que irse a casa —dije.

Victor me miró. Por primera vez. De verdad.

—No.

—Está herida.

—Está trabajando.

—No puede…

—Puede.

Silencio. Y ahí lo entendí.

Esto no era un bar. Nunca lo había sido. Y yo había estado fingiendo que sí.

Miré a Lena. Ella ya me estaba mirando.

—Esto no es solo un bar —murmuré.

Ella no dudó.

—Nunca lo ha sido. Solo que ahora lo estás viendo.

Y eso… eso lo cambiaba todo.

No hice nada. Ese fue el problema. No en ese momento. Porque mi cuerpo reaccionó como siempre. Automático. Eficiente. Peligrosamente entrenado para sobrevivir.

Me moví hacia Maribel. Le puse una mano en el brazo. Su piel estaba fría. Temblaba.

—Ven —le dije en voz baja.

Ella dudó. Miró a Victor. Siempre mirábamos a Victor. Siempre.

—Cinco minutos —añadí, sin apartar la mirada de ella.

No fue una petición. Fue lo más parecido a una orden que me había permitido en ese sitio.

Silencio. Victor no respondió de inmediato. Eso era nuevo. Eso era peligroso.

Finalmente, asintió una vez.

—Cinco.

No esperé más y tiré suavemente de Maribel hacia el baño.

El pasillo parecía más largo de lo normal. Más estrecho. Más oscuro. Como si el lugar mismo se estuviera cerrando.

Cerré la puerta detrás de nosotras. El ruido del bar quedó amortiguado. No desapareció. Nunca desaparecía del todo.

Encendí la luz. Demasiado blanca. Demasiado cruel.

Maribel evitó mirarse al espejo. Eso lo decía todo.

—Siéntate.

Lo hizo sin discutir. Como si ya no tuviera energía para eso.

Abrí el grifo y el agua salió fría. Mejor.

Mojé una toalla y me acerqué.

—Va a doler.

—Ya duele.

No respondió con ironía. Solo con verdad.

Le limpié el labio primero. La sangre ya empezaba a secarse. La piel estaba abierta. No era grave, pero tampoco leve.

—¿Quién ha sido?

La pregunta salió sola. Más dura de lo que pretendía.

Maribel cerró los ojos.

—No pasa nada.

—Sí pasa.

—No.

Negó con la cabeza.

—De verdad.

—Te ha pegado.

—Ha sido un mal momento.

Apreté la toalla un poco más de la cuenta.

—Eso no es un "mal momento".

—Aquí sí.

Silencio. Y ahí estaba otra vez. Esa normalización. Esa aceptación. Esa forma de sobrevivir que te comía por dentro sin que te dieras cuenta.

—Puedes negarte.

—No.

—Sí puedes.

—No.

Abrió los ojos.

Me miró. Y lo que vi ahí no era miedo. Era resignación.

—No sabes cómo funciona esto.

La frase me golpeó más de lo que esperaba. Porque hacía tres días yo habría dicho lo mismo.

—Explícamelo —dije.

Ella soltó una risa rota.

—No quieres saberlo.

—Dímelo.

—Noa…

—Dímelo.

Silencio. Largo y pesado.

—Hay clientes… —Empezó.

Se detuvo y tragó saliva.

—Clientes que pagan más.

—¿Más para qué?

No respondió. No hizo falta.

Sentí el estómago encogerse.

—Y si dices que no… —continuó. Pero hizo otra pausa—. Dejas de trabajar.

Claro. Simple y limpio.

—Eso es ilegal.

La frase sonó absurda en cuanto salió de mi boca. Maribel casi sonrió.

—Todo aquí es ilegal.

Silencio. Y ahí encajó otra pieza.

Los sobres. Las conversaciones. Los hombres que no bebían. Los que solo observaban.

No era solo un bar. Era algo más. Mucho más.

—¿Victor…?

No terminé la frase. No hacía falta.

Maribel no respondió. Pero su silencio fue suficiente.

Cerré el grifo y el sonido del agua cortándose fue demasiado brusco. Demasiado definitivo.

—Tienes que irte a casa.

—No puedo.

—Sí puedes.

—Noa…

—Te han pegado.

—No es la primera vez.

Eso me hizo parar. En seco.

—¿Qué?

Maribel bajó la mirada.

—A veces pasa.

Sentí algo subir por mi pecho. Rabia.

—No.

—Noa…

—No.

Negué con la cabeza. Fuerte.

—Eso no "pasa".

Silencio. Ella no discutió. No insistió. No hizo nada. Y eso fue lo peor.

Porque significaba que para ella, sí. Sí pasaba.

Respiré hondo. Una vez. Otra. Intentando no perder el control.

—Te vas a casa —repetí.

—No puedo perder este trabajo.

—No lo vas a perder.

Mentira. Y las dos lo sabíamos.

—Tengo un hijo.

Ahí estaba la verdad. La razón. La cadena.

Me quedé quieta. Porque entendí perfectamente.

No era una elección. Nunca lo era.

Solté la toalla.

—Quédate aquí un minuto.

—Noa…

—Un minuto.

Salí antes de que pudiera decir nada más.

El ruido del bar me golpeó otra vez. Pero ya no era igual. Ya no era ruido. Era una prueba.

Caminé directo hacia la barra. Lena me vio llegar y lo supo.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

No discutimos más. Porque no hacía falta.

Victor estaba al fondo. Hablando con uno de esos hombres.

El mismo de antes. El que no parecía cliente. Perfecto.

Caminé hacia ellos. Sin pensar demasiado. Sin plan. Eso era nuevo. Y peligroso.

—Tiene que irse a casa.

Victor ni siquiera se giró al principio. Terminó la frase que estaba diciendo. Con calma. Siempre con calma.

Luego sí. Me miró.

—No.

—Está herida.

—Está trabajando.

—No puede.

—Puede.

Otra vez. El mismo intercambio.

Pero esta vez no me detuve.

—No.

Silencio.

El hombre con el que hablaba Victor me miró. Interesado. Evaluando.

Victor ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Perdón?

—He dicho que no.

El bar no se detuvo. Pero algo cambió.

El aire. La tensión. Las miradas.

—Noa —dijo Lena detrás de mí.

Era una advertencia. No la escuché.

—Se va a casa.

Victor me sostuvo la mirada. Más tiempo. Más frío.

—Te estás extralimitando.

—La han golpeado.

—Eso no es asunto tuyo.

Y ahí… ahí fue donde algo dentro de mí terminó de romperse.

Porque hacía tres días yo habría bajado la cabeza. Habría dado un paso atrás. Habría dejado que pasara.

Pero ahora… no. Porque ahora veía. Porque ahora entendía. Porque ahora… había algo más en juego.

No solo mi hija. Si no, todo esto. Y lo que significaba. Y lo que yo había permitido.

Silencio. Uno largo y tenso.

Victor dio un paso hacia mí. Solo uno. Pero bastó.

—No vuelvas a hacerlo.

No gritó. No amenazó de manera abierta. Pero eso era peor. Mucho peor.

No respondí. Pero tampoco bajé la mirada. Y eso… eso fue suficiente.

Porque lo entendió. Entendió que algo había cambiado. Y yo también.

Volví al pasillo. A por Maribel. Pero ya no era la misma.

Porque esta vez no iba a mirar hacia otro lado. Y eso… eso lo iba a cambiar todo.

Capítulo 17



Darek

El problema no era que todo encajara. El problema era que encajaba demasiado bien.

La nave estaba en silencio a esas horas. O lo que en nuestro mundo se consideraba silencio.

Metal enfriándose. Algún golpe lejano. El zumbido constante de electricidad vieja.

Casa. Otra vez esa palabra. Otra vez esa mentira a medias.

Tenía el portátil abierto sobre la mesa. Facturas. Transferencias. Rutas de transporte. Nombres. Demasiados nombres.

Todo limpio. Demasiado limpio.

Me incliné hacia delante, apoyando los codos en la mesa. Revisando por tercera vez el mismo archivo. No porque no lo entendiera. Sino porque no me gustaba lo que veía.

O mejor dicho, lo que no veía.

Todo parecía en orden y ese era el problema. Buscaba errores porque siempre, siempre, los había, pero no encontraba nada.

Pasé a otro archivo. Otra lista. Otro conjunto de datos que parecía perfectamente organizado.

Y me detuve en uno. Misma ruta, mismo horario, mismo tipo de envío. Pero faltaba un punto de control en el registro.

Ahí estaba. Pequeño. Casi invisible. Pero suficiente.

Podía ser un fallo; cualquiera que viera este archivo pensaría eso. Pero no lo era. Revisé los demás archivos y encontré un patrón que antes no encontraba.

Abrí otro archivo. Y otro. Y otro.

El mismo patrón. Siempre igual. Siempre limpio. Siempre… incompleto.

El mismo punto de control que no aparecía en ese registro, no aparecía en ningún otro. Y no, esto no era un error. Era algo intencionado. Y no sabía quién estaba detrás, pero al menos ahora tenía algo.

Un hilo del quitar. Pequeño y difícil de ver. Pero ahí estaba.

Siempre el mismo nombre en los márgenes. Nunca en el centro. Nunca directo. Pero siempre cerca.

Casi podía escuchar a Marcus diciéndome que siguiera tirando de ese hilo, pero con cuidado, a pesar de saber que siempre lo tenía. Aunque esta vez sería diferente.

Porque esta vez no iba a tener cuidado.

—¡Se está quemando!

El grito rompió el momento.

Cerré los ojos un segundo. Conté mentalmente hasta tres.

—¿Qué se está quemando? —pregunté sin moverme.

—¡Todo!

Eso no ayudaba. Me levanté.

La escena en la otra parte de la nave era exactamente lo que esperaba.

Jax estaba frente a una sartén en llamas. Literalmente.

—¿Qué coño estás haciendo?

—Cocinar.

—Eso no es cocinar.

—Es una técnica avanzada.

—Es fuego.

—El fuego forma parte del proceso.

Briggs estaba detrás con un extintor. Sin saber muy bien si usarlo o salir corriendo.

—¿Le doy? —preguntó.

—Sí.

—¡No! —gritó Jax—. Está casi listo.

El fuego subió más.

—Ahora —dije.

Briggs activó el extintor. Espuma por todas partes. Sartén incluida. Jax incluido. Silencio. Luego…

—Bueno —dijo Jax, cubierto de blanco—. Ahora está frío.

—¿Qué era? —preguntó Briggs.

Jax miró la sartén.

—Algo con huevos.

—¿Dónde están los huevos?

—Eran conceptuales.

Silencio.

—Voy a pedir comida —dije.

—Traidor —murmuró Jax.

Pedí comida y el ritmo de la nave entre nosotros siguió igual. Mismas rutinas, mismas bromas y conversaciones, hasta que de nuevo se desató la locura entre nosotros.

—Te lo digo en serio —añadió Briggs más tarde—. He visto algo.

—No.

—Sí.

—No.

—Un fantasma.

—No.

Jax se giró.

—¿Un fantasma?

—Sí.

—¿Aquí?

—Sí.

—¿Qué hacía?

—Mirarme.

Silencio.

—Era tu reflejo —dijo Milo sin levantar la vista.

Jax se rio.

—Eso sí da miedo.

—No estoy de coña —insistió Briggs.

Me apoyé en la mesa. Mirándolos.

Caóticos. Idiotas. Ruidosos. Y… reales.

Ese era el problema. No parecían criminales. No como los que había visto antes. No como los que había perseguido.

Esto… esto parecía otra cosa.

Una familia. Rota y extraña, sí. Pero, familia.

Y aun así, alguien dentro estaba ensuciándolo todo. Y yo tenía que encontrarlo. Porque ya no era solo el trabajo.

Ahora había caras. Nombres. Consecuencias.

Y una de ellas tenía ojos verdes.

Apreté la mandíbula. No. No podía mezclar eso. Pero ya era tarde. Porque ya estaba mezclado. Porque ya estaba dentro. Y esta vez, no había salida fácil.

No debería haberme afectado. Ese era el plan desde el principio. Entrar. Observar. Encontrar. Salir. Sin ruido. Sin vínculos. Sin grietas.

Pero ya había grietas. Demasiadas.

Volví al portátil cuando el caos se calmó. O cuando dejó de ser incendio activo y pasó a desastre asumido.

Abrí de nuevo los archivos. El nombre seguía ahí. Discreto. Casi invisible. Demasiado perfecto para ser casualidad.

No lo señalaba directamente. Nunca. Siempre en los bordes. En intermediarios. En rutas que "casualmente" coincidían.

Pero estaba. Y eso era suficiente.

El teléfono vibró sobre la mesa. No miré la pantalla. No hacía falta.

Contesté.

—Dime.

Silencio breve al otro lado. Luego la voz de Marcus.

—Estás tardando.

Miré la pantalla. Datos. Números. Mentiras bien construidas.

—Porque esto no es lo que parece.

—Nunca lo es.

Clásico.

—No son como pensábamos —añadí.

—¿Quiénes?

—Ellos.

Pausa.

—Siempre dices eso al principio.

—No es el principio.

Silencio. Más largo esta vez.

—Explícate.

Apoyé la espalda en la silla. Miré al techo.

—Hay actividad —dije—. Movimientos raros. Dinero que no debería estar ahí.

—Entonces tienes lo que necesitas.

—No.

—¿No?

—Está demasiado limpio.

Otra pausa.

—Eso no tiene sentido.

—Exacto.

Marcus suspiró al otro lado.

—Habla claro, Darek.

Volví a la pantalla. Al patrón. Al nombre.

—Alguien está trabajando dentro.

—¿Dentro de qué?

—De la banda.

Silencio. Pesado.

—¿Estás seguro?

—No.

—Entonces no me sirve.

—Pero lo estoy casi.

Golpeé suavemente la mesa con los dedos. Ritmo lento. Controlado.

—Hay rutas que no pasan por los canales habituales —continué—. Pagos fragmentados. Nombres que no deberían repetirse… repitiéndose.

—¿Y nadie más lo ve?

—No.

—¿O no quieren verlo?

Esa era la pregunta.

—No lo sé.

Mentira. Sabía algo. No todo. Pero suficiente.

—Si están limpios, ¿qué estás buscando? —preguntó Marcus.

Miré el nombre otra vez. Ese maldito nombre. Siempre ahí. Nunca del todo.

—La mancha que lo está ensuciando todo.

Silencio.

—Eso suena personal.

No respondí de inmediato. Porque lo era.

—Es trabajo.

—Claro.

No se lo creyó. Y no le culpaba.

—Tienes que acelerar —añadió—. Los de arriba se están impacientando.

—Los de arriba no están aquí.

—Los de arriba son quienes mandan.

—Aquí mando yo.

Silencio.

—No olvides por qué estás ahí.

Y ahí fue cuando pasó.

Noa. Su cara. Su voz. Su forma de decir *"esto no es para mí"* mientras claramente lo era todo.

Y luego, el bar. Victor. Las miradas. El control.

Apreté la mandíbula.

—No lo olvido.

—Más te vale.

La línea quedó en silencio unos segundos.

—Darek.

—¿Qué?

—No te impliques.

Demasiado tarde.

—No lo hago.

—Mientes fatal.

Cortó y bajé el teléfono lentamente.

El ruido de la nave volvió poco a poco. Risas. Discusiones. Jax quejándose de que la comida pedida "no tenía alma". Briggs defendiendo a los fantasmas. Milo ignorándolo todo.

Y yo en medio. Otra vez esa sensación. De no encajar. Pero tampoco querer irme. Eso era nuevo y peligroso. Volví a la pantalla.

El nombre. Otra vez.

No iba a aparecer solo. No iba a cometer un error grave. Gente así no lo hacía. Pero todos cometían uno pequeño. Y yo iba a encontrarlo.

Cerré el portátil. Decisión tomada. No más análisis desde lejos. No más mirar sin tocar.

Iba a seguirlo. Directamente. Aunque eso significara exponerse.

Aunque eso significara romper mi posición dentro del club. Aunque eso significara elegir.

Me levanté.

—¿A dónde vas? —preguntó Jax desde el sofá.

—A dar una vuelta.

—Eso nunca acaba bien.

—Para ti nunca acaba bien.

—Eso es verdad.

Briggs levantó la mano.

—Si ves al fantasma, dile que deje de mirarme.

Negué con la cabeza.

—Estás fatal.

—¡Lo he visto!

Salí de la nave sin responder.

El aire de fuera estaba frío. Me subí a la moto.

Motor. Ruido. Control. Pero esta vez no era suficiente. Porque ya no estaba solo en esto. Y eso lo cambiaba todo.

Arranqué. Y mientras salía de la zona industrial, solo tenía una idea clara en la cabeza: Encontrar la verdad. Antes de que la verdad me encontrara a mí.

Capítulo 18



Noa

Nunca había mirado tanto. Ese fue el primer problema.

Antes todo era más fácil. Entrar. Trabajar. No pensar. Salir. Repetir.

Sobrevivir no requería entender. Solo requería aguantar. Pero ahora no podía dejar de ver.

El bar era el mismo. Luces bajas. Música demasiado alta. El olor constante a alcohol, sudor y algo más que nadie nombraba.

Pero ya no era igual. Porque yo no era igual.

Me apoyé en la barra, secando un vaso que ya estaba seco. Mirando. Escuchando.

Cliente uno. No bebía. Ni tocaba la copa. Solo miraba el reloj.

Cliente dos. Entró. Se sentó. Pidió agua. Agua, en ese sitio.

—Eso es raro, ¿no? —murmuré.

Lena apareció a mi lado sin hacer ruido.

—Todo aquí es raro.

—No, raro de verdad.

Miró discretamente.

—Vale… sí. Ese es raro.

Silencio, y ambas observamos.

—No están aquí por el bar —dije.

—Nadie está aquí por el bar.

—Ya me entiendes.

—Sí —murmuró—. Y no me gusta.

Victor cruzó el fondo del local en ese momento. Impecable. Siempre impecable.

Se acercó al de la copa intacta. Se inclinó. Susurró algo. El hombre asintió. Se levantó y desapareció hacia la zona privada.

Mi estómago se tensó.

—¿Cuánto tiempo llevan ahí? —pregunté.

—¿Quién?

—Los que no beben.

Lena dudó. Eso ya era mala señal.

—Más del que deberían —respondió al final.

Otra pieza. Otra cosa que antes no habría visto. O que habría decidido no ver.

—Noa…

La voz de Lena cambió. Más baja. Más seria.

—Te estás metiendo en algo.

La miré.

—Siempre he estado metida.

Negó con la cabeza.

—No así.

Tenía razón. Y eso me cabreaba. Porque significaba que ya no podía volver atrás.

—Vale —dijo Lena media hora después—. Tengo un plan.

—No me gusta cómo empieza eso.

—Es un buen plan.

—Eso lo hace peor.

Se apoyó en la barra con esa sonrisa peligrosa.

—Vamos a investigar.

La miré.

—No.

—Sí.

—No sabemos investigar.

—Claro que sabemos.

—No.

—Improvisamos.

—Eso no es investigar.

—Eso es arte.

Suspiré. Cinco minutos después estábamos escuchando detrás de una puerta.

—Esto es mala idea —susurré.

—Calla.

—Nos van a pillar.

—No.

—Sí.

—No.

La puerta se abrió y nos quedamos congeladas.

Un cliente salió y nos miró. Lena reaccionó primero.

—¡La humedad! —dijo señalando la pared—. Estamos comprobando la humedad.

El hombre parpadeó.

—¿La… humedad?

—Sí —añadí automáticamente—. Es muy importante.

Silencio.

—Claro —dijo al final—. La humedad.

Se fue y esperamos.

—Ha funcionado —susurró Lena.

—No ha funcionado.

—No nos ha matado.

—Ese es tu estándar.

—Es un estándar válido.

Me tapé la cara un segundo.

—Dios.

—¿Seguimos?

—No.

—Sí.

Cinco minutos después estábamos debajo de una mesa. Literalmente.

—Esto es tu culpa —murmuré.

—Esto es estrategia.

—Esto es humillación.

Encima de nosotras, dos hombres hablaban.

—Entrega el viernes —dijo uno.

—Confirmado —respondió el otro.

—El mismo contacto.

—Sí.

Mi respiración se volvió más lenta. Más controlada.

Escuchar. Eso sí sabía hacerlo.

—¿Nombre? —preguntó el primero.

Silencio. Luego…

—Harlow.

Mi cuerpo se tensó. Otra vez ese nombre.

—¿Fecha?

—Viernes. Como siempre.

Viernes. Guardé la información.

Lena me dio un codazo.

—¿Estás escuchando?

—Sí.

—Esto es serio.

—Sí.

Uno de los hombres se movió. La silla chirrió.

—Tenemos que salir —susurró.

—Espera.

—Noa…

—Espera.

Pasos. Muy cerca. Y entonces escuché la voz de Lena.

—¡Perdona! —dijo saliendo de debajo de la mesa de golpe—. ¿Eres Aries?

Silencio absoluto. Yo cerré los ojos.

—¿Qué? —dijo uno de los hombres.

—Tu energía —continuó Lena—. Es muy Aries.

Me arrastré fuera lentamente. Intentando parecer… normal. No lo logré.

—Estamos haciendo un estudio —añadí.

—¿De qué?

—De… compatibilidad.

Silencio.

—Salid de aquí.

Nos fuimos rápido. Cuando doblamos la esquina, Lena empezó a reírse.

—Ha sido increíble.

—Ha sido un suicidio.

—Pero hemos conseguido información.

La miré.

—Harlow.

—Sí.

—Viernes.

—Sí.

Su sonrisa desapareció poco a poco.

—Vale —murmuró—. Esto ya no es divertido.

No. No lo era.

Debería haber parado ahí. Pero no lo hice. Porque ahora sabía. Y saber, enganchaba.

Pasé cerca de la zona privada otra vez. Más despacio. Más atenta.

Voces. Victor. Y alguien más.

Me acerqué. Solo un poco. Lo suficiente.

—No podemos permitir errores —decía él.

Siempre tranquilo. Siempre controlado.

—Está todo bajo control —respondió otra voz.

—Eso espero.

Me incliné ligeramente. Error.

—Noa.

Me quedé congelada. Levanté la mirada y vi que Victor estaba ahí. Frente a mí. Sonriendo.

Pero no era una sonrisa. Era algo peor.

—¿Buscabas algo?

Mi mente se vació.

—Trabajo —respondí.

—Claro.

Se acercó un paso.

—Siempre tan… dedicada.

No me moví. No podía.

—Es una buena cualidad —añadió—. Pero también peligrosa.

Silencio.

—Depende de dónde mires.

Mi pulso se disparó.

—No estaba mirando nada.

Sonrió más.

—Eso espero.

Se inclinó ligeramente.

—Porque hay cosas que no deberían verse.

Se apartó.

—Vuelve al trabajo, Noa.

Me quedé ahí un segundo. Dos. Luego me moví. Pero algo había cambiado.

Volví con Lena. Intentando parecer normal. No lo conseguí.

—Te ha visto —dijo en cuanto me acerqué.

—Sí.

—¿Qué ha dicho?

—Nada.

Eso fue suficiente para que entendiera todo.

—Mierda.

Asentí.

—Ahora lo sabe.

—No sabe nada.

—Sabe lo suficiente.

Silencio. Miré el bar. Otra vez. Pero ahora no era solo observadora. Era parte del problema.

—Esto no es solo un bar —murmuré.

Lena me miró.

—Nunca lo ha sido.

Asentí lentamente. Porque ya no podía dejar de verlo. Y lo peor era que ahora él también me veía a mí.

Más tarde, cuando todo se calmó un poco, me apoyé en la barra. Mirando la puerta. Sin razón. O con demasiadas.

—Si me pasa algo… —Empecé.

Lena me cortó.

—No termines esa frase.

La miré.

—Porque voy contigo.

Silencio. Tragué saliva. Porque por primera vez en mucho tiempo no estaba sola. Y eso… eso me hacía más peligrosa.

Pero también más vulnerable.

Levanté la vista de manera instintiva. Buscando. Sin querer admitirlo. Sin querer necesitarlo. Pero aun así… Buscando a Darek. Y odiándome un poco por ello.

No volví a moverme durante un rato. No físicamente. Porque por dentro no había dejado de hacerlo desde hacía días.

El bar seguía funcionando. Como siempre. Risas falsas. Música alta. Cuerpos moviéndose como si eso fuera suficiente para olvidar cualquier cosa. Pero yo ya no estaba dentro de ese ritmo.

Ya no del todo.

Me apoyé en la barra con los brazos cruzados, mirando un punto fijo que en realidad no veía. Escuchando sin escuchar. Pensando sin querer hacerlo.

Porque pensar siempre había sido el problema. Pensar te obligaba a unir cosas. A recordar. A darte cuenta.

Y darte cuenta de que lo cambiaba todo.

Antes podía ignorarlo. De verdad. No porque no lo viera. Sino porque no lo conectaba.

Una chica que tardaba demasiado en volver. Un cliente que no tocaba su bebida. Una conversación en voz baja que terminaba en una puerta cerrada.

Antes eran piezas sueltas. Ahora, eran un sistema.

Y yo estaba dentro.

Solté el aire lentamente.

—*No pienses* —murmuré para mí misma.

Pero ya era tarde para eso. Porque ahora no solo veía. Entendía. Y entender dolía más.

Miré hacia la zona privada. La puerta estaba cerrada. Siempre lo estaba.

Pero ahora esa puerta tenía peso. Significado. Consecuencias.

Antes era solo una puerta. Ahora era una frontera.

Y al otro lado… no quería imaginarlo. Pero lo hacía.

La imagen de Maribel volvió sin pedir permiso. Su cara. El golpe. El miedo intentando no existir.

Apreté los dedos fuerte contra la barra. Eso no era un accidente.

Y lo peor no era eso. Lo peor era que nadie se había sorprendido.

Ni las otras chicas. Ni los clientes. Ni siquiera yo, al principio.

Eso fue lo que más me jodió.

Lo había aceptado. Sin pensar. Sin cuestionarlo. Porque era más fácil. Porque sobrevivir siempre había sido más importante que entender. Hasta ahora.

Cerré los ojos un segundo. Y entonces apareció ella. Mia.

Siempre era así. Cuando algo se rompía dentro de mí, ella aparecía.

No como un recuerdo o como imagen clara. Sino como una sensación.

Pequeña, cálida y dolorosa.

—*Le gustan las motos…*

Lo había dicho en voz alta hacía días. A Darek. Y ahora volvía.

Sus dibujos. Líneas torcidas. Ruedas demasiado grandes. Como si intentara dibujar algo que no entendía. Pero qué sentía. Como yo ahora.

Abrí los ojos.

—*¿Dónde estás…?* —murmuré.

La pregunta salió sola, como siempre, y sin respuesta.

Pero esta vez no se quedó solo en tristeza. Se mezcló con otra cosa. Rabia. Porque ya no era solo que no estuviera conmigo.

Era por qué. Y esa pregunta empezaba a tener respuestas que no me gustaban.

Victor. El bar. Las chicas. Las desapariciones. El patrón. Todo estaba conectado. Y si lo estaba, entonces yo no era solo una pieza atrapada.

Era parte de algo más grande. Algo más sucio. Algo que podía haberla tocado a ella.

Mi estómago se cerró.

—*No* —susurré.

Negué con la cabeza, pero la idea ya estaba ahí. Y no iba a irse. Porque tenía sentido. Demasiado.

Y eso era lo que más miedo daba.

Me separé de la barra. Empecé a caminar sin rumbo. Solo para moverme. Para no quedarme quieta dentro de mi propia cabeza.

Pasé junto a un grupo de clientes. Uno de ellos me miró demasiado tiempo.

Antes habría reaccionado. Ahora… solo lo registré. Y seguí. Eso también era nuevo.

No todo era amenaza directa. Pero todo era información. Y yo estaba empezando a verla. Eso me hacía peligrosa.

Victor lo sabía. Se notaba en cómo me había mirado. Ni enfadado ni agresivo. Peor. Interesado.

Como si estuviera recalculando algo. Como si yo hubiera dejado de ser invisible. Y eso… nunca era bueno.

Me detuve cerca del pasillo que llevaba a los baños. Menos luz. Menos ruido. Respiré hondo.

¿En qué me estaba metiendo?

Pero ya sabía la respuesta. En la verdad. Y la verdad, nunca venía sola. Siempre traía consecuencias. Siempre exigía algo a cambio. Y yo no sabía si tenía algo más que dar.

Porque ya había dado demasiado.

Mi libertad. Mi estabilidad. Mi hija.

Cerré los ojos otra vez. Mia. Siempre volvía a eso.

A ella. Porque todo lo demás podía romperse. Pero eso… eso ya estaba roto. O eso pensaba.

Hasta ahora. Porque ahora había algo nuevo. Algo que no encajaba con el resto. Darek.

Abrí los ojos de golpe.

—*No* —susurré.

Negué con la cabeza otra vez. Más fuerte. Pero no funcionó. Porque ahí estaba.

Su voz. Su forma de mirar. Su silencio cuando le hablé de Mia.

No preguntó más. No empujó. No juzgó. Solo escuchó. Y eso… eso había sido peor que cualquier otra cosa.

Porque nadie escuchaba de verdad. Y cuando alguien lo hacía, te desarmaba.

Me apoyé contra la pared.

—*Esto no cambia nada…* —Murmuré.

Lo había dicho. A él. A mí misma. Pero no era verdad. Porque lo había cambiado todo.

No en lo que hacía. Pero sí en cómo lo veía. Y eso era suficiente. Porque ya no podía volver atrás. Ya no podía fingir que esto era solo un trabajo. Ya no podía mirar hacia otro lado. Ya no podía aceptar lo que pasaba como algo inevitable.

Y eso… eso era el principio del fin. O del cambio. Y no sabía cuál de los dos era peor.

Escuché risas a lo lejos. Música subiendo. Alguien gritando algo que no entendí.

El mundo seguía. Siempre lo hacía. Daba igual lo que se rompiera dentro.

Me separé de la pared y volví a la barra, un movimiento automático. Pero ya no era lo mismo. Nada lo era.

Serví una copa. Limpié otra. Respondí a un cliente sin escucharlo del todo. Funcionaba. Pero ya no era supervivencia. Era espera.

Esperando a que algo pasara. O a que yo lo hiciera pasar. Y eso era lo más peligroso de todo. Porque por primera vez no estaba reaccionando. Estaba pensando en actuar.

Miré otra vez hacia la puerta. Ese gesto otra vez. Inconsciente. Buscando. Como si él pudiera aparecer. Como si eso arreglara algo. Solté una risa seca.

—*Patético…* —Murmuré.

Lo era. Pero también era real. Y ya no podía mentirme con facilidad. No, después de todo. No después de verlo todo más claro. No después de sentir algo que no debía. Porque eso también era parte del problema.

No era solo el bar. No era solo Victor. No era solo lo que estaba pasando. Era lo que estaba cambiando dentro de mí. Y eso… eso era lo más difícil de controlar.

Porque si perdía eso, si me permitía sentir demasiado, no solo me iba a hacer daño a mí. Iba a poner en peligro todo. Incluida ella. A Mia.

Siempre tenía que volver a eso. Porque era lo único que importaba de verdad. O eso había sido siempre. Hasta ahora.

Apreté los dientes.

—*No cambies eso* —murmuré.

Como si pudiera darme órdenes a mí misma. Como si eso funcionara. Pero no funcionaba. Porque ya había cambiado. Y no sabía cuánto. Ni hasta dónde.

Levanté la mirada una última vez. La puerta. El bar. La gente. Todo igual. Y sin embargo, todo distinto. Porque ahora sabía. Y cuando sabías, ya no había forma de volver a ser quien eras. Nunca.

Respiré hondo, y por primera vez en mucho tiempo no pensé en huir. Pensé en quedarme. Y en lo que eso significaba. Y en lo que iba a costar.

Y aun así no me moví. No esa vez. Porque, aunque no lo dijera en voz alta, aunque no lo aceptara del todo, ya había tomado una decisión.

Ya no iba a mirar hacia otro lado. Y esta vez, no importaba cuánto doliera.

Capítulo 19

Darek

No era una sospecha ya. Era una dirección.

Lo seguí sin acercarme demasiado. Distancia justa. Ritmo constante. Sin prisas. Sin errores.

El tipo salió de la nave como cualquier otro. Normal. Tranquilo. Integrado. Eso era lo que lo hacía peligroso.

Encendió un cigarro. Miró el móvil. Caminó hacia su moto. Nada fuera de lugar. Excepto que yo ya sabía dónde mirar.

Arranqué la moto unos segundos después. Sin luces al principio. Sin ruido innecesario.

La ciudad tragó el sonido rápidamente. Como siempre.

Lo seguí por calles que conocía. Luego, por otras que no. Eso también decía algo.

Giró dos veces sin necesidad. Paró en un semáforo más de la cuenta. Comprobando.

Bien. Sonreí levemente. No era el único paranoico.

Siguió. Yo también. Y entonces salió de la zona. Eso fue lo primero real.

No iba a una entrega normal. No iba a ningún sitio del circuito habitual. Iba a otra cosa.

Se detuvo finalmente en un punto muerto de la ciudad. Zona industrial vieja. Más abandonada. Más… útil para desaparecer.

Apagué el motor antes de llegar y seguí a pie. El aire olía a metal húmedo y basura. Perfecto.

Se reunió con dos hombres. No eran de la banda. Eso se veía a simple vista.

Demasiado limpios. Demasiado… correctos. Trajes sin ser elegantes, postura sin ser relajada. Polvo que no era suyo. Policías, no. Pero cerca. O peor.

Me quedé en la sombra. Escuchando.

—Viernes —dijo uno.

Otra vez.

—Confirmado —respondió el sospechoso.

—Sin errores.

—No los hay.

Mentira. Siempre los había.

—Harlow quiere resultados.

Ahí estaba. Otra vez ese nombre. Mi mandíbula se tensó. No era coincidencia.

—Y los tendrás —respondió él.

Se dieron la mano. Rápido. Sin confianza. Una transacción, no una relación. Eso lo confirmaba todo.

No era uno de los nuestros. Era el agujero dentro del sistema. La grieta. La mancha.

Me quedé quieto un momento más. Memorizando. Rostros. Movimientos. Detalles.

Luego me fui sin hacer ruido. Porque ya tenía lo que necesitaba. Y ahora venía lo difícil.

No fui a la nave. No directamente. Porque había otra cosa. Otra necesidad. Más estúpida. Más peligrosa. Más real.

Noa.

Apreté el acelerador.

—*No es por ella* —me dije.

Mentira.

—*Es por el caso.*

Una mentira aún peor.

Porque no necesitaba verla para el caso. Pero sí para…

No terminé la frase. Porque no quería saber la respuesta.

El bar apareció al fondo. Luces bajas. Ruido filtrándose. El mismo sitio. Pero ya no lo veía igual.

Aparqué lejos y caminé con el pulso más alto de lo normal. No por el peligro. Por ella.

Eso era nuevo. Y no me gustaba.

Entré y me recibió el caos habitual.

Música. Gente. Movimiento.

Pero la encontré enseguida. Siempre lo hacía.

Noa estaba en la barra. Más tensa. Más alerta. Diferente. Y eso me jodió más de lo que debería.

Se dio cuenta antes de mirarme. Siempre lo hacía. Levantó la vista, nuestros ojos se encontraron y el aire cambió.

Hice un gesto, leve, casi imperceptible, y fui hacia un rincón apartado, esperando que viniera. Y lo hizo.

Se acercó sin sonreír y habló sin rodeos.

—No deberías estar aquí.

—Tú tampoco.

Silencio.

—Esto no es un juego, Darek.

—Nunca lo ha sido.

Me miró más de cerca. Buscando algo.

—Estás metido en algo.

—Tú también.

Negó con la cabeza.

—No igual.

—No. Peor.

Eso la frenó un segundo.

—Victor sabe cosas.

—Yo también.

Error. Lo vi en su reacción.

—¿Qué sabes?

—Lo suficiente.

—No juegues conmigo.

—No lo hago.

Se acercó más.

—Entonces dime la verdad.

La miré. Y por primera vez… dudé.

Porque la verdad no solo me afectaba a mí. La incluía a ella.

—No puedo.

Silencio.

—Entonces no vengas aquí.

Eso dolió más de lo que debía.

—No funciona así.

—Pues debería.

Nos quedamos mirándonos.

Tensión. Rabia. Miedo. Y debajo de todo… eso. Siempre eso.

—Esto se va a romper —dijo.

La frase cayó entre nosotros pesada y real. La miré más de cerca.

—Entonces rompamos primero nosotros.

No pensé. No esa vez.

La besé antes de que pudiera responder.

No fue como la otra vez. No fue lento. No fue contenido. No fue exploratorio.

Fue directo. Brusco. Necesario.

Fue como arrancarle el aire a los pulmones y devolvérselo mezclado con el mío. Un acto de violencia y de salvación a la vez. Mis labios se cerraron sobre los suyos con una fuerza que no supe que poseía, devorándola, consumiéndola, borrando cualquier pregunta que pudiera haber en su mente.

Ella reaccionó al instante.

Como si también estuviera al límite. Como si solo necesitara una excusa. Como si este beso fuera la chispa que esperaba para prenderse en llamas. Sus manos me agarraron la camiseta y tiraron.

El tejido crujió entre sus dedos, tensándose hasta el punto de romperse. Me acercó, destruyendo el poco espacio que nos quedaba, fusionando nuestros cuerpos en una sola línea de fuego y frustración.

—Eres un puto idiota —murmuró contra mi boca, las palabras ahogadas por el beso, una acusación y una rendición a la vez.

—Lo sé.

No paramos. No pudimos.

Nos movimos sin pensar, como dos animales heridos que buscaban la oscuridad para lamerse las heridas y crear otras nuevas.

Hacia el pasillo. Hacia la parte trasera.

Cada paso era una torpeza desesperada. Tropezamos con una silla que volvió con un estruendo sordo, pero ni nos inmutamos. El mundo exterior se había disuelto. Solo existía el calor de la otra piel, el sabor de la otra boca, la necesidad animal de llegar a cualquier parte donde el mundo no pudiera vernos.

Oscuridad. Menos ruido. Más peligro. Perfecto.

El pasillo trasero era un estrecho túnel de olores a cerveza derramada, a limpiador y a humedad. Una bombilla parpadeante en el techo era la única luz, proyectando sombras danzantes en las paredes de ladrillo. Era sucio, destartalado, y era exactamente lo que necesitábamos.

La empujé contra la pared y no fue suave. No esta vez.

El impacto fue seco, sordo. Su espalda golpeó el ladrillo con un golpe que le hizo soltar un jadeo. Un sonido que no era de dolor, sino de pura, absoluta satisfacción.

Y ella no se quejó. Al contrario. Me devolvió la fuerza.

Sus manos subieron de mi pecho a mi cuello, los dedos entrelazándose en mi pelo, tirando con una ferocidad que me hizo ver estrellas. Su boca reclamó la mía con una nueva urgencia, una profundidad que me robó el aliento. Era un combate, una batalla por el dominio que ambos sabíamos que íbamos a perder.

—Esto es una mala idea —susurró, sus labios rozando los míos, su voz un hilo roto de deseo y pánico.

—Sí.

—Entonces, para.

—No.

Y no lo hice.

Porque ya no podía. Porque ya no quería.

Porque la idea de parar era más dolorosa que cualquier consecuencia que pudiera venir después.

Mis manos recorrieron su cuerpo como si ya lo conocieran, como si tuvieran memoria de cada curva, de cada músculo, de cada punto sensible. Pero necesitaba confirmarlo. Otra vez. Más. La palma de mi mano se deslizó por su cuello, sintiendo el pulso acelerado bajo mi piel. Bajó por su clavícula, por el delicado hueso que se marcaba bajo su piel pálida. Seguí la curva de su pecho, llenándome de su peso, de su calidez, de la forma en que su pezón se endurecía instantáneamente bajo mi toque, incluso a través de las capas de tela.

Ella respondió igual.

Urgente. Sin filtros. Sin vergüenza.

Una de sus manos se deslizó por mi abdomen, los dedos trazando el camino de mis músculos hasta encontrar la hebilla de mi cinturón. La abrió con un chasquido metálico que sonó como un disparo en el silencio del pasillo. Sus dedos fueron más allá, encontrando el botón de mis vaqueros, abriéndolo con una torpeza desesperada.

—Joder, Voss —soltó contra mi boca—. Llévame a una jodida cama o follémonos aquí mismo, pero no me hagas esperar más.

La elección no existía.

Mi mano encontró el borde de su falda que se había enredado alrededor de sus muslos. La agarré, subiéndola por sus muslos, exponiendo la piel lisa y tensa. La tela se arrugó en su cintura. Mis dedos encontraron el borde de sus medias, la liga fina que las sujetaba. Seguí esa línea, hasta sentir la calidez de su piel desnuda, el temblor que recorría su muslo cuando mis dedos se acercaban a la intimidad que se escondía más arriba.

—Así —gimió, separando las piernas, dándome acceso, una invitación explícita y sin rodeos—. Joder, Darek, así.

Mis dedos se deslizaron por la tela fina de sus bragas, ya húmeda, ya empapada por su deseo. La rocé con el pulgar, sintiendo cómo el tejido se mojaba aún más, cómo su cuerpo respondía a mi toque con un espasmo involuntario. La besé de nuevo, tragándome sus gemidos, mientras mis dedos encontraban el borde de la tela y se deslizaban debajo.

Piel. Calor. Humedad.

La encontré. Abierta, hinchada, lista para mí. La rocé con la yema de un dedo, sintiendo cómo se contraía, cómo un gemido largo y profundo escapaba de su garganta.

—Darek… Su voz se rompió, mi nombre una plegaria, una advertencia, una rendición.

La besé otra vez. Más profundo. Más intenso. Tragándome sus palabras, sus miedos, su resistencia.

—No pienses.

—No puedo dejar de hacerlo.

—Entonces deja de hablar.

Sus dedos se clavaron en mi espalda, a través de mi camiseta, las uñas rasgando la tela y mi piel, un dolor agudo y delicioso que solo avivó el fuego que me consumía.

Y eso fue suficiente. El resto desapareció.

El bar. Victor. El peligro. El mundo entero. Todo. Excepto ella.

Y el hecho de que no debía estar pasando. Pero estaba. Y no íbamos a parar.

Con un movimiento rápido, agarré sus muslos y la levanté. Ella envolvió mi cintura con las piernas instintivamente, anclándose a mí; su peso, un placer; su calor, una promesa. La apoyé contra la pared, mi cuerpo sosteniéndola, mi erección presionando contra su centro, una amenaza y una promesa.

Mis vaqueros estaban aún abiertos, pero no del todo. Con una mano, me los bajé lo suficiente, liberándome. La vi mirar hacia abajo, sus ojos oscuros por el deseo, fijos en mi erección. Su boca se abrió ligeramente, y la lengua humedeció sus labios. Ese gesto, esa simple muestra de deseo puro y sin filtros, estuvo a punto de hacerme explotar allí mismo.

—Ahora —susurró, su voz ronca, cargada de una urgencia que sentía como mía—. Darek, te quiero dentro de mí. Ahora.

Agarré mi erección y la guié hacia ella. La punta rozó sus labios, ya abiertos, ya húmedos. La deslicé hacia arriba, por su surco, mojándome con su deseo, frotando su clítoris con cada movimiento. Ella gemía, sin control, su cabeza cayendo hacia atrás, sus caderas moviéndose en un ritmo desesperado.

—Dios —murmuré contra su oreja, mi voz ronca, apenas reconocible—. Siempre lista para mí.

La posicioné en su entrada. Ya no podía esperar. Ya no quería esperar.

—Darek… —Susurró su nombre, una advertencia y una súplica a la vez.

Con un movimiento lento, implacable, entré en ella. Y el universo se hizo trizas.

La besé. No fue un beso de pasión. Fue un beso de guerra. Un acto de violencia para silenciar las palabras que nos estaban destruyendo. Mis dientes chocaron contra los suyos. La empujé hacia atrás, y su espalda golpeó la puerta con un estruendo que ahogó el sonido de la tormenta.

Ella me devolvió el golpe con la misma moneda. Sus manos se convirtieron en garras que me arañaban el cuello, que me tiraban del pelo. Mordí su labio inferior, sintiendo el sabor metálico de la sangre. No se quejó. Al contrario, me mordió a mí, un dolor agudo y glorioso que solo avivó el fuego.

—Te odio —soltó contra mi boca, las palabras ahogadas por la furia y el deseo.

—Yo también te odio a ti —respondí, y era la verdad más sagrada que había dicho en años.

Mis manos eran torpes, desesperadas. Arranqué su chaqueta mojada, tirando de la tela hasta que los botones salieron volando. La dejé caer al suelo. Sus manos hicieron lo mismo con mi camiseta, desgarrándola por el costado. El sonido de la tela rasgándose fue música para mis oídos.

La volví y la aplasté contra la puerta, esta vez con su pecho presionado contra la madera fría. Mis manos recorrieron su cuerpo mojado, palpando cada curva, cada músculo tenso por la ira. Desabroché sus vaqueros con una brutalidad casi criminal, tirando de ellos hacia abajo junto con sus bragas, hasta que quedaron en un charco de tela mojada a sus pies.

—Eres mía, Noa —siseé en su oreja, mi voz ronca, inhumana—. Dilo.

—Soy tuya esta noche.

—No, preciosa. Eres mía, siempre.

—Darek…

—Dilo, o paro —dije, y me detuve.

La miré a los ojos y la duda estaba en ellos, pero también el deseo. Abrió la boca para hablar, pero la cerró de nuevo.

—Dilo si quieres que te folle como me has pedido.

—Soy tuya, Darek, solo tuya. Esta noche… y siempre.

—Eso es —sonreí, me incliné y la besé con rudeza mientras la penetraba con dos dedos.

Noa gimió en mi boca y mi erección palpitó al saber que esa mujer era mía en cuerpo y alma.

—Más —gimió, su voz rota, arqueando la espalda, ofreciéndose a mí cuando rompimos el beso—. Quiero más, Darek. Necesito más…

La satisfacción que sentí fue oscura, primitiva. Agarré sus caderas y la penetré de un solo golpe, seco y brutal, hasta el fondo.

Un grito ahogado escapó de su garganta. Un sonido de dolor y placer puro y absoluto. Su cuerpo se tensó, luego se relajó, aceptándome, reclamándome.

Empecé a moverme. Sin ritmo. Sin piedad. Golpeándola una y otra vez, usando su cuerpo como un escape para toda mi frustración, para todo mi miedo. Cada embestida era un castigo. Por Victor. Por Mia. Por Nicole. Por Oliver. Por todos los jodidos errores de mi vida.

Y ella lo tomaba todo. Me pedía más.

—Más fuerte, Darek —gritó, sus manos planas contra la puerta, empujando hacia mí, contratacando cada golpe—. ¡Joder, más fuerte!

Le di lo que pedía. La agarré por el pelo, tirando de su cabeza hacia atrás, forzándola a mirarme por encima de su hombro. Sus ojos estaban cerrados, la boca abierta en un grito silencioso. El sudor y la lluvia se mezclaban en su piel, brillando bajo la luz tenue de la habitación.

Una de mis manos se deslizó por su vientre, hacia abajo, encontrando su clítoris. Lo rocié con violencia, sin técnica, solo con una necesidad desesperada de sentirla venir, de sentirla perder el control por completo.

—Ahora —ordené, mi voz un gruñido animal—. Córrete, preciosa. Córrete ahora.

Su cuerpo se arqueó en un espasmo violento. Un grito largo y desgarrador escapó de sus labios. Sus músculos se cerraron alrededor de mí como una mordedura, apretándome, succionándome, arrancándome el último aliento. Sentí el torrente de su orgasmo, una ola de calor que me inundó, que me consumió.

Eso fue todo lo que necesitaba.

Con un último rugido, me derrumbé. El orgasmo me golpeó como una patada en el estómago, una explosión cegadora que me dejó vacío. Me derramé dentro de ella, en espasmos largos y violentos, marcándola, reclamándola, maldiciéndola.

Nos quedamos así, pegados a la puerta, temblando, respirando con dificultad. El silencio que siguió fue absoluto, roto solo por el eco de nuestra respiración y el redoble de la lluvia.

Me separé de ella con una lentitud dolorosa. Se deslizó por la puerta hasta quedar en el suelo, desnuda, temblando, con la cabeza entre las rodillas. Me apoyé en la puerta, sintiéndome más viejo y más cansado que nunca.

No nos miramos. No podíamos.

Lo que acabábamos de hacer no tenía nombre. No era amor. No era sexo. Era una batalla. Y ambos habíamos perdido.

Después de una eternidad, se levantó. Se vistió en silencio, con movimientos lentos y automáticos.

—Esto no puede volver a pasar —dijo, y su voz sonó vacía, sin vida.

No respondí. No había nada que decir.

Tenía razón. Pero ambos sabíamos que era una mentira.

Porque esto, este fuego destructor, esta locura, era lo único que nos mantenía con vida.

Y volveríamos a por él. Una y otra vez. Hasta que nos quemara hasta los cimientos.

El silencio llegó como un golpe. Siempre lo hacía. Pero esta vez pesaba más. Porque no era solo físico.

Noa no me miraba. Mala señal.

—Esto… —Empezó.

Se detuvo.

—Lo sé —dije.

No lo sabía todo. Pero sabía suficiente.

Levantó la mirada al final. Y ahí estaba. El cambio. Ligero pero claro.

Confianza. Mínima. Inestable. Peligrosa. Y miedo. Más que antes.

—Esto no debería hacerme confiar en ti —dijo.

Tragué saliva.

—No debería.

Silencio.

—Pero lo hace —añadió.

Eso… eso sí que era peligroso. Porque ahora no era solo deseo. Era un vínculo. Y eso era lo que lo complicaba todo.

—Noa…

—No digas nada.

Asentí. Porque tenía razón. Las palabras no iban a arreglar esto. Nada lo iba a hacer. Se apartó un poco más, pero no se fue.

—Ya no estamos jugando —murmuró.

La miré.

—Nunca lo estuvimos.

Pero ahora, los dos lo sabíamos. Y eso cambiaba las reglas. O las rompía. Que venía a ser lo mismo.

Capítulo 20



Noa

La noticia de Maribel no llegó como una explosión. Llegó peor.

Como el tipo de silencio que no encajaba en un lugar donde siempre había ruido.

El bar seguía funcionando igual que siempre cuando entré aquella mañana. Música baja, vasos chocando, el olor a café quemado mezclado con alcohol barato. Gente entrando y saliendo como si el mundo fuera estable.

Pero algo no lo era. Lo noté antes incluso de preguntar.

Tasha estaba detrás de la barra con la mandíbula tensa. Jade evitaba mirar a nadie. Y Victor… Victor estaba en su mesa habitual, impecable como siempre, hojeando unos papeles sin prisa, como si nada en el universo pudiera alterarle el pulso.

Eso ya era una respuesta.

Me acerqué a Lena, que limpiaba una mesa sin necesidad real de hacerlo.

—No está —dijo antes de que yo hablara.

No pregunté quién. No hacía falta.

—¿Desde cuándo?

Lena dejó el trapo sobre la mesa con demasiada calma.

—Desde anoche.

El aire cambió. No de golpe, sino de forma lenta. Como si el cuerpo tardara en entender que algo se había roto.

—¿Y nadie ha hecho nada? —pregunté.

Lena soltó una risa sin humor.

—¿Quién? ¿Victor? Está molesto. Eso es lo más cercano a "preocupación" que vas a ver aquí.

Miré hacia su mesa. Él levantó la vista en ese momento. Solo un segundo. Y me sonrió. Un gesto mínimo, pero educado. Incorrecto.

Aparté la mirada.

—Eso no es normal —dije.

—Aquí nada lo es —respondió Lena—. Solo que tú estás empezando a verlo.

Sentí algo tensarse dentro del pecho. No era miedo exactamente. Era comprensión. Y eso era peor.

Maribel no era del tipo de persona que desaparecía. Era del tipo que pedía perdón incluso cuando no tenía culpa.

Del tipo que preguntaba antes de hablar. Del tipo que miraba al suelo cuando alguien alzaba la voz. Y eso la hacía peligrosa aquí.

Porque en este sitio, la gente como ella no desaparecía. La hacían desaparecer.

Intenté respirar con normalidad mientras volvía a la barra.

—Voy a preguntar —dije.

Lena me agarró del brazo. Fuerte. Demasiado fuerte.

—No.

—Sí.

—Noa.

Me solté.

—No podemos quedarnos quietas.

—Y tampoco podemos morir, ¿recuerdas?

La miré.

—¿Entonces qué hacemos?

Lena dudó. Un segundo. Dos.

—Sobrevivir… y pensar.

—Ya estoy pensando.

—No, estás entrando en pánico.

Victor se levantó de su mesa cuando pasé cerca. No me llamó. No me detuvo. Solo habló detrás de mí.

—Noa.

Me giré despacio. Él seguía sentado. Sereno. Perfecto.

—Estás distraída últimamente.

No dije nada.

—Eso es peligroso —añadió.

Su tono no era amenazador. Era una observación. Que era mucho peor.

—Solo trabajo —respondí.

Él asintió. Como si aceptara esa respuesta. Como si ya supiera que era mentira.

—Claro.

Y volvió a sus papeles. Como si la conversación no hubiera existido.

Salí del bar diez minutos después. Lena vino conmigo.

—Vamos a hacer algo estúpido —dijo.

—Siempre haces cosas estúpidas.

—Sí, pero esta vez contigo.

Eso no me tranquilizó.

Seguimos a Victor esa misma tarde. Fue idea de Lena. O lo que ella llamó "investigación emocionalmente irresponsable".

El problema fue el taxi. O la falta de él. O el hecho de que corrimos tres manzanas detrás de un coche que claramente no pensaba esperar a dos idiotas con ansiedad existencial.

—¡Te dije que giraba ahí! —gritó Lena.

—¡Y yo te dije que ibas a perderlo!

—¡No es perderlo si aún lo veo!

—¡Eso no tiene sentido!

Un peatón nos miró como si estuviéramos locas. Probablemente lo estábamos.

Al final lo perdimos. Por supuesto.

Nos quedamos en mitad de la calle, respirando fuerte, sudando, con la dignidad hecha polvo.

—Esto ha sido muy poco profesional —dijo Lena.

—Esto no es un trabajo.

—Eso es lo peor.

Volvimos al bar más tarde. Victor regresó poco después que nosotras. Como si nunca se hubiera ido. Como si no hubiera nada que ocultar.

Eso era lo que más miedo daba. Lo limpio. Lo perfecto. Lo controlado.

Me apoyé en la pared junto a la entrada de servicio. Lena se acomodó a mi lado.

—No lo vamos a pillar así —dijo.

—Entonces, ¿cómo?

No respondió. Y eso fue respuesta suficiente.

Más tarde, algo cambió. Jade mencionó que Maribel "había subido con un cliente especial". Miré a Lena. Lena me miró a mí.

—Eso no es una frase normal —susurró ella.

No. No lo era.

Esa noche, cuando el bar cerraba parcialmente una zona del local, me moví sin pensar. Escuché voces. Bajas. Desde la oficina de Victor. No debería haber estado allí. Pero estaba.

Y eso fue el problema. Me acerqué. Lenta. Demasiado lenta. Y entonces lo escuché. Un nombre. Después una fecha. No entendí el contexto. Pero entendí suficiente. Demasiado.

La puerta se abrió detrás de mí. No la vi venir. Solo sentí el silencio cambiar.

Victor estaba ahí. Detrás. Ni enfadado ni sorprendido. Solo… presente.

—Noa —dijo.

Me giré. Él miró hacia la oficina. Luego a mí. Y sonrió. No como antes. Peor.

—Tienes curiosidad.

No respondí.

—Eso es bueno —añadió—. Hasta cierto punto.

El mundo se hizo pequeño. Muy pequeño.

—Solo estaba limpiando —mentí.

—Por supuesto.

Silencio. Su mirada no se movió.

—Ten cuidado —dijo finalmente.

Y se fue. Sin más.

Esa noche no dormí bien. Ni Lena tampoco.

Nos quedamos en su apartamento mirando el techo como si el techo pudiera darnos respuestas.

—Estamos dentro —dijo ella.

—Ya lo estábamos.

—No así.

Eso era lo peor. Tenía razón.

Pensé en Maribel. En su forma de reír bajito. En cómo siempre pedía permiso. En cómo desapareció sin ruido. Y en cómo nadie parecía querer hablar de ello.

Pensé en Victor. En su sonrisa. En su calma. En cómo alguien puede ser peligroso sin levantar la voz.

Y pensé en Mia. Como siempre. Pero esta vez diferente.

No como culpa ni como ausencia. Sino como línea roja.

Me giré en la cama.

—Lena.

—¿Qué?

—Si me pasa algo…

—No termines esa frase —me cortó.

Me quedé en silencio. Ella también.

Y en ese momento entendí algo.

No era solo el bar. No era solo Maribel. No era solo Victor. Era un sistema. Y yo ya estaba dentro. Pero ahora… ahora estaba empezando a ver las paredes.

Y cuando empezabas a ver las paredes… ya no puedes ignorarlas.

La mañana siguiente no trajo claridad. Solo una versión más limpia del mismo problema.

El tipo de día en el que todo parece normal desde fuera, pero por dentro las cosas ya están torcidas y no hay forma de enderezarlas sin romper algo.

Lena estaba en la cocina cuando salí de la habitación. Café fuerte, demasiado fuerte. Olor a tostadas quemadas. Radio encendida sin volumen real, solo ruido de fondo para fingir que el silencio no existía.

Me apoyé en la encimera.

—No he dormido —dije.

—Yo tampoco —respondió ella sin mirarme.

Eso no era raro. Lo raro era el tono. Más serio. Menos teatro.

Me serví café sin preguntar.

—He estado pensando —dije.

Lena soltó una risa breve.

—Eso es lo preocupante.

No le devolví la broma. Esta vez no.

Me senté frente a ella.

—Maribel no es de las que desaparece así.

Lena bajó la mirada al café.

—Ya lo sé.

Silencio. No incómodo. Peor.

Uno de esos silencios en los que ambas sabíamos que la siguiente frase iba a cambiar algo.

Y aun así no podíamos evitarla.

—Subió con un cliente —dije.

—Eso dicen.

—¿Y tú lo crees?

Lena apretó la taza con fuerza.

—No importa lo que crea.

—Sí importa.

Ahí levantó la vista.

—Noa… en este sitio, creer cosas es peligroso.

Eso me dolió más de lo que debería. Porque no era una advertencia. Era experiencia.

Me quedé un segundo mirando la mesa. La madera gastada. Las marcas viejas. Las cosas que nadie limpiaba del todo.

Y pensé que al final todo dejaba rastro… menos las personas que desaparecían.

—No lo estás diciendo —murmuré.

—¿El qué?

—Lo que piensas.

Lena respiró hondo.

Luego dejó la taza en la mesa con más cuidado del necesario.

—Pienso que si Maribel no vuelve… nadie va a hacer preguntas que no quiera responder.

Esa frase se quedó suspendida entre nosotras. Como una piedra en el aire.

—Victor sabe algo —dije.

Lena no respondió de inmediato. Y cuando lo hizo, fue demasiado honesta.

—Victor siempre sabe algo.

Eso fue lo peor. Que no era sorpresa, sino confirmación.

Me levanté y empecé a caminar por la cocina sin rumbo. No era ansiedad. Era energía sin salida.

—Ayer escuché algo —dije.

Lena se tensó.

—¿Qué?

—Un nombre.

—Noa…

—Y una fecha.

Silencio. Esta vez sí era incómodo. Esta vez sí era pesado.

Lena se levantó también.

—¿Dónde?

—En la oficina de Victor.

Eso la hizo quedarse quieta. Totalmente quieta.

—No deberías haber estado allí.

—Ya.

—Noa.

—Lo sé.

Pero no lo sentía como una reprimenda. Lo sentía como una constatación.

Lena se pasó una mano por el pelo.

—Esto se está complicando.

—Ya estaba complicado.

—No así.

Me acerqué a ella. Más despacio. Más consciente.

—Maribel no es la primera, ¿verdad?

No respondió. Pero no necesitaba hacerlo. Su silencio era suficiente.

Sentí algo raro en el pecho. No era miedo exactamente. Era otra cosa. Algo más frío. Más estable. Como cuando entendías que el peligro no era un evento puntual… sino el lugar en el que estás viviendo.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

Lena soltó aire por la nariz. Sin humor.

—Sobrevivimos.

—Eso no es un plan.

—Es el único que tenemos.

Me apoyé contra la pared, cerré los ojos un segundo y pensé en Maribel. En su voz. En su forma de moverse. En cómo no encajaba en nada peligroso y aun así estaba dentro.

Y entonces pensé en mí. Y eso fue peor.

—Noa —dijo Lena más bajo, y abrí los ojos.

—Si estás pensando en ir a Victor…

—No he dicho eso.

—Pero lo estás pensando.

No lo negué. Porque no podía.

El aire entre nosotras cambió otra vez y se volvió más denso.

—No puedes enfrentarte a él directamente —dijo Lena.

—¿Por qué?

—Porque no juega limpio.

—Nadie aquí juega limpio.

—Él, menos.

Eso lo sentí de verdad. En la piel.

Me acerqué a la ventana. La calle parecía normal. Eso era lo inquietante. Gente caminando. Coches. Vida.

Como si debajo de todo eso no hubiera nada roto.

—Si no hago nada —dije en voz baja—, soy cómplice.

Lena se acercó detrás de mí.

—Si haces algo mal, estás muerta.

No respondí. Porque las dos frases eran verdad.

Y eso no ayudaba.

El silencio volvió. Pero esta vez era distinto. Más tenso. Como una cuerda demasiado estirada.

—No puedes salvar a todo el mundo —dijo Lena finalmente.

Me giré.

—No intento salvar a todo el mundo.

—¿Entonces qué?

No respondí. Porque la respuesta era incómoda. Demasiado honesta.

Intento que no desaparezcan delante de mí.

Lena me observó. Como si ya hubiera entendido lo que no había dicho.

—Esto te está cambiando —murmuró.

—Ya era hora.

—No en ese sentido.

Me acerqué a ella otra vez.

—¿Tú qué harías si fuera yo?

Lena no dudó. Eso fue lo peor.

—Te sacaría de aquí.

—No puedes.

—Lo intentaría igual.

Tragué saliva y se me formó un nudo en la garganta.

—Maribel no tenía a nadie que intentara nada —dije.

Lena bajó la mirada. Esa frase la golpeó.

—Noa… —Empezó. Pero no terminó.

Porque no había final cómodo para esto.

Me alejé un paso. Luego otro.

—Voy a hablar con él.

Lena levantó la cabeza de golpe.

—No.

—Sí.

—Eso es exactamente lo que quiere.

—Entonces que lo tenga.

Lena me miró como si no me reconociera del todo. O como si por fin me reconociera demasiado.

Me puse la chaqueta y Lena no me detuvo. Pero cuando pasé a su lado, me agarró la muñeca con fuerza. Esta vez no lo hizo para retenerme del todo. Solo para anclarme.

—Si haces esto —dijo—, lo haces conmigo.

La miré.

—No tienes que…

—No termines esa frase —me cortó—. Porque voy contigo.

Nos quedamos así un segundo. Dos personas demasiado conscientes de que estaban cruzando algo que no sabían deshacer.

Y entonces lo entendí. No era solo miedo. No era solo Maribel, ni era solo Victor.

Era que ya no estaba sola dentro de esto. Y eso lo cambiaba todo.

Salimos juntas. Sin plan. Sin garantías. Solo con una certeza incómoda. Que a partir de ese momento, ignorar lo que estaba pasando ya no era una opción.

Y mirar hacia otro lado… tampoco.

Capítulo 21



Darek

Había patrones que no necesitaban pruebas para sentirse reales. Solo repetición, tiempo.

La incomodidad de ver cómo piezas que no deberían encajar encajaban demasiado bien.

Tenía los datos delante de mí. Pantalla abierta. Archivos cruzados. Rutas de entrega. Movimientos del bar. Registros incompletos. Y nombres que no se repetían nunca en voz alta, pero sí en los silencios.

El tipo de información que nadie te daba de forma directa. El tipo de información que tenías que arrancar de los bordes.

Todo apuntaba a lo mismo. Pero aún no lo suficiente. Ese era el problema.

En mi trabajo, lo evidente no servía. Solo lo demostrable. Y lo demostrable aún no existía.

Marcus lo sabía. Por eso la llamada llegó cuando menos la necesitaba.

El móvil vibró sobre la mesa. Lo cogí sin mirar.

—Habla.

—Estás tardando —dijo él.

Su voz era seca. Sin saludo. Sin contexto. Solo presión.

Me recosté en la silla, mirando la pantalla.

—Estoy cruzando datos.

—Eso ya lo llevas diciendo días.

—Porque es lo que estoy haciendo.

Silencio. Marcus no discutía por discutir. Solo cuando veía peligro real.

—Necesitamos nombres —dijo al final.

Apagué la pantalla un segundo y el reflejo del monitor me devolvió mi propia cara. Cansada y tensa.

—Los tendrás —respondí.

—Más te vale.

Y colgó. Así. Sin más.

Me quedé quieto unos segundos, mirando la oscuridad de la pantalla apagada. Porque había algo en todo esto que no encajaba.

No era solo corrupción, ni tráfico. No era solo dinero moviéndose donde no debía. Era selección.

Chicas del bar. Siempre el mismo patrón. Siempre el mismo vacío en los registros. Siempre el mismo tipo de desaparición.

Silenciosa. Controlada. Limpia.

Y alguien dentro del sistema estaba facilitándolo.

Suspiré y volví a revisar lo que tenía.

Fotos. Nombres. Rutas. Conexiones marcadas con líneas rojas. Demasiado ordenado para lo que era en realidad. Demasiado feo para ser casual.

Y entonces lo vi. El patrón completo. No en los datos grandes, sino en los pequeños fallos.

Los huecos. Las ausencias. Siempre el mismo intermediario. Siempre el mismo tipo de movimiento, el mismo entorno.

El bar.

Me pasé una mano por la cara. No era una conclusión agradable. Porque si el bar era el punto común… entonces Noa también lo era.

Me quedé quieto. Demasiado quieto.

El móvil volvió a sonar. Otro mensaje. Marcus otra vez.

Marcus: *Chica desaparecida del bar. Última vez vista ayer.*

El aire cambió. Literalmente. Como si la nave se hubiera vuelto más pequeña.

Leí el mensaje otra vez. Luego otra.

Chica del bar. Desaparecida.

Ya no era una teoría, ni una simple investigación. Era un patrón confirmado.

Y Noa estaba dentro de ese patrón.

Salí de la nave sin pensar, cogiendo las llaves de la moto. Me movía en automático, con el cuerpo yendo más rápido que la cabeza.

Porque algo dentro de mí ya había decidido antes que yo. Esto ya no era el caso.

Esto era ella.

Conduje sin respetar semáforos. Sin respetar tráfico. Sin respetar nada que no fuera la urgencia que me estaba quemando por dentro.

El aire frío golpeándome la cara no ayudaba. Nada ayudaba.

Pensé en Noa sin querer, sin controlarlo.

Su forma de mirar cuando no confiaba. Su forma de hablar cuando sí. Su forma de cerrar el mundo alrededor de ella como si fuera una habitación sin puertas.

Y algo en todo eso encajaba demasiado bien con el patrón.

Apreté el acelerador y el bar apareció al final de la calle como siempre.

Luces bajas. Entrada discreta. Normalidad falsa. Pero yo ya no veía normalidad.

Aparqué la moto sin frenar del todo el impulso interno.

Entré y el ruido me golpeó primero.

Música. Voces. Cristales. Vida artificial.

Y entonces la vi.

Noa estaba de pie. Cerca de la barra. Tensa. No como antes. Sino como alguien que ya había tomado una decisión.

Victor estaba allí sentado. Tranquilo, como siempre, y sonriendo.

Esa sonrisa no me gustó. No era social ni amable. Era consciente.

Como si supiera algo.

Me moví hacia la zona lateral del bar sin ser visto aún.

Noa hablaba. No podía oírla bien, pero su postura decía suficiente. No era defensa. Era confrontación.

Victor la observaba como si fuera una conversación privada entre dos personas que no compartían el mismo nivel de realidad.

Y eso fue lo que me hizo acelerar el paso. Algo estaba pasando. Algo ya había empezado.

Me acerqué lo suficiente para oír fragmentos. No todos, solo los necesarios.

—No puedes seguir ignorando esto —decía Noa.

Victor inclinó ligeramente la cabeza, como si escuchara algo interesante.

—Estás jugando a algo peligroso —le dijo él.

Su voz era suave. Demasiado suave.

Noa no apartó la mirada.

—No tanto como tú.

El aire se tensó. Lo sentí incluso desde donde estaba.

Victor sonrió.

—La diferencia —dijo él— es que yo siempre gano.

Silencio. Ese tipo de silencio que no era una simple pausa, sino una antesala.

Noa respiró hondo, pero no retrocedió.

Y entonces la vi de verdad.

No era rabia ni miedo. Era algo más peligroso.

Determinación.

Me moví otro paso.

Victor levantó la mirada ligeramente. Y por primera vez me vio.

Solo un segundo. Pero suficiente.

Su sonrisa cambió. Sutil. Reconocimiento. Como si esto ya lo hubiera previsto. Como si todo estuviera exactamente donde debía estar.

Y entonces lo entendí.

Esto no había empezado hoy. Ni con Noa. Ni conmigo. Ni con la chica desaparecida.

Esto llevaba tiempo en marcha. Yo solo había llegado tarde a verlo.

Noa dio un paso adelante, Victor no se movió. Y yo tampoco llegué a intervenir. Al menos no todavía.

Porque algo en el aire decía que si lo hacía ahora, rompería algo antes de entenderlo.

—¿Dónde está Maribel? —preguntó Noa, directo y sin rodeos.

Victor no respondió de inmediato. Solo la miró. Luego inclinó la cabeza.

—Siempre tan impaciente —murmuró.

Noa apretó la mandíbula.

—No juegues conmigo.

Victor soltó una pequeña risa. Sin humor. Sin emoción. Y entonces dijo:

—No estoy jugando contigo. Estás jugando conmigo tú.

El aire se volvió más pesado. Me acerqué otro paso. Ahora sí, dejando que me vieran.

Noa me vio. Un segundo. Solo uno.

Y algo cambió en su expresión. No era alivio ni sorpresa. Era algo más complejo. Conciencia.

Victor también me vio. Y su sonrisa se amplió ligeramente. Como si esto fuera exactamente lo que quería.

—Llegas tarde —dijo Victor sin mirarme del todo.

No respondí. Porque ahora entendía el problema. No era solo una desaparición. Era un sistema. Y Noa estaba en el centro de él sin saberlo del todo.

Me acerqué a ella solo un paso. Noa no se movió, pero la tensión en su cuerpo cambió.

Ahora no era solo contra Victor. Era contra todo.

Victor apoyó las manos en la mesa, se levantó despacio y dijo:

—Qué interesante.

Silencio.

Noa respiró. Yo también.

Y en ese instante exacto todo estaba a punto de romperse.

Victor miró a Noa. Luego a mí. Y volvió a sonreír. Como si ya supiera el final. Y dijo, muy despacio:

—Estás jugando a algo peligroso.

Noa no bajó la mirada.

—No tanto como tú —respondió.

Victor inclinó ligeramente la cabeza.

—La diferencia es que yo siempre gano.

Y el mundo se quedó congelado ahí. Justo antes de que todo explotara.

Capítulo 22



Noa

El tiempo no avanzó cuando Victor terminó su frase.

Se detuvo como si el bar entero hubiera decidido dejar de respirar.

—La diferencia es que yo siempre gano —había dicho.

Y durante un segundo, nadie respondió.

Ni el ruido de fondo. Ni los vasos. Ni la música. Solo ese vacío tenso entre tres personas que ya no estaban fingiendo nada.

Victor sonreía. Darek estaba quieto. Y yo… yo estaba intentando no romperme por dentro.

No era miedo lo que sentía, era claridad. Demasiada.

—¿Dónde está Maribel? —repetí.

Mi voz salió más firme de lo que me sentía. Victor ladeó la cabeza, como si la pregunta le resultara aburrida.

—Trabajando.

—No ha vuelto a casa.

Silencio. Breve y controlado, pero ya no era el silencio de antes. Era el de alguien midiendo cuánto decir.

Darek estaba a mi lado. Lo sentía más que lo veía. Su presencia no era invasiva. Era constante. Como una tensión contenida.

Como si su cuerpo ya estuviera preparado para intervenir, aunque aún no lo hubiera decidido.

Victor nos observó a los dos. Luego volvió a mí. Solo a mí. Y ahí cambió algo.

Dejó de fingir.

Se levantó despacio, demasiado despacio, y caminó hacia nosotros como si el espacio le perteneciera. Como si siempre le hubiera pertenecido.

—Deberías centrarte en lo tuyo —dijo—. Tu hija, por ejemplo.

Eso no fue una amenaza directa. Fue peor. Fue precisión. Fue conocimiento.

Sentí el golpe antes de entenderlo. En el estómago. En el pecho. En la garganta.

Y algo dentro de mí se tensó de forma instintiva.

Darek se movió. Lo vi de reojo. Un cambio mínimo. Un impulso contenido. Pero lo frené. Solo con una mirada.

Victor lo notó. Por supuesto que lo notó.

Sonrió otra vez. Esa sonrisa suya que no era alegría. Era control.

—Interesante dinámica —murmuró.

El aire se volvió más pesado.

Sentí a Lena detrás de mí antes de verla. Siempre demasiado rápida para el caos.

—Vale —dijo ella, demasiado alto—. Si la has matado, al menos dilo.

Silencio absoluto. Victor ni la miró. Ni siquiera reaccionó. Como si no existiera.

Pero yo sí la miré. Solo un segundo. Y ese segundo fue suficiente para entender que esto ya había pasado el punto de retorno.

Victor volvió a mí. Más cerca ahora. Demasiado cerca.

—No sabes en qué te estás metiendo —dijo.

Tragué saliva, pero no retrocedí.

—No —respondí—. Pero tú sí sabes con quién te estás metiendo ahora.

Silencio. Esta vez, distinto. Más peligroso.

Victor me observó durante unos segundos largos. Luego sonrió. Pero menos.

Como si algo no le hubiera gustado.

Y eso… eso fue lo único que me dio una mínima ventaja.

Darek habló por primera vez.

—Esto no es una conversación que debas tener aquí.

Su voz era baja. Controlada. Pero había algo en ella. Algo tenso. Algo contenido.

Victor lo miró por fin. De verdad. Como si lo estuviera evaluando.

—Tienes razón —dijo él—. Pero ya la estás teniendo.

Darek dio un paso más cerca de mí. No invasivo, pero presente.

—No deberías estar aquí sola —murmuró.

Me giré hacia él, lentamente.

—No estoy sola —respondí.

Y no sabía si era verdad. O si era lo único que quería creer.

Victor dio un paso hacia atrás, como si la escena ya le aburriera.

—Esto no ha terminado —dijo.

Luego se giró y volvió a su mesa. Como si nada hubiera pasado. Como si todo siguiera bajo control. Y eso fue lo más inquietante de todo.

Salí del bar sin pensar. Sin despedirme. Sin mirar atrás. Solo aire. Solo ruido de ciudad. Solo el pulso en la cabeza.

Lena me siguió.

—Noa.

No respondí.

—Noa, espera.

Me detuve. No porque quisiera, sino porque no podía seguir caminando igual.

—Esto es mucho peor de lo que pensaba —dije.

Lena no discutió. No esta vez.

—Sí —respondió.

Y ese sí lo dijo todo.

Nos quedamos en la acera, en aquella calle húmeda. Con sus luces frías. La ciudad seguía viva. Y dentro de mí era todo lo contrario.

Pensé en Maribel. En su ausencia. En cómo se había borrado sin ruido.

Pensé en Victor. En su sonrisa. En su calma.

Y pensé en Mia. Como siempre. Pero esta vez no como herida. Sino como amenaza posible.

Porque si él sabía de ella, entonces no había límites.

Sentí náuseas Y entonces lo vi. Darek estaba saliendo del bar. Solo.

—Tenemos que hablar —dijo.

No había duda en su voz. Solo necesidad.

Suspiré, cansada.

—Ahora no —respondí.

Pero no me moví. Y ese fue el error. Porque me quedé. Porque él también.

Y porque el mundo, otra vez, parecía demasiado pequeño para lo que estaba a punto de pasar.

Darek miró alrededor. Luego a mí. Y lo soltó. Sin preparación. Sin rodeos.

—Soy policía.

Silencio. No entendí primero. No porque no escuchara, sino porque el cerebro no quiso aceptar la frase.

Policía.

Repetí la palabra dentro de mí. Una vez. Dos. Y entonces todo cambió de sitio.

El bar. Victor. Maribel. Darek. Yo. Todo.

—¿Cuánto tiempo llevas con esto? —pregunté.

Mi voz no era la misma.

—Meses —respondió.

Silencio. Más pesado esta vez.

—¿Todo esto…? —empecé—. ¿Nosotros…?

No terminé la frase. No hacía falta.

Darek no respondió. Y eso fue la respuesta.

Sentí algo romperse.

—Genial —dije.

Mi voz salió rota.

—Me acuesto con un motero infiltrado. Justo lo que necesitaba para mejorar mi vida.

Intenté reír, pero no salió bien.

Darek no reaccionó. Solo me miró.

Como si le doliera más de lo que decía.

—Esto no es lo que crees —dijo.

Me crucé de brazos por instinto. Como defensa.

—Eso lo dicen todos.

—La banda no es lo que parece.

—Ya.

—Hay alguien dentro.

Silencio. Eso sí lo registré. Pero ya no importaba igual. Porque el daño ya estaba hecho.

—Dime que al menos algo era real —dije.

Darek dio un paso hacia mí. No lo suficiente para tocarme, pero sí lo suficiente para que lo sintiera demasiado cerca.

—Tú lo eres —dijo.

Tragué saliva.

—Eso no responde a mi pregunta.

Y por primera vez no supo qué decir.

Lo miré de verdad. Sin filtros. Sin capas. Sin nada que protegerme del impacto.

Y entendí algo que dolía más que la traición. Que no era el único que había mentido. Que yo también había empezado a confiar. Y eso me rompía en dos direcciones distintas.

—No vuelvas a buscarme —dije.

No gritaba. No hacía falta. Darek no respondió. Y eso fue lo último.

Me giré y me fui.

Sin correr, pero sin detenerme.

Y detrás de mí, el mundo seguía. Pero ya no era el mismo.

El problema de que el mundo se rompiera por dentro no era el dolor. Era el hecho de que seguía funcionando igual por fuera.

La gente seguía entrando al bar como si nada hubiera pasado. Las luces seguían encendiéndose en el mismo orden. Las conversaciones seguían teniendo ese tono banal que ahora me resultaba ofensivo. Y yo seguía respirando.

Eso era lo más absurdo de todo.

Caminé sin rumbo durante unos minutos. O eso pensé. Porque en realidad solo estaba intentando no pensar en Darek.

Ni en la palabra. Ni en lo que significaba.

Policía.

Se repetía dentro de mi cabeza como un eco sucio. No encajaba con nada de lo que había sentido. Y eso era lo peor.

Lena me alcanzó en la esquina. No dijo nada al principio, solo caminó a mi lado. Como si supiera que cualquier palabra iba a romper algo que ya estaba demasiado frágil.

—Vale —dijo al final—. Punto positivo: no era un asesino en serie.

Me detuve en seco y la miré.

—No ayudas.

—Lo intento.

—Mal.

—Sí, lo sé.

Soltó aire por la nariz. Luego se encogió de hombros. Ese gesto suyo que siempre intentaba disfrazar el caos de normalidad.

—Aunque pensándolo bien —añadió—, técnicamente podría haber sido peor.

—¿Cómo, exactamente?

—Podría haber sido un policía corrupto.

—No me estás ayudando.

—Estoy calibrando el trauma.

Eso casi me hizo reír. Casi. Pero se quedó a medio camino. Como todo lo demás últimamente.

Seguimos andando sin destino claro, solo alejándonos del bar. De Victor. De Darek. De todo lo que acababa de romperse sin hacer ruido.

Pero el problema era que ya no podía desvelarlo. No podía volver atrás. Y eso me enfadaba más que el dolor.

—No encaja —murmuré y Lena me miró.

—¿Qué?

—Todo.

—Eso es muy específico.

—No.

Me detuve otra vez. Esta vez de verdad.

El aire de la calle era frío. Demasiado limpio para lo que llevaba dentro.

—Maribel desaparece sin dejar rastro —dije—. Victor no se preocupa. Darek estaba investigando algo. Y ahora resulta que es policía.

Lena frunció el ceño.

—Suena a problema.

—Suena a patrón.

Silencio. Ahí lo sentí. Ese clic mental. Ese momento en el que las piezas dejan de ser ruido.

—No es solo el bar —dije en voz baja.

Clientes que no bebían. Miradas que duraban demasiado poco. Conversaciones que se detenían cuando pasaba cerca.

Victor siempre en el centro, pero nunca manchándose las manos.

Y las chicas. Las ausencias. Los silencios.

Tragué saliva.

—Está pasando algo —dije, y Lena asintió.

—Sí.

—Y nadie lo está diciendo.

—Eso también es parte del sistema.

Me pasé una mano por la cara. Y entonces lo pensé de verdad. Por primera vez, sin huir de la idea.

Darek. Policía. Infiltrado. Y aun así mirándome como si yo fuera real.

Eso no encajaba con la mentira fácil. Encajaba con algo más complicado. Más peligroso.

—Tengo que hablar con él —dije.

Lena me miró como si hubiera perdido la cabeza.

—No.

—Sí.

—Noa.

—Lena.

Silencio. Luego suspiró.

—Esto es una idea horrible.

—Lo sé.

—Y aun así la vas a hacer.

—Sí.

No discutió más. Porque me conocía demasiado bien.

Lo encontré cerca del final de la calle. Solo. Apoyado contra una pared. Demasiado quieto para alguien que acababa de destruirme la vida.

Cuando me vio, no se movió. No se sorprendió. Solo esperó. Eso me molestó.

Me acerqué despacio, sin saber exactamente qué iba a decir. O qué iba a hacer.

Nos quedamos frente a frente y el mundo alrededor volvió a desaparecer. Otra vez.

—No confío en ti —dije. Directo y sin rodeos.

—Lo sé —me respondió.

Demasiado rápido y demasiado honesto. Eso me descolocó un segundo.

Respiré hondo.

—Pero quiero respuestas.

Silencio. Darek me miró como si estuviera decidiendo algo interno. Como si esto ya lo hubiera visto venir.

—Bien —dijo al final.

Solo eso. Y eso fue lo que cambió todo. Porque ya no éramos lo que habíamos sido antes.

Ni desconocidos. Ni mentira. Ni accidente. Éramos algo intermedio. Algo peor.

—Si me mientes otra vez —dije lentamente—, te arruino la vida.

No levanté la voz. No hizo falta.

Darek suspiró. Casi una risa.

—Tendrás que hacer cola.

Me quedé mirándolo. Un segundo. Dos. Y, contra todo pronóstico, no me sentí completamente sola.

Eso era lo peligroso. El silencio entre nosotros no era incómodo. Era activo.

Como si estuviera llenándose de cosas que aún no nos habíamos atrevido a decir.

Darek se separó ligeramente de la pared.

—Maribel no es el único caso —dijo.

Eso ya lo sabía, pero escucharlo confirmado lo hizo real.

—¿Cuántos? —pregunté.

Dudó un segundo.

—Suficientes.

Eso no era una respuesta. Era una advertencia.

—Victor está dentro —añadí.

Darek asintió. Sin sorpresa.

—Y alguien más también.

Me tensé.

—¿Quién?

—Aún no lo sé.

Silencio. Esta vez más pesado. Pero había algo distinto. Ya no estábamos separados por desconocimiento. Estábamos dentro del mismo problema.

Eso lo cambiaba todo.

—Esto no va a terminar bien —murmuré.

Darek me miró.

—No tiene que terminar bien —dijo—. Solo tiene que terminar.

Y por primera vez, no discutí.

Capítulo 23

Darek

No me gustó la idea desde el primer segundo.

Noa envuelta en esto. En mi terreno.

En algo que, hasta hacía nada, era exactamente lo que yo quería: mantenerla fuera. Pero las cosas ya no funcionaban así. Nada funcionaba así.

Ella estaba allí porque ya había cruzado la línea antes que yo supiera siquiera dónde estaba la línea. Y yo estaba allí porque no había otra opción.

Porque Victor existía. Porque el patrón existía. Porque Lena había desaparecido.

Y porque todo, absolutamente todo, empezaba a encajar de la peor forma posible.

Le expliqué lo básico en una mesa trasera del bar, lejos de miradas, con el ruido de fondo amortiguado como si el lugar intentara fingir normalidad.

Noa no se sentó de inmediato. Se quedó de pie, con los brazos cruzados, mirándome como si todavía estuviera decidiendo si debía pegarme o escucharme.

—Sospechas sobre la banda —empecé—. No oficiales. Pero consistentes.

—Qué bonito suena cuando lo dices así —murmuró ella.

No la miré. Seguí.

—Movimientos de mercancía que no encajan. Rutas que no pasan por los canales habituales. Dinero que entra y sale sin lógica.

—Eso suena a crimen organizado genérico —dijo.

—Lo es. Pero aquí hay algo más.

Ahora sí me miró.

—¿El qué?

No respondí de inmediato, porque esa era la parte que aún no quería verbalizar del todo.

—Un infiltrado —dije al final.

El silencio que siguió fue distinto. No el habitual entre nosotros. Este era más pesado. Más real. Noa dejó de cruzarse de brazos.

—¿Dentro de la banda?

Asentí.

—Alguien está moviendo piezas desde dentro. Y no es Victor… pero Victor lo sabe.

Eso cambió algo en su expresión. No mucho, pero suficiente.

—¿Y por qué debería creerte ahora? —preguntó.

No era una provocación. Era una pregunta legítima. Y dolía más por eso.

—Porque ya no tengo interés en mentirte —respondí.

Noa soltó una risa breve. Sin humor.

—Eso no es una razón. Es una frase.

—Es lo único que tengo que ofrecerte ahora.

Silencio.

El bar seguía vivo alrededor, ajeno a nosotros, como si la realidad no nos hubiera alcanzado todavía. Noa miró la mesa. Luego a mí.

—Vale —dijo al fin—. Continúa.

Y ese "vale" no era confianza. Era decisión.

Le hablé del sospechoso. Sin nombres todavía. Sin detalles que pudieran romperlo todo demasiado pronto. Solo patrones.

Movimientos, anomalías. Y mientras hablaba, la vi cambiar. No de forma emocional, sino mental.

Como si su cabeza empezara a reconstruir el lugar donde ella llevaba años sobreviviendo… pero desde otra perspectiva.

—Hay clientes que no beben —dijo de repente.

Me detuve.

—¿Qué?

—No beben. Nunca. Se sientan. Observan. Hablan poco. Siempre en la misma zona.

Fruncí el ceño.

—Eso no me lo habías dicho.

—No lo preguntaste.

Tenía razón. Y eso me jodía más de lo que debería.

—¿Cuántos? —pregunté.

Noa miró hacia la sala como si estuviera viéndolo por primera vez.

—Demasiados para ser casualidad.

Ahí estaba el punto de conexión. El puente entre su mundo y el mío. Dos versiones del mismo problema.

—Eso encaja —murmuré.

—Claro que encaja —respondió ella—. Siempre ha estado encajando. Solo que tú no estabas mirando desde aquí.

No discutí. Porque era cierto.

El problema fue el momento en que empezamos a trabajar juntos. No fue ordenado ni profesional. Fue caótico.

Como todo lo que implicaba a Noa.

—No entres ahí sin avisarme —le dije cuando intentó moverse hacia la barra.

—No necesito permiso.

—No es permiso. Es estrategia.

—Qué bonito suena cuando lo dices así —repitió ella, clavándome la misma frase de antes.

La miré.

—No estás ayudando.

—Estoy ayudando lo que me sale de la paciencia.

Suspiré.

—Perfecto.

Y aun así… funcionaba.

De alguna forma absurda, funcionaba. Porque ella veía cosas que yo no veía. Y yo veía cosas que ella evitaba ver. Y entre los dos, el mapa empezaba a dibujarse.

Los moteros lo notaron rápido. Demasiado rápido.

Uno de ellos pasó a nuestro lado mientras revisábamos unas notas y soltó sin disimulo.

—¿Os habéis peleado o eso ya es vuestro idioma normal?

Noa ni levantó la vista.

—Idioma normal —respondió.

El motero soltó una carcajada y se fue. Yo la miré.

—No ayuda.

—Tú tampoco ayudas.

—Estoy intentando.

—Pues intenta mejor.

El ambiente se volvió más extraño a medida que avanzaba la noche. Pequeños detalles.

Gente que evitaba ciertas mesas. Conversaciones que se cortaban cuando pasábamos cerca. Y Victor… Victor observando demasiado. Siempre un segundo más de lo necesario. Siempre con esa calma irritante de quien no necesita demostrar nada.

Noa lo evitaba con precisión, pero yo veía cómo le afectaba. Aunque no lo dijera. Aunque no quisiera admitirlo.

Fue más tarde cuando todo cambió. Cuando recibí la llamada.

El nombre no hacía falta. El tono, sí. Marcus.

—Estás tardando —dijo sin preámbulos.

—Porque esto no es lo que parecía.

—Nunca lo es.

Casi sonreí. Casi.

—He encontrado algo —le dije.

—Más te vale.

—No es suficiente todavía.

—Pues hazlo suficiente.

Y colgó. Como siempre.

Volví al interior del bar. Y ahí la vi. Noa estaba quieta. Demasiado quieta. Esa quietud que no era calma. Era señal de alerta.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Victor ha estado hablando con uno de los clientes de siempre —dijo ella.

—¿Y?

—No estaban hablando del menú.

Me acerqué.

—¿Qué has oído?

—Un nombre. Y una fecha.

Eso me congeló.

—Repítelo.

Noa no dudó un segundo. Luego lo dijo. Y el patrón encajó. Demasiado bien. y demasiado limpio.

Y entonces ocurrió. Como siempre ocurría. Cuando creías que tenías margen. Cuando creías que había tiempo.

La puerta del bar se abrió de golpe. Y la vi entrar. O más bien… vi el caos entrar con ella.

—Lena ha desaparecido —dijo Noa.

El mundo se detuvo.

No fue inmediato. Primero fue negación. Luego, comprensión. Luego, rabia. Y después, algo peor.

Control.

Noa ya no estaba reaccionando como antes. Estaba actuando.

—No ha vuelto desde esta mañana —continuó—. No responde. No está en ningún sitio donde debería estar.

—¿Cómo sabes que no es voluntario? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

La mirada que me lanzó me la dio sin palabras.

El bar seguía funcionando alrededor. Insoportable. Normal. Mientras nosotros nos desmoronábamos dentro.

Noa giró sobre sí misma.

—Tenemos que movernos —dijo.

—Todavía no —respondí.

—Sí, ahora.

—No sabemos qué ha pasado.

—Ya sabemos lo suficiente.

Se acercó a mí. Demasiado cerca.

—No voy a esperar.

Ahí estaba otra vez. Esa línea. Esa decisión. Esa forma de romperlo todo sin pedir permiso.

Intenté pensar, pero ella ya estaba a medio camino. Y lo peor era que no podía decir que estaba equivocada. No esta vez.

No con Victor mirándonos desde la barra. No con el patrón cerrándose. No con Lena desaparecida.

—Voy a hablar con alguien —dije al final.

Noa negó con la cabeza.

—No hay tiempo.

—Sí lo hay, si no quieres morir.

—No tengo intención de morir.

—Eso no es una garantía.

Silencio.

Fue entonces cuando ocurrió el momento absurdo. El tipo equivocado. Siempre había un tipo equivocado.

Noa lo interceptó en la salida, creyendo que era alguien relevante. Le agarró del brazo.

—¿Dónde está Lena?

El hombre parpadeó.

—Perdona… ¿Quién?

Yo me llevé una mano a la cara.

—Noa… No es él —dije.

—Claro que no soy él —respondió el hombre, ofendido.

—Lo siento —dijo ella sin soltarlo—. Día largo.

—Me estás arruinando la vida social —murmuró el tipo mientras se iba.

Noa volvió hacia mí.

—Bien. He perdido el control.

—Solo un poco.

—No me consuela.

—No era la intención.

Y entonces lo vi claro. El punto. La conexión. El lugar donde Lena podía estar. No lo dije aún. Porque si lo decía en voz alta, se volvía real del todo. Pero Noa lo notó. Siempre lo notaba.

—Lo tienes —dijo, y asentí.

El aire cambió otra vez. Como si el mundo entero estuviera esperando a que tomáramos una decisión. Y Noa la tomó antes que yo.

—Vamos —dijo.

No era una pregunta.

Yo dudé. Solo un segundo. Pero ella lo vio. Y eso fue suficiente.

—Si le pasa algo… —Empezó.

—No le va a pasar —la corté.

Silencio. Y entonces añadí:

—No es una promesa.

La miré.

—Es una amenaza.

Y nos fuimos. Sin más. Sin preparación. Sin margen. Solo dos personas cruzando una línea que ya no se podía desdibujar.

Y esta vez… no había vuelta atrás.

Capítulo 24



Darek

El edificio apareció antes de que habláramos.

Una nave industrial en la zona muerta de Nueva York, de esas que parecían haber sido olvidadas incluso por el propio abandono. Metal oxidado, ventanas altas tapiadas a medias y un silencio demasiado limpio para un lugar donde supuestamente no pasaba nada.

Noa se quedó mirándolo desde el coche. Yo también. Ninguno de los dos dijo nada durante unos segundos.

Era de esas situaciones en las que hablar no servía para preparar nada. Solo para admitir lo evidente: que íbamos a entrar en un sitio donde la gente no salía si no querían que saliera.

Apagué el motor. El clic del contacto fue más definitivo de lo que me habría gustado.

—¿Este es tu gran plan policial? —preguntó Noa al fin.

No la miré de inmediato.

—No —respondí—. Este es el plan desesperado.

Eso la hizo soltar una risa breve. Sin humor.

—Me tranquiliza muchísimo.

—No estaba intentando tranquilizarte.

Bajamos del coche.

El aire era frío, seco, con ese olor a aceite viejo y metal que parecía adherirse a la piel. Noa se ajustó la chaqueta. Yo comprobé el arma. Más por hábito que por confianza.

—Te quedas aquí —dije.

Ella me miró como si le hubiera insultado a la familia entera.

—No.

—No es negociable.

—No es una conversación.

Suspiré.

—Noa…

—Darek —me cortó—. Si Lena está dentro, entro.

—Si Lena está dentro, necesitas salir viva para sacarla.

—Pues tendré que salir viva.

La miré. Y ahí estaba otra vez. Esa mezcla imposible de miedo y determinación que la hacía peligrosamente impredecible.

—Esto no es como el bar —dije.

—Ya me he dado cuenta.

—Aquí no controlas nada.

—Tú tampoco.

Eso me cerró la boca. Porque tenía razón. Y eso era lo peor de todo.

Entramos.

La puerta lateral cedió con un quejido metálico, como si protestara por seguir funcionando. El interior era peor de lo esperado.

No por suciedad. Sino por la estructura.

Demasiado organizado para ser abandono. Demasiado funcional para ser un simple escondite.

—No me gusta esto —murmuró Noa.

—A mí tampoco.

—Eso es nuevo.

—No te acostumbres.

Avanzamos, y el sonido de nuestros pasos rebotaba en las paredes de metal. Cada eco parecía demasiado largo. Demasiado consciente de nosotros.

El primer indicio fue visual. Ropa. Una chaqueta tirada sobre una mesa improvisada. Una mochila abierta. Objetos personales esparcidos sin cuidado.

No era un lugar de paso casual. Era un lugar de control.

—Aquí han estado personas —dijo Noa.

—Y no hace mucho.

Me agaché y revisé la mochila. Nada identificable de inmediato. Pero había algo peor. Orden. Demasiado orden dentro del caos.

—Esto no es un escondite —dije.

Noa se giró hacia mí.

—¿Entonces qué es?

—Un punto de tránsito.

La palabra cayó más pesada de lo que esperaba.

Seguimos avanzando y el ruido apareció antes que las voces.

Metálico. Rítmico. Como maquinaria, o como alguien moviendo cosas sin prisa.

Noa se tensó a mi lado. Le hice un gesto con la mano. Silencio.

Nos acercamos a una estructura interna: una especie de pasillo improvisado entre contenedores. Ahí fue cuando los escuchamos.

Voces. Dos. Luego, tres. Cerca. Demasiado cerca.

Me detuve. Noa también. Y nos miramos sin necesidad de hablar.

—Cuando salgamos de esta… —Empezó ella.

—Salimos primero —la corté en voz baja—. Luego discutimos.

Noa apretó la mandíbula.

—Siempre tienes prioridad en las frases bonitas.

—No son bonitas.

—Son mandonas.

—Son útiles.

Nos escondimos detrás de unos bidones metálicos. El espacio era estrecho. Demasiado. El tipo de escondite que solo funcionaba si nadie miraba dos veces. Las voces se acercaron.

—Te digo que fue ese imbécil —decía uno.

—No fue él —respondió otro—. Él solo recoge.

—Pues alguien está moviendo cosas sin permiso.

El tercer hombre rio.

—Mientras no sea mi turno de recoger mierda, me da igual.

Noa me miró. Y por primera vez desde que entramos, vi algo distinto en ella. Miedo real.

El nombre llegó como un golpe seco.

—El de la banda —dijo uno de ellos—. El que siempre va de limpio.

Me quedé quieto. Noa también. Y escuchamos mejor.

—Ese es el que lo está moviendo todo —continuó el primero.

—Victor confía en él demasiado —dijo otro.

Victor. Ahí estaba. El hilo. La red. Todo.

Noa se acercó un poco más a mí y susurró:

—Están hablando del mismo.

Asentí. No hacía falta más.

El problema llegó después. El silencio. Porque cuando dejaron de hablar, empezaron a moverse.

Pasos cercanos. Demasiado cercanos.

Uno de ellos pasó a menos de dos metros de nuestro escondite. Pude oír su respiración. Noa también. Su mano se tensó en mi manga.

—No quiero morir aquí —susurró, y la miré.

—No vas a hacerlo. No mientras yo respire.

No fue romántico ni teatral. Fue una promesa operativa. Y aun así… cambió su respiración.

El problema fue el siguiente segundo. Noa estornudó. No fue fuerte, pero en ese silencio absoluto fue como un disparo.

Nos quedamos congelados. Yo cerré los ojos un segundo.

—Perfecto —murmuré.

—Lo siento —susurró ella.

—Luego lo hablamos.

El tipo más cercano se giró.

—¿Has oído eso?

—¿El qué?

—Ahí.

Se acercó. Yo ya estaba calculando salidas. No había muchas, y las que había no eran buenas.

Entonces improvisé. Cogí un objeto metálico del suelo y lo lancé hacia el extremo opuesto del pasillo. El golpe resonó y los tres hombres se giraron al instante.

—¿Qué coño ha sido eso?

—Mierda… revisad allí.

Uno de ellos se alejó. Otro discutía.

—Te dije que aquí hay ratas.

—Eso no era una rata.

—Pues entonces era una rata grande.

El tercero suspiró.

—Me da igual lo que sea, quiero salir de aquí antes de que me paguen menos.

Noa me miró como si acabara de presenciar magia negra.

—Eso ha sido ridículo —susurró.

—Pero ha funcionado.

Nos movimos rápido, sin hablar. Pasamos entre sombras, estructuras, metal. Cada paso era una apuesta. Cada segundo, una deuda.

Encontramos la salida lateral por pura suerte. O por memoria. O por desesperación. No importaba.

Salimos, y el aire exterior nos golpeó como si fuera otro mundo.

No hablamos hasta el coche. Hasta que la puerta se cerró. Hasta que el silencio dejó de ser peligro y volvió a ser espacio.

Entonces saqué el móvil, marqué y Marcus contestó al segundo tono.

—Dime que tienes algo —dijo.

—Tengo todo. Reúne a la unidad —continué—. Ahora.

—¿Estás seguro?

Miré a Noa. Ella me estaba mirando a mí.

—Sí —dije—. Estoy seguro —respondí y corté.

Noa apoyó la cabeza contra el reposacabezas. Respiraba rápido. Demasiado rápido.

—Lena está ahí dentro —dijo.

—Sí.

—Y Victor lo sabe.

—Sí.

No dijo nada más, y yo tampoco. Estaba procesando que su mejor amiga, su familia, estaba en esa nave olvidada custodiada por gente sin escrúpulos ni moral.

Arranqué el coche, pero no conduje hacia la base.

—Tenemos un problema —dije, y Noa giró la cabeza.

—¿Solo uno?

—El traidor va a moverse en cuanto sepa que hemos mirado demasiado.

—¿Y qué hacemos?

No respondí de inmediato. Porque la respuesta no me gustaba.

—Volvemos —dije al fin.

Noa frunció el ceño.

—¿A dónde?

—Al bar.

Silencio. Más largo esta vez.

—¿Estás diciendo que vamos a hacernos los idiotas? —preguntó, y la miré.

—No sería fingir mucho —respondí.

Y por primera vez desde que entramos en aquella nave, Noa no discutió conmigo. Solo me miró. Y entendió que esto ya no era una investigación. Era una infiltración dentro de otra infiltración.

Y que esta vez, si fallábamos, no habría segunda oportunidad.

Capítulo 25



Noa

Volver al bar la noche siguiente fue peor de lo que imaginaba.

No por el lugar. El bar seguía siendo el mismo: luces bajas, ruido constante, vasos chocando como si nada importante estuviera pasando.

Lo peor era yo dentro de él. Porque ahora sabía demasiado. Y no podía usar nada de eso.

Entré como si fuera un día normal. Como si Lena no estuviera desaparecida. Como si no hubiera visto una nave industrial que no debería existir.

Como si Darek no me hubiera dicho lo que me había dicho. Como si nada de eso hubiera cambiado la forma en la que respiraba.

Empujé la puerta y el sonido del local me golpeó como siempre. Pero esta vez no me absorbió.

Solo lo noté.

Victor estaba detrás de la barra. No me miró de inmediato y eso debería haberme tranquilizado. Pero no. Me tensó.

Porque Victor siempre miraba. Siempre controlaba. Y cuando dejó de hacerlo, significaba que ya no necesitaba aparentar.

—Buenas —dije.

Mi voz sonó normal. Casi convincente. Casi. Victor levantó la vista. Un segundo. Dos. Demasiado tiempo.

—Has vuelto pronto —dijo.

No era una pregunta.

—No tenía planes mejores —respondí.

Mentira. Obvia, pero aceptable.

Me moví hacia la barra. Cada paso era consciente. Cada gesto, medido. Como si el cuerpo pudiera compensar lo que la cabeza ya no podía ocultar.

Victor me seguía con la mirada. Sin disimulo. Sin esfuerzo.

—¿Todo bien? —preguntó.

Otra vez demasiado simple. Demasiado limpio.

—Sí —dije.

Silencio.

—¿Seguro?

Ahí estaba la presión. Pequeña pero constante.

—Claro —añadí—. Soy una maravilla de estabilidad emocional.

No sonó natural, ni siquiera en mi cabeza, pero él no reaccionó. Solo sonrió. Y eso fue peor.

Me alejé de la barra antes de hacer algo estúpido. Como romper algo. O decir la verdad. O las dos cosas.

El trabajo empezó.

Copas. Pedidos. Gente. Ruido. Rutina. La máscara que me ponía siempre. Y yo intentando que no se me cayera.

El problema era que ahora veía cosas. Cosas que antes no veía. O que elegía no ver.

Clientes que no bebían, solo miraban. Siempre las mismas mesas. Siempre los mismos tiempos.

Pequeñas pausas en conversaciones cuando Victor pasaba. Como si el aire cambiara con él.

Y entonces lo vi a él. El motero. El sospechoso. No sabía su nombre, pero ya no lo necesitaba. Porque mi cabeza ya lo había etiquetado como problema.

Entró sin prisa. Como si el lugar le perteneciera tanto como a Victor. O más.

Victor no lo miró de inmediato, pero cuando lo hizo… algo cambió. Sutil, pero real.

Como un reconocimiento silencioso. Como una contraseña.

El hombre se sentó en su sitio habitual. No pidió nada, solo miró alrededor y observó.

Yo debería haber seguido trabajando. Debería haber sido invisible. Ese era el plan. El único plan posible.

En lugar de eso, serví una cerveza a la mesa equivocada. Lo supe en el segundo exacto en el que la dejé caer. El vaso golpeó la madera con demasiada fuerza y un poco de espuma se desbordó.

—Perdón —dije rápido.

Demasiado rápido. El cliente me miró. Victor también. El motero también. Todos.

Intenté arreglarlo limpiando la mesa. Mal. Demasiado evidente. Demasiado torpe. Demasiado yo intentando ser alguien que no era.

—No pasa nada —dijo el cliente.

Pero su tono decía lo contrario.

Me giré para volver a la barra y choqué con una silla. La silla no estaba donde recordaba. O quizá yo no estaba donde debía.

—¿Estás bien? —preguntó Jade.

Y mentí, porque no podía contarle a nadie lo que había visto, ni lo que pasaba con las chicas que desaparecían sin más de este lugar.

—Sí, creo que es solo un poco de cansancio. Últimamente no duermo bien.

Jade asintió con una leve sonrisa, como si comprendiera que el cansancio me tuviera así.

Me obligué a respirar. A seguir. A ser normal. Lo que sea que eso significara ahora.

Victor pasó cerca de mí. Demasiado cerca.

—Estás distraída —murmuró.

—Estoy trabajando —respondí.

—No es lo mismo.

No insistió. Eso era lo peor.

El motero volvió a aparecer en mi campo de visión. Se levantó, cruzó el bar, se detuvo cerca de la barra y pidió algo. Por fin.

—Lo de siempre —dijo.

Victor asintió. Como si entendiera perfectamente qué significaba eso.

Yo me quedé quieta. Observando. No debía, pero lo hice.

Y entonces ocurrió. Fue un gesto mínimo, insignificante, casi imperceptible, pero lo vi.

El motero miró a Victor. Victor respondió con un gesto mínimo. Una inclinación de cabeza. Nada más, pero suficiente.

Encajé otra pieza. Otra más. Demasiadas piezas.

Sentí el estómago apretarse. No era miedo. Era comprensión. De la mala. De la que no podías ignorar.

Seguí trabajando de manera automática y fallando en todo lo que hacía. Pero ya daba igual. Estaba segura de que no iba a hacer nada bien el resto de la noche.

Otro cliente me pidió algo. Se lo serví. Pero no lo que había pedido.

—No es eso —dijo.

—Claro que sí —respondí automáticamente.

Silencio. Me lo quedé mirando.

—Perdón —añadí, demasiado tarde.

Victor me miró desde la barra. No dijo nada, pero su expresión era suficiente. Como una advertencia silenciosa.

El motero volvió a mirarme. Esta vez, más tiempo. Más fijo. Más consciente.

Y entonces habló. Sin acercarse. Sin levantar la voz. Solo lo suficiente.

—¿Te pasa algo?

Me quedé quieta. Un segundo. Dos. El bar siguió funcionando. Pero yo no.

Podría haber mentido. Podría haberlo ignorado. Podría haber vuelto a la máscara.

Pero no lo hice. Porque algo dentro de mí ya no funcionaba igual.

Le miré directamente por primera vez. Sin filtro. Sin actuación.

—Siempre —dije—. Pero hoy es especial.

Silencio.

El motero no sonrió. No se movió. Solo me miró. Como si acabara de confirmar algo.

Y entonces entendí lo peor. No era que yo lo estuviera viendo todo. Era que él también me estaba viendo a mí.

Y que quizá ya sabía que yo ya no era solo una camarera más.

El motero no apartó la mirada. Y eso fue lo que me hizo fallar por dentro, aunque por fuera siguiera de pie.

No era una mirada cualquiera. No era curiosidad, ni interés, ni el típico escaneo de cliente aburrido. Era otra cosa. Como si estuviera comprobando una hipótesis.

Como si yo ya no fuera un elemento aleatorio del bar. Como si encajara en algún sitio que él ya había visto antes.

Tragué saliva. Demasiado consciente de mi propia garganta. Demasiado consciente de mi pulso.

—¿Siempre es especial? —preguntó él al fin.

Su voz era tranquila. Demasiado tranquila para alguien en este sitio. Miré la barra un segundo, como si necesitara un punto fijo.

—Depende del día —respondí.

Intenté sonar ligera, pero no lo conseguí.

Victor pasó otra vez detrás de la barra. Más lento esta vez. Como si estuviera escuchando sin mirar. Como si no necesitara mirar.

El motero apoyó los codos en la mesa.

—No pareces de aquí —dijo, y me reí.

Error.

—Trabajo aquí —respondí.

—Eso no es lo que he dicho.

Silencio. Noté cómo el aire cambiaba a nuestro alrededor. No en el bar. En mí.

Como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo y solo quedáramos nosotros dos en una frecuencia distinta.

—¿Y tú pareces de aquí? —contraataqué.

Mala idea. Pero ya estaba dentro.

Él ladeó la cabeza.

—Depende de lo que creas que es "aquí".

Bien. Filósofo. Genial. Justo lo que necesitaba.

Sentí una gota de sudor en la nuca. Ridículo, porque no hacía calor. Eran nervios. Solo nervios.

ç

Victor se detuvo un segundo detrás de la barra. No lo vi de frente, pero lo sentí. Como presión. Como una mano invisible en la parte de atrás del cuello.

El motero bajó la voz.

—Hay gente que no encaja aquí —dijo—. Pero sigue viniendo.

No respondí. Porque esa frase no era casual. No lo era en absoluto.

—¿Te refieres a mí? —pregunté.

Intenté sonar irónica, pero no salió.

Él sonrió por primera vez. Un gesto leve, casi educado.

—No lo sé —dijo—. Aún no.

El estómago se me cerró un poco más. No era amenaza directa, pero se sentía como una.

Victor golpeó algo detrás de la barra. Un vaso. O una botella.

Me obligué a moverme. A hacer algo. Cualquier cosa. Limpiar. Servir. Desaparecer.

Pero el motero siguió mirándome incluso cuando me giré. Y eso era lo peor. Que no necesitaba que estuviera frente a mí para sentirlo.

Pasé un trapo por la barra sin pensar. Una vez. Dos. Tres. Ya estaba limpia. Pero seguía frotando.

—No eres buena fingiendo —dijo él de repente y me quedé quieta, con el trapo suspendido en el aire.

—¿Perdona? —dije.

—Relájate —añadió—. No es un ataque.

Claro. Eso siempre lo decían justo antes.

Giré la cabeza lentamente.

—No estoy fingiendo nada —mentí.

Silencio. El tipo me observó como si acabara de oír algo interesante. No peligroso. Interesante. Y eso era aún peor.

Victor volvió a pasar. Esta vez demasiado cerca. Demasiado consciente.

—Noa —dijo sin mirarme del todo—. Concéntrate.

Su tono era suave, pero no era una sugerencia.

Asentí de modo automático. De ese modo que había prendido y que en ese lugar se llamaba supervivencia.

El motero apoyó una mano en la mesa, se levantó y por un segundo pensé que se iba. Pero no. Solo cambió de postura.

—Si te pasa algo —dijo—, deberías irte.

Parpadeé.

—Eso suena a consejo amable.

—No lo es.

Otra pausa. Otra de esas. De las que pesaban más que las palabras.

Sentí la garganta cerrarse un poco más.

—No sé de qué estás hablando —dije.

Él no discutió. Solo me miró como si no necesitara que lo admitiera. Como si ya lo supiera.

Y entonces ocurrió lo peor. No dijo nada más. Solo asintió. Despacio. Como si hubiera confirmado algo. Y volvió a sentarse.

Yo me quedé quieta. Demasiado quieta. Con el trapo en la mano. Sin recordar qué estaba haciendo.

Victor me llamó desde la barra.

—Noa.

—¿Sí?

—Ve a la mesa siete.

Asentí otra vez, pero mientras caminaba, sentía algo distinto. No era solo tensión, ni miedo. Era algo más preciso. Más incómodo.

La sensación de que ya no estaba actuando sola. Que alguien más estaba viendo lo mismo que yo. Y que eso no era una coincidencia.

Y por primera vez desde que volví al bar ese día, entendí que el problema no era solo lo que sabía.

Era que alguien acababa de darse cuenta de que yo también lo sabía.

Capítulo 26



Darek

El reloj no corría despacio. Lo hacía con una precisión casi insultante, como si supiera exactamente lo que estaba en juego y hubiera decidido tomarse su tiempo igualmente.

Nos habíamos colocado en posición antes de lo previsto. Demasiado pronto para Marcus, demasiado tarde para mi gusto. Y en ese margen absurdo entre lo "correcto" y lo "necesario" es donde siempre se rompían las cosas.

La nave desde fuera parecía igual que la primera vez: un bloque de metal olvidado por la ciudad, tragado por la zona industrial de Nueva York sin que nadie se molestara en recordarle que existía.

Pero ahora la veía distinta. Ahora veía entradas secundarias, rutas de escape, puntos ciegos. Y sobre todo veía movimiento.

No es evidente. El otro. El que no se anunciaba. El que te hacía saber que estabas mirando algo vivo, aunque no debería estarlo.

—Dos patrullas en el perímetro —susurró uno de los nuestros por el comunicador—. Esperando señal.

Marcus no estaba allí, pero su voz seguía llegando como una sombra.

—Darek, confirma. Si das la orden, entramos.

No respondí de inmediato. Porque no era solo dar una orden. Era elegir el momento exacto en el que todo podía irse al infierno.

Miré hacia la entrada principal de la nave. Y entonces lo vi. Movimiento rápido. No era improvisado.

Y Lena.

No la veía claramente, pero no necesitaba verla entera. Bastaba con ese tipo de intuición que no debería existir en un informe policial, pero existía en la vida real.

La forma en la que alguien se movía cuando estaba siendo llevada sin querer. El patrón de dos hombres demasiado atentos a lo que cargaban. Y su cabeza inclinada de esa manera que no era voluntaria.

El estómago se me cerró.

—La están moviendo —dije al fin.

Silencio en la línea. Marcus respondió en menos de dos segundos.

—¿Confirmado?

—Sí.

No añadí nada más. No hacía falta.

Hubo un instante en el que todo el operativo dejó de ser planificación y pasó a ser inercia.

—Entramos en treinta segundos —ordenó Marcus—. No improviséis.

Solté una risa seca, sin humor.

—Demasiado tarde para eso.

Corté antes de que pudiera contestar.

A mi alrededor, los moteros se ajustaban el equipo con una mezcla extraña de profesionalidad y caos habitual. Uno revisaba su arma como si fuera un ritual religioso. Otro maldecía porque el seguro no encajaba bien.

Sí, les había contado la verdad, les había dicho quién era yo en realidad y lo que hacía allí. Jax preguntó si la historia que les había dicho sobre mi pasado formaba parte de la mentira y de mi filtración, y le dije que eso era verdad. Que esa historia era mía.

No se tomaron muy bien el hecho de que fuera policía y los hubiera estado investigando, pero se tomaron aún peor saber quién era el traidor entre ellos, quién había roto sus reglas y se lucraba a su costa haciendo que la policía y las agencias gubernamentales más importantes del país pusieran sus ojos en los *Black Angels*.

—Si esto sale mal —dijo Milo—, quiero que alguien le diga a mi madre que la moto no la vendí.

—Si esto sale mal —respondió Jax—, tu madre va a ser lo de menos.

—Muy motivador, gracias.

Casi habría sonreído en otro contexto. Casi. Pero entonces volví a pensar en Lena. Y se me quitó cualquier resto de ligereza.

No era solo una operación. No era solo una red. Era gente. Era alguien que ahora mismo estaba siendo trasladada como si fuera un paquete.

Y Noa… Noa no lo sabía todavía con claridad, pero lo estaba sintiendo igual que yo.

Eso era lo peor de ella. No necesitaba información completa para reaccionar. Solo necesitaba una grieta. Y esto era una grieta abierta en canal.

El comunicador volvió a vibrar. Marcus.

—Darek, espera la señal. No te adelantes.

No contesté. Porque ya me estaba moviendo.

La parte trasera de la nave era peor de lo que esperaba. Cuando un sitio empezaba a funcionar como engranaje de algo más grande, dejaba de ser caótico. Y eso era lo más peligroso.

Las luces eran mínimas. Las voces, controladas. Y el flujo de personas, demasiado eficiente.

Ahí no había improvisación. Había estructura. Y estructura significaba organización. Y organización significaba que esto no era un grupo aislado. Era una pieza.

Seguimos el perímetro hasta una zona lateral donde el metal estaba más desgastado. No había cámaras visibles, pero eso no significaba nada. Solo significaba que estaban mejor escondidas.

Briggs me tocó el hombro.

—Estás demasiado callado.

—Estoy trabajando.

—Eso en ti significa que algo va a explotar.

No respondí. Porque probablemente tenía razón.

Nos detuvimos detrás de unos contenedores y desde ahí, lo vi todo mejor.

Estaban subiendo a Lena a una furgoneta. No iba inconsciente, pero tampoco completamente consciente. Su cabeza se movía ligeramente, como si luchara contra algo que no podía ganar.

Y entonces ocurrió algo que no estaba en ningún plan.

La puerta de la nave principal se abrió de golpe y Victor salió. No corría. No necesitaba correr. Era peor. Porque su calma era la de alguien que controlaba el tiempo.

Se detuvo un segundo. Miró la furgoneta y luego miró alrededor. Como si supiera. Como si estuviera contando algo que nosotros aún no habíamos visto.

Sentí cómo algo en el pecho se tensaba.

—*Te he visto* —murmuré para mí mismo.

Uno de los agentes susurró:

—¿Orden?

Miré a Victor. Luego a Lena. Luego a la nave. Y entendí el problema real.

Si entrábamos ahora, Victor desaparecía. Si esperábamos, Lena desaparecía. Y en medio estaba el traidor.

El que lo organizaba todo sin mancharse las manos. El que aún no había mostrado la cara del todo. Marcus volvió a hablar.

—Darek, última oportunidad de sincronización.

Y entonces lo vi. El detalle. Un hombre que no debía estar ahí. No llevaba uniforme. No parecía parte de los de Victor. Pero hablaba con él. Demasiado cerca. Demasiado cómodo. El patrón encajaba.

Todo lo que había visto antes, todas las pequeñas irregularidades, convergían en él.

El verdadero problema no era Victor. Victor era la cara. Este era el sistema. Si no lo cortábamos aquí, ya no tendríamos otra oportunidad.

—Ahora —dije.

No grité. No lo necesité. Y todo estalló.

El primer ruido no fue un disparo. Fue una puerta metálica cediendo. Luego, gritos. Órdenes. Caos. El tipo de caos que no se podía controlar una vez que empezaba.

Nos movimos rápido y el mundo se redujo a ángulos. Cobertura. Movimiento. Y Lena. Siempre Lena.

La furgoneta arrancó.

—¡Se mueve! —gritó alguien.

Corrí. No pensé. Solo corrí. Y en ese momento vi a Noa. No debería estar allí. Pero estaba.

Detrás de una estructura metálica, respirando rápido, con la mirada fija en la furgoneta como si pudiera detenerla a distancia.

Supe sin hablarle que estaba contando los segundos. Y que, si la furgoneta desaparecía con Lena, algo dentro de ella se rompería de forma definitiva.

Le hice un gesto. Uno solo, pero suficiente. Y se movió.

La persecución no fue elegante.

La furgoneta avanzando entre el caos industrial. Nosotros detrás. Gente de Victor intentando reorganizarse. Y el traidor desapareciendo entre todo eso como si nunca hubiera estado allí.

Noa corría a mi lado. No hablaba. Eso era nuevo. Normalmente habría soltado algún comentario sarcástico, algo absurdo, algo que rompiera la tensión.

Pero no. Estaba completamente enfocada.

—Por ahí —dije señalando una ruta lateral—. La están sacando.

—Lo sé —respondió ella.

Su voz no temblaba. Eso era lo peor. El silencio entre nosotros no era incómodo. Era funcional. Y eso significaba que habíamos cruzado algo más.

La furgoneta giró. Casi la perdimos. Casi. Pero entonces ocurrió algo.

Uno de los moteros apareció de la nada con la moto mal colocada, bloqueando parcialmente el giro.

—¡Perdón! —gritó—. ¡No calculé bien!

El conductor de la furgoneta dudó. Solo un segundo. Suficiente. Nosotros lo aprovechamos.

—Ahora —dije.

Noa no esperó. Saltó. Literalmente. Se lanzó hacia la parte trasera de la furgoneta en movimiento.

—¡Noa! —grité.

Pero ya estaba agarrada. Y maldiciendo.

—¡No hagas eso nunca más! —le grité mientras corría.

—¡Cállate y corre!

No pude evitarlo. Solté un suspiro. Esto era exactamente lo que no debía estar pasando. Y aun así, funcionaba.

Cuando logramos forzar la detención, el mundo explotó en otra capa de caos.

Puertas abriéndose. Gente gritando. Lena dentro. Viva, pero no libre.

Y Victor… Victor no estaba.

El silencio que dejó fue peor que su presencia. Porque eso significaba que ya había calculado la salida. Y el traidor tampoco estaba.

—Se nos han escapado —dijo alguien.

Negué lentamente. No. No era eso.

Miré a Noa. Ella me miraba igual. Y entendí que ambos lo sabíamos. Esto no había terminado. Solo había cambiado de fase.

Y ahora sí… Ahora nos habían visto de verdad.

—Tenemos que movernos —dije.

Noa asintió. Sin preguntas. Sin discusión. Solo una certeza compartida.

Y por primera vez desde que empezó todo esto, no parecía que estuviéramos reaccionando.

Parecía que estábamos entrando en algo. A propósito.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

La miré un segundo. La nave detrás de nosotros. El humo. Las luces. El ruido. Y lo que ya no podíamos ignorar.

—Ahora —dije—, lo terminamos.

Y no añadí nada más. Porque ambos sabíamos que ya no había vuelta atrás.

Capítulo 27



Noa

El aire seguía vibrando incluso cuando ya estábamos lejos de la furgoneta.

Como si la explosión no hubiera terminado del todo, como si el mundo todavía estuviera decidiendo en qué dirección romperse.

Corría sin pensar. Eso era lo único que me mantenía en pie. Pensar era peligroso.

Pensar era volver a sentir que Lena había estado dentro de esa furgoneta a segundos de desaparecer otra vez. Y no. No podía permitirme eso todavía.

El suelo de la zona industrial era irregular, lleno de grietas y charcos de aceite viejo que olían a metal muerto. Cada paso era un riesgo de caer, pero no podía bajar el ritmo.

Pero mi cuerpo iba por delante de mi cabeza. Como si ya no me perteneciera. Giré en una esquina y casi choqué contra un contenedor abierto.

Me apoyé un segundo, respirando como si me hubieran arrancado el aire del pecho.

El mundo se movía demasiado rápido. Todo hasta ese momento había pasado demasiado rápido…

Había visto cómo sacaban a Lena de la nave para llevarla a una furgoneta. Viva, sí, pero apenas.

Sus piernas no respondían bien. Uno de los hombres la sostenía por el brazo como si fuera un peso incómodo, no una persona.

Sentí algo romperse en el estómago.

Y entonces vi a Darek, o, mejor dicho, él me vio a mí.

Creí que me gritaría, que me diría que no podía estar ahí, básicamente porque el día anterior, cuando me dijo que el operativo para sacar a Lena de aquella nave estaba en marcha, me pidió de manera expresa que no me acercara a ese lugar bajo ningún concepto, y a la vista estaba que no le había hecho ni caso.

Pero lejos de echarme la bronca o decirme que no podía estar ahí, simplemente me hizo un gesto y con eso fue suficiente para que los dos nos moviéramos con un único objetivo, el de liberar a Lena.

Y todo fue demasiado rápido; lo sentí como si no fuera yo quien estaba allí, como si viera toda la acción desde otro lugar. Pero estaba ahí, viendo cómo trataban de llevarse a mi mejor amiga a quién sabía dónde y para qué, aunque eso último sí lo sabía.

La usarían de nuevo como mercancía, como un simple objeto, y eso sería devastador para ella, que ya había pasado por eso una vez, años atrás.

Aún recordaba la conversación que había escuchado en el bar la noche anterior cuando dejaba las copas en una de las mesas.

Dos hombres que no había visto nunca por allí hablaban de mover algo, o a alguien, y me estremecí porque estaba convencida de que a quien tenían que mover era a Lena.

—Victor quiere que la movamos ya.

—¿Ya? Es demasiado pronto. Todavía no están listos.

—Da igual, no vamos a esperar.

El nombre me golpeó. Victor otra vez. Siempre él.

Volví al presente cuando escuché un motor; miré y vi que la furgoneta donde tenían a Lena se preparaba para salir de allí.

—Se la llevan —murmuré, y pude escuchar y notar el ritmo acelerado de mi corazón.

No podía permitirlo, no podía perderla. Además de mi hija, Lena era la única familia que tenía. Lo más parecido a una hermana que me había dado esta vida de mierda que me había tocado vivir.

Y exploté, y corrí, porque tenía que hacer algo, tenía que poder salvarla de un destino que no merecía, que ninguna de las otras chicas que habían desaparecido del bar por culpa de Victor merecía.

En medio del caos que nos rodeaba, solo podía pensar en sacarla de allí, en llevarla de vuelta conmigo, y no iba a parar hasta que así fuera.

Y cuando creí que la perdía, cuando pensé que la furgoneta desaparecería con ella, vi una moto impidiéndole el paso, lo que nos sirvió a Darek y a mí para sacar a Lena de la furgoneta.

A partir de ahí, todo fueron gritos, golpes, algún disparo y yo evitando morir atrapada en el fuego cruzado mientras intentaba sacar a Lena de ese infierno con vida.

Golpes. Empujones. Un disparo al aire. Alguien gritando algo que no entendí. Pero yo solo veía a Lena.

En el suelo. Respirando. Viva. Fuera de esa furgoneta.

La ayudé a incorporarse.

—¿Puedes andar? —le pregunté.

Asintió. Mal, pero asintió.

—Entonces nos vamos —dije, y la levanté.

Fue en ese momento que vi aparecer un coche desde la izquierda. Un coche grande, negro, sin identificación visible y a gran velocidad.

Cuando giró hacia nosotros, Darek solo dijo un nombre. Marcus.

Me había hablado de él, me había dicho que era su compañero, su mejor amigo, que era su enlace con la agencia y que, aunque a veces le daba dolor de cabeza, le confiaría su vida y la de todas aquellas que le importaban.

El coche frenó en seco delante de nosotros y la puerta trasera se abrió.

—¡Entrad! —gritó una voz.

No pregunté. No dudé. Metí a Lena dentro primero. Darek entró detrás. Yo fui la última.

En cuanto cerraron las puertas, el mundo exterior desapareció. Solo quedamos nosotros, con nuestras respiraciones rápidas y miradas tensas.

Marcus estaba ahí. En persona. Cara dura. Ojos de "esto se ha ido de las manos".

—Llegáis tarde —dijo Darek.

—Vosotros habéis improvisado una guerra —respondió Marcus.

Me apoyé contra el lateral del vehículo. El corazón aún iba demasiado rápido.

—¿Lena? —preguntó Marcus mirándola.

—Viva —respondí.

Eso pareció ser lo único que le importaba. Bien. Prioridades claras. El coche arrancó. Y por primera vez en mucho tiempo, me permití respirar sin estar corriendo.

Solo un segundo. Solo uno.

—No deberíais haber actuado así —dijo Marcus—. Podríais haber resultado heridos.

—Los refuerzos deberían haber llegado antes —respondí.

Darek no dijo nada. Estaba mirando por la ventana trasera. Como si alguien nos estuviera siguiendo.

—Tenemos confirmación del traslado —añadió Marcus—. Lena era un movimiento intermedio. No el objetivo final.

Eso me heló.

—¿Intermedio? —pregunté.

—Estaban moviendo mercancía humana como si fuera logística —dijo él—. Ella era parte de una cadena.

Miré a Lena. Sus ojos estaban abiertos. Escuchando. Intentando procesarlo.

—¿Cadena hacia dónde? —preguntó Darek.

Marcus dudó. Un segundo. Solo uno, pero suficiente.

—No lo sabemos aún.

Perfecto. Otra vez lo mismo. No saber. Nunca saber del todo. Apreté los puños.

—Entonces seguimos investigando. Quién sabe cuántas más chicas estarán en manos de esa gente —dije.

Marcus me miró.

—Eso no lo decides tú, jovencita.

Me incliné hacia delante.

—Sí lo hago.

Silencio. Darek me miró de reojo. No dijo nada, pero no me contradijo. Eso fue nuevo.

El coche avanzaba por la ciudad como si nada hubiera pasado. Nueva York seguía funcionando. Eso era lo más perturbador.

La gente seguía viviendo. Comprando. Riendo. Sin saber que a pocos kilómetros alguien estaba siendo movido como un objeto dentro de una red invisible.

Lena apoyó la cabeza contra el asiento.

—Maribel… —murmuró.

El nombre me golpeó otra vez. Maribel. Desaparecida. Como tantas otras cosas que ya no eran teoría.

Miré a Darek y él ya estaba haciendo lo mismo.

—No era un caso aislado —dijo él en voz baja.

Marcus lo escuchó.

—Nunca lo son.

Me reí sin humor.

—Qué reconfortante.

Nadie respondió.

Llegamos a una base temporal veinte minutos después. Todo fue rápido. Demasiado rápido para lo que habíamos vivido.

Médicos revisando a Lena. Informes. Pantallas. Mapas. Y nosotros en medio de todo eso, todavía con la adrenalina sin bajar.

Marcus nos llevó a una sala separada, cerró la puerta y, por primera vez desde que empezó todo esto, el ambiente cambió.

Se volvió pesado.

—Esto se ha acabado de complicar —dijo.

—No —respondí—. Esto acaba de empezar.

Darek me miró. Esta vez directamente. No como antes. No como algo confuso. Como alguien que ya ha cruzado demasiadas líneas para volver atrás.

—El traidor no estaba en la extracción —dijo él.

Marcus asintió.

—Porque no estaba en la nave.

Eso nos hizo callar.

—Entonces estaba moviendo piezas fuera —añadí.

Marcus me miró.

—Exacto.

Silencio.

—Victor no es el centro —dijo Darek, y Marcus negó.

—Victor es una capa.

—¿Y debajo? —pregunté.

Marcus tardó demasiado en responder.

—Red internacional.

Eso lo cambió todo.

Me apoyé en la pared. Sentía el cansancio llegar por primera vez. No físico. Mental. Ese tipo de cansancio que no se podía ignorar.

—Lena está fuera —dije—. Maribel sigue desaparecida.

Darek asintió.

—Y el patrón sigue activo.

Marcus cruzó los brazos.

—Entonces hacemos lo que veníamos a hacer desde el principio.

Lo miré.

—Destruirlo.

—Exponerlo —corrigió él.

—Lo mismo.

Darek suspiró lentamente.

—No exactamente.

Lo miré.

—¿Qué?

—Destruir es fácil —dijo—. Exponer implica quedarse dentro.

Eso me heló un poco. Porque entendí lo que estaba diciendo. Seguir dentro. Seguir fingiendo. Seguir en el bar. Seguir en todo aquello.

Sentí un golpe seco en el estómago.

—No —dije.

Darek no apartó la mirada.

—Sí.

Marcus intervino.

—Noa no vuelve al bar.

Me giré hacia él.

—Sí vuelvo.

—No es negociable.

Di un paso hacia delante.

—No es tu decisión.

Silencio. Darek me miró. Y entonces habló.

—Si no vuelves tú… sabrán que algo ha cambiado.

Eso fue lo peor. Porque era verdad.

El silencio se estiró demasiado. Marcus suspiró.

—Esto no es una discusión.

Le miré. Darek bajó la mirada un segundo. Luego volvió a subirla.

—Tiene razón —dijo.

Eso me dolió más de lo que esperaba. Porque no era contra mí. Era con lógica. Y la lógica era peor que cualquier traición.

—Entonces volvemos —dije al final.

Marcus me miró como si quisiera discutirlo otra vez. Pero no lo hizo. Porque sabía lo mismo que yo. Ya estábamos dentro. No había salida limpia. Solo direcciones distintas de hundirse. Darek asintió.

—Pero esta vez con control.

Solté una risa seca.

—Control… qué palabra tan bonita.

Él no respondió.

Salimos de la sala más tarde. Lena estaba estable. Eso era lo único que importaba en ese momento.

Cuando quedé sola con Darek en el pasillo, el ruido de la base se volvió más distante.

—No confío en esto —dije.

—Yo tampoco.

—No confío en Marcus.

—Yo tampoco.

Eso me hizo mirarlo.

—Qué reconfortante equipo.

—No es un equipo —dijo él.

Me quedé callada.

—Es una guerra —añadió.

Lo miré más tiempo del necesario. Y luego asentí.

—Entonces no perdamos tiempo.

Darek se giró hacia mí.

—Noa…

—No —le corté—. No lo digas.

Porque ya sabía lo que iba a decir. Y no estaba lista para eso. Todavía no.

—Vamos a volver al bar —dije.

Él asintió.

—Y esta vez —añadí—, Victor no va a verme venir.

Darek me sostuvo la mirada.

—Eso espero.

Y salimos. Sin más promesas. Sin más garantías. Solo con la certeza de que lo peor todavía no había pasado.

Capítulo 28



Darek

El silencio antes del choque nunca era realmente silencio. Siempre había algo.

Un motor lejano. Un grito apagado. El zumbido de una luz rota. Algo que te recordaba que el mundo seguía funcionando, aunque estuviera a punto de romperse.

Y esa noche no fue diferente.

Solo que yo ya sabía cómo iba a romperse. No porque lo tuviera todo controlado, sino porque llevaba demasiado tiempo viendo cómo encajaban las piezas.

Y cuando las piezas encajaban demasiado bien, era porque alguien había construido el rompecabezas para que solo hubiera una salida.

La vuelta de Noa al bar había dado sus frutos. Victor no estaba pero había otra persona, alguien que había bebido más de la cuenta y que le contó a Noa, mientras ella le seducía, todo lo que necesitábamos saber para dar con el responsable de todo aquello.

Entré en la nave con el cuerpo en tensión. No era miedo. Era anticipación. El tipo de sensación que tienes cuando sabes que la caída no es opcional, solo inevitable.

Marcus estaba en comunicación.

—Última oportunidad de parar esto —dijo.

No respondí. Porque no era una opción. No esta vez. No cuando Noa seguía en juego.

No cuando ya habíamos llegado demasiado lejos como para retroceder sin romperlo todo.

La nave era más grande de lo que parecía desde fuera. Demasiado ordenada para ser un escondite improvisado. Demasiado limpia para ser legal. Eso siempre era la señal más clara.

El orden. El orden solo existía cuando alguien quería ocultar el caos. Vi movimiento al fondo y lo supe. Ahí estaba el traidor.

No necesitaba confirmación. El cuerpo lo reconocía todo antes que la mente.

La forma de caminar. La seguridad falsa. La manera en la que no miraba demasiado tiempo a nadie. Como si el mundo entero fuera un decorado. Di un paso adelante, y el mundo dejó de esperar.

—Está aquí —dije.

No necesitaba decirlo en voz alta, pero lo hice igual. Marcus respondió.

—Confirmado.

Y entonces el traidor sonrió. Como si hubiera estado esperando ese momento. Como si por fin todo encajara para él también.

—Llegas tarde, Darek —dijo.

Su voz era tranquila. Demasiado tranquila. Esa calma falsa de quien ya ha perdido todo o nunca tuvo nada que perder.

Los moteros empezaron a moverse. Confusión. Miradas. Tensión creciendo como electricidad antes de una tormenta. Uno de ellos dio un paso adelante.

—¿De qué cojones está hablando?

Otro lo miró.

—¿Tú le conoces?

El traidor levantó las manos lentamente, un gesto teatral y controlado.

—Tranquilos —dijo—. Esto no es lo que pensáis.

Yo di otro paso más cerca.

—Sí lo es.

Eso lo cambió todo. Porque la verdad, cuando se decía en voz alta, dejaba de ser teoría.

El aire se partió. Literalmente. Un segundo de silencio. Y luego, una explosión.

El primero en moverse no fui yo. Fue uno de los moteros. El impacto contra el traidor fue brutal, impulsivo, humano. Rabia pura. Y lo entendí.

Porque no era solo traición. Era identidad. Era descubrir que alguien que compartía mesa contigo no existía realmente.

El traidor cayó al suelo, pero no tardó en reaccionar. Demasiado rápido. Demasiado entrenado. Y ahí fue cuando todo encajó de verdad.

No era improvisado. Nunca lo había sido.

Rodó hacia un lado, evitó otro golpe y se levantó con una facilidad que no era de alguien atrapado. Era de alguien preparado.

—No lo hagáis más difícil —dijo.

Y entonces lo vi. No como miembro de la banda, sino como lo que era. Un infiltrado. Un cáncer organizado. Un sistema dentro del sistema. Y su mirada se cruzó con la mía.

Solo un segundo, pero suficiente. Para entendernos. Para odiarnos. Para reconocer que ninguno iba a salir de allí igual.

El caos explotó. La nave se convirtió en un campo de choque. Gritos. Golpes. Cuerpos moviéndose sin coreografía, solo supervivencia.

Intenté avanzar hacia él, pero alguien me interceptó. Era uno de los moteros que no estaban cuando les conté a Jax y el resto que había alguien ensuciando su nombre.

—¿Es verdad? —me gritó—. ¿Todo esto es verdad?

No respondí.

Porque si respondía, perdía tiempo. Y el tiempo ya no era nuestro.

Lo empujé a un lado y seguí. El traidor ya estaba moviéndose hacia la salida trasera. Demasiado rápido. Demasiado limpio.

—¡Se escapa! —gritó alguien y corrí.

El sonido de pasos metálicos detrás de mí lo llenaba todo. El eco de la nave deformaba la realidad. Era como correr dentro de una cabeza enferma. Y entonces lo vi otra vez.

La puerta casi abierta. Un metro. Dos. Demasiado cerca. Saqué el arma y no lo pensé. No había espacio para pensar. Solo decisión.

—¡Alto! —grité.

Se giró, y por primera vez perdió la calma. Solo un segundo, pero suficiente. Suficiente para saber que estaba acorralado.

Y justo antes de disparar, el mundo cambió otra vez. Porque escuché otra cosa. Lejos. Muy lejos. Una voz. Un nombre. Noa.

Y eso lo rompió todo dentro de mí. Porque hasta ese momento esto era una misión. Pero el nombre de Noa lo volvía personal otra vez. Y eso siempre lo complicaba todo.

El traidor aprovechó ese microsegundo y se lanzó hacia la puerta. Yo corrí detrás y la puerta se abrió antes de que pudiera alcanzarlo.

No del todo. Solo lo suficiente.

Un corte de luz blanca y fría entró desde el exterior, como si el mundo real estuviera intentando colarse dentro del infierno metálico de la nave.

Y el traidor cruzó ese umbral. No lo pensé. Salté.

Lo agarré por el hombro justo cuando su cuerpo ya estaba medio fuera. El impacto nos sacó a ambos al exterior. El aire frío de Nueva York nos golpeó como una bofetada.

Cemento. Luces lejanas. El sonido de sirenas todavía inexistentes, pero inminentes. Rodamos por el suelo. Una vez. Dos. Hasta que mi peso lo clavó contra el asfalto.

Su codo intentó golpearme el rostro. Lo esquivé por poco. Le sujeté la muñeca. Fuerte. Demasiado fuerte.

—Se acabó —le dije, y él se rio.

No era una risa nerviosa. Era una risa real. Eso fue lo que más me jodió.

—No tienes ni idea de lo grande que es esto —susurró.

—Ya lo sé.

Y era verdad. Lo sabía desde hacía días. Pero una cosa era saberlo. Y otra muy distinta era verlo encarnado debajo de ti, respirando como si aún pudiera ganar.

Detrás de mí, la nave seguía explotando en caos. Gritos. Pasos. Alguien cayendo. Alguien gritando mi nombre. Pero todo eso empezó a difuminarse.

Porque lo vi a lo lejos. Otro movimiento. Otra figura.

Victor salía por el lateral de la nave. Solo. Demasiado calmado. Como si aquello no tuviera nada que ver con él. Y en ese instante entendí algo peor que todo lo anterior.

Victor no estaba reaccionando al caos. Victor lo había previsto. O peor. Lo había dirigido.

El traidor bajo mi agarre dejó de resistirse un segundo. Solo uno. Y aprovechó para decir:

—No eres el único que cree estar haciendo lo correcto.

Le golpeé sin pensar. Un golpe seco y directo, y se calló. Pero sus ojos seguían abiertos. Eso nunca cambiaba.

Los ojos nunca se apagaban tan fácil.

Y entonces llegó ella. No la vi entrar. La sentí. Noa.

Su presencia era distinta ahora. Ya no era solo intuición. Era peso real dentro del caos.

La vi cruzar el borde de la nave, respirando fuerte, con el rostro tenso, el cuerpo en modo supervivencia.

Y detrás de ella… Lena.

Viva. Cansada, pero viva.

El aire dentro de mí cambió. Como si alguien hubiera aflojado un nudo que llevaba días apretándome el pecho. No lo mostré. No podía. Pero lo sentí.

Noa me vio y en su mirada no había alivio. Había guerra. Todo lo que habíamos roto seguía ahí. Debajo. Entre los dos.

Como una herida abierta que nadie había cerrado.

—¿Está acabado? —preguntó cuando se acercó, mirando al traidor, no a mí.

Asentí.

—Sí.

Y entonces Victor apareció detrás de todos. Como si hubiera estado esperando exactamente ese momento.

—Interesante escena —dijo.

Su voz era suave. Casi educada. Pero había algo más debajo. Algo frío. Calculado.

Noa lo vio. Su cuerpo se tensó de inmediato. Lena también. Yo di un paso adelante sin darme cuenta. Victor sonrió.

—No hace falta dramatizar tanto —añadió—. Esto ya está resuelto.

—¿Resuelto? —escupió Noa—. Lena ha estado desaparecida.

Victor ladeó la cabeza.

—Y ahora está aquí.

Como si eso lo resolviera todo. Como si el daño no existiera si lo ignorabas.

El traidor empezó a reír otra vez desde el suelo. Un sonido roto. Desagradable.

—No os dais cuenta —dijo—. Solo sois piezas.

Nadie lo escuchó, pero yo sí.

Y entonces pasó. El cambio en Noa. No fue rápido. Fue peor. Fue consciente.

La forma en la que su respiración cambió. La forma en la que su mirada se fijó en Victor.

Ya no era miedo. Ya no era duda. Era decisión.

—Tú sabías lo de Maribel —dijo ella.

Victor no respondió de inmediato. Ese segundo lo delató. Solo un segundo, pero suficiente.

Detrás de nosotros empezaban a oírse sirenas reales ahora. No lejos. Cerca.

La operación completa ya estaba en marcha. Pero el tiempo no había mejorado. Solo había cambiado de forma.

El traidor intentó levantarse, pero falló. Yo lo sujeté de nuevo. Más fuerte. Ya no tenía escapatoria. Pero el problema nunca había sido él. El problema era todo lo demás.

Victor dio un paso hacia Noa, demasiado cerca.

—Deberías dejarlo aquí —le dijo—. No es tu guerra.

Y entonces la vi. La reacción en ella. La misma que había visto tantas veces antes. Pero ahora… diferente.

Más fría. Más rota. Más libre.

—Todo es mi guerra ahora —respondió ella.

Y en ese instante lo entendí. Noa ya no estaba reaccionando. Estaba eligiendo.

Hablé con Marcus por el comunicador.

—Confirmo objetivo secundario —dije.

Silencio. Luego su voz:

—Recibido.

Victor sonrió otra vez. Pero esta vez menos seguro. Porque algo había cambiado. Y lo sabía.

Noa se giró hacia mí. Por primera vez desde todo aquello. De verdad. Sin filtro. Sin defensa.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

No era solo estrategia. Era vida. Era futuro. Era todo lo que venía después del desastre.

Miré a Victor. Miré a Lena. Miré al traidor en el suelo. Y respondí:

—Ahora se acaba.

Y el mundo, por primera vez en mucho tiempo, dejó de fingir que tenía control.

El ruido de las sirenas dejó de ser fondo. Se convirtió en presente. En decisión. En cierre.

Las luces azules empezaron a cortar la calle como cuchillas, rebotando en el asfalto mojado y en los laterales metálicos de la nave. Uno, dos vehículos. Luego más. Demasiados para que aquello siguiera siendo algo controlable.

Marcus estaba dentro de la red. Ahora ya no había margen para improvisar. Y eso significaba que todo lo que quedaba era el desenlace.

Victor dio un paso atrás. Solo uno, pero lo vi. Y él también lo supo. Que lo había hecho. Que había mostrado la primera grieta.

Noa lo vio también. Y esa fue la diferencia. Ella ya no estaba interpretando nada. Estaba leyendo.

—Se acabó el teatro —dijo Noa.

Su voz no tembló. Ni un poco. Victor la miró como si todavía pudiera recolocarlo todo en su sitio con palabras. Siempre había funcionado antes.

—No entiendes lo que estás haciendo —respondió él.

Noa soltó una risa breve. Seca. Sin humor.

—Eso es lo que siempre dicen justo antes de perder.

Yo me moví hacia el lateral. El traidor seguía en el suelo, pero ya no era prioridad. Ahora todo se estaba cerrando alrededor de Victor. Y Victor lo sabía.

Por primera vez desde que lo había visto, no estaba cómodo.

—Si sigues esto hasta el final —dijo Victor, mirando a Noa—, no habrá vuelta atrás.

Noa dio un paso hacia él. Lento. Deliberado.

—No la hay desde hace mucho —respondió.

Y entonces lo dijo. Sin elevar la voz. Sin dramatismo. Solo verdad:

—Tú solo te habías convencido de que seguía habiendo opciones.

El sonido de botas detrás de nosotros cambió el ritmo de la escena. Policía. Operación cerrada. Marcus entrando con todo el peso del sistema detrás.

Ahora sí. Ahora ya no dependía de nadie aquí.

Victor miró alrededor. Calculando. Y entonces intentó hacer lo único que le quedaba. Salir.

Se movió hacia el lateral del muelle. Rápido. Demasiado rápido para alguien que aún quería negociar.

—¡Ahora! —grité.

No a nadie en concreto. A todos.

Los agentes se movieron y le cortaron todas las salidas. Victor se detuvo y sonrió. Esa sonrisa no era de victoria. Era de comprensión.

Como si acabara de aceptar algo que ya sabía desde el principio.

Noa lo miraba fijamente. Sin parpadear. Sin desviarse.

—No vas a ganar esto —dijo ella.

Victor la miró.

—Ya he ganado lo suficiente —respondió.

Y entonces ocurrió. El último intento. Se giró hacia ella. No hacía mí ni hacia la policía. Hacia ella.

—Sin mí no tienes nada —dijo.

Noa no respondió de inmediato. Y ese segundo lo cambió todo. Porque no dudaba. Estaba decidiendo qué tipo de verdad quería dejarle.

—Sin ti —dijo por fin—, tengo aire.

El golpe fue más fuerte que cualquier grito. Victor perdió la expresión. Solo un segundo. Pero suficiente.

Marcus gritó algo desde la radio. No lo escuché. Ya no importaba. Todo estaba entrando en fase final.

Los agentes lo rodearon. Uno, dos, tres movimientos. Control. Cierre. Esposas. Fin.

Victor no luchó al principio, solo miró a Noa. Y cuando lo hizo, su voz bajó.

—Te van a consumir —dijo.

Noa no apartó la mirada.

—No tanto como tú.

Y entonces se lo llevaron. Sin espectáculo.

El silencio que quedó después fue peor. Porque ya no había enemigo. Solo consecuencias.

Me acerqué a Lena. Estaba viva. Sentada. Respirando. Pero con esa mirada de quien todavía no ha vuelto del todo.

No dije nada. Solo asentí. Y eso bastó.

Noa no se movía. Seguía mirando el punto donde Victor había desaparecido. Como si su cuerpo todavía no hubiera entendido que aquello había terminado.

Me acerqué a ella. Despacio. Sin invadir.

—Se acabó —dije.

Ella no me miró.

—Sí —respondió.

Pero no sonó como final. Sonó como inicio roto.

Silencio. Demasiado largo. Demasiado real.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Otra vez. Pero esta vez distinto. Más vacío. Más humano.

No respondí de inmediato. Porque no tenía una respuesta limpia. Solo una verdad incómoda.

Miré alrededor. La nave. La policía. Lena. El traidor siendo levantado. El mundo volviendo a su eje deformado.

Y luego la miré a ella.

—Ahora viene lo difícil —dije.

Noa soltó aire. Cansado. Roto. Pero todavía de pie.

—Claro —murmuró—. Porque esto era lo fácil.

Y por primera vez en mucho tiempo no hubo nada más que decir. Solo el peso de todo lo que seguía existiendo después del final.

Capítulo 29



Noa

Una semana después, el mundo no se había arreglado. Solo había dejado de gritar.

Eso era lo más engañoso de la calma: que parecía paz, pero en realidad era agotamiento colectivo.

Yo había aprendido a distinguirlo. La paz de verdad no pesaba. Estaba.

Cuando me dijeron que podía verla, no sentí alivio inmediato. Sentí algo más raro. Algo que no supe nombrar hasta que la tuve delante.

Miedo. No al reencuentro. Sino que no fuera suficiente.

La sala era pequeña. Demasiado blanca. Demasiado limpia. De esas que parecían diseñadas para contener emociones sin que se derramasen.

Pero las emociones siempre encontraban grietas.

La puerta se abrió, y ahí estaba. Mia. Mi hija.

Se quedó quieta. Yo también. El tiempo no avanzó durante unos segundos. Luego ella dio un paso. Pequeño e inseguro. Y ese paso lo cambió todo.

No lloré de inmediato. Eso vino después. Primero la miré. Como si tuviera que aprenderla otra vez.

Sus manos. Su cara. Su forma de estar de pie. Todo lo que no había visto durante demasiado tiempo.

—Hola —dije. Y mi voz salió más rota de lo que esperaba.

Ella no respondió. Solo me miró. Como si yo fuera un recuerdo que no encajaba del todo en la realidad.

Y entonces ocurrió lo que no había ocurrido en semanas, meses, años en realidad. Se acercó y me abrazó.

El impacto no fue físico. Fue interno. Como si algo que llevaba demasiado tiempo suspendido por fin cayera.

Le devolví el abrazo con cuidado al principio. Luego con todo. Sin medir. Sin pensar. Solo sosteniendo lo que había vuelto.

No sabría decir cuánto tiempo estuvimos así. No lo medí. Porque medirlo habría sido romperlo.

Cuando nos separamos, ella me miró otra vez. Esta vez con algo distinto. Reconocimiento.

Y por primera vez en mucho tiempo, entendí algo simple:
Había sobrevivido.

—¿Me puedo ir ya contigo? —preguntó, y ahí sí, ahí sonreí y la abracé aún más fuerte.

—Sí, mi vida. Te vienes a casa conmigo.

El bar seguía existiendo. Eso fue lo primero que pensé al volver. No porque fuera importante en sí, sino porque todo lo que había pasado allí seguía pegado a las paredes.

Aunque nadie lo viera.

Noa ya no era la misma persona que entraba allí semanas atrás. Y eso era lo que más costaba explicar.

A simple vista, todo seguía igual. Las luces. Las mesas. El ruido. Pero debajo había otra capa. Invisible. Más pesada.

Y él estaba allí. Darek. Apoyado cerca de la barra. Como si no supiera muy bien dónde colocarse en el mundo ahora. Como si por fin el mundo le hubiera quitado el guion.

No nos acercamos de inmediato. Eso habría sido demasiado fácil. Demasiado limpio. Y nada de lo nuestro lo había sido nunca.

Lena estaba en otra mesa. Viva. Sarcástica como siempre. Eso ayudaba más de lo que parecía.

Finalmente, él levantó la vista y nos vimos.

Me acerqué despacio.

—No sé cómo confiar en ti —dije.

No sonó como una acusación. Sonó como una verdad cansada.

Darek no apartó la mirada. Eso fue importante.

—Aprendemos —respondió—. O lo intentamos.

Silencio. Otra vez. Pero distinto.

Los días siguientes no fueron fáciles. Pero tampoco fueron falsos. Y eso ya era algo.

Darek no desapareció. No volvió a esconderse detrás de nada. Eso lo cambió todo más de lo que cualquier explicación podría haber hecho.

Los moteros seguían siendo… ellos. Caos con piernas. Ruido constante. Humor absurdo en los peores momentos.

Yo empecé a reírme más. No porque todo estuviera bien, sino porque el silencio ya no era la única opción.

Darek también cambió. No de golpe, sino de forma humana.

Un día lo vi sentado fuera del bar, mirando la calle. Y no estaba vigilando. No estaba calculando. Solo estaba.

Me acerqué.

—Te estás volviendo aburrido —le dije y me miró.

—Estoy intentando no ser un problema.

—Eso ya es un problema —respondí.

Y por primera vez en mucho tiempo, los dos nos reímos.

Fue una noche cualquiera cuando me dijo lo de su tatuaje. No lo esperaba. Nada en él era predecible cuando decidía abrirse.

Estábamos fuera del bar. El ruido dentro seguía siendo el de siempre. Pero fuera había otra cosa. Silencio compartido.

Darek se quitó la chaqueta y me enseñó el antebrazo.

Ahí estaba. Un tatuaje pequeño y discreto, pero imposible de ignorar una vez lo veías.

—Esto no te lo había enseñado —dijo.

Me acerqué, lo miré y sentí que algo dentro cambiaba de forma sin pedirme permiso.

No era solo tinta. Era historia.

—Nicole —dijo él—. Y Oliver Alexander.

No dije nada. Porque no era el momento de romperlo con palabras.

—Murieron en un incendio —añadió—. Hace años.

El aire cambió. No de golpe, sino como si el mundo se hiciera más pesado un centímetro.

—Creí que me había quedado sin sitio —dijo—. Sin dirección. Y luego apareciste tú.

Me reí sin querer.

—Eso suena a excusa romántica muy peligrosa.

Él negó con la cabeza.

—No lo es.

Silencio.

—Tu nombre —dijo—. Noa —me miró, y en sus ojos vi algo que no conseguía interpretar—. No es casualidad.

Me quedé quieta.

—Nicole. Oliver Alexnder —hizo una pausa—. Noa. Sus iniciales.

El aire se quedó suspendido.

—Esto no es una historia normal —dije.

Darek sonrió. Sin armadura.

—Menos mal —respondió.

Y por primera vez desde que todo empezó, no sentí que eso fuera peligroso. Sentí que era verdad.

El aire se quedó suspendido entre nosotros, denso con el peso de los nombres no dichos y las vidas perdidas. Nicole. Oliver. Las piezas de un rompecabezas que nunca supe que existía, y de repente, todo encajaba de una forma aterradora y perfecta.

No dije nada. No necesitaba decirlo. Levanté una mano y tracé con el dedo la línea del tatuaje en su antebrazo. La tinta era cálida bajo mi toque, o quizá era su piel la que ardía. Sentí el temblor que recorrió su cuerpo, una respuesta involuntaria a mi contacto. Sus ojos se oscurecieron, el azul pálido transformándose en un tormento de deseo.

—Noa —murmuró mi nombre, y sonó como una plegaria, como una confesión.

Eso fue todo.

La distancia que nos separaba se evaporó. Mis manos subieron por su pecho, hasta rodear su cuello, y lo bajé hacia mí. Nuestros labios se encontraron no con la furia de otras veces, no con la desesperación del pasillo o la violencia de la confrontación, sino con una certeza aplastante. Fue un beso lento, profundo, un reconocimiento. Un pacto sellado con la punta de la lengua. Sabía a café, a noche fría, a promesas incumplidas y a nuevas esperanzas.

Sus manos me rodearon la cintura, atrayéndome contra él con una fuerza que me robó el aliento. Podía sentir la dureza de su erección a través de nuestros vaqueros, una promesa palpable de lo que estaba por venir. El deseo, ese viejo y conocido perro guardián, se despertó con un gemido bajo en mi garganta.

—Mi piso —dijo él, con la voz ronca contra mis labios—. Ahora.

No hubo discusión. No hubo resistencia. Solo asentí, con mi frente contra la suya, compartiendo el mismo aire, la misma urgencia.

El camino de vuelta fue una mancha de luces de neón y asfalto mojado. Llegamos a su piso, y la puerta se cerró detrás de nosotros con un chasquido metálico que sonó a punto y final. El silencio del lugar era diferente al mío. No era un silencio de ausencia, sino de espera. Como si la casa supiera que finalmente íbamos a llenarla.

Me giró y me empujó suavemente contra la puerta, no con violencia, sino con una intención que me hizo temblar. Su boca volvió a encontrar la mía, más profunda esta vez, más posesiva. Sus manos ya no eran torpes ni desesperadas. Eran seguras. Sabían exactamente lo que querían. Se deslizaron por mis hombros, bajando por mis brazos, hasta encontrar el borde de mi camiseta.

Con un movimiento fluido, la levantó, desprendiéndola de mí. El aire frío de la habitación me erizó la piel, pero el calor de su mirada fue lo que realmente me quemó. Me observó, no con lujuria, sino con una reverencia que me desarmó por completo.

—Te he visto mil veces —dijo, su voz un susurro ronco—. Pero nunca te había visto.

Mis manos encontraron el dobladillo de su camiseta y se la quité, revelando el torso duro y marcado, la piel marcada por cicatrices que contaban historias que aún no conocía. Mis dedos trazaron una de ellas, una línea blanca y pálida que cruzaba sus costillas. Él no se movió, solo me dejó explorar, aceptándome como se estaba aceptando a sí mismo.

Me cogió de la mano y me guio hacia el dormitorio, sin encender la luz. La habitación estaba bañada por la luz plateada de la luna que se filtraba por la ventana. Y allí estaba. Una cama. Grande, deshecha, esperando.

Una risa escapó de mis labios, una burbuja de tensión liberada. Me giré hacia él, con los ojos brillantes.

—Por fin lo hacemos en una cama —dije, con la voz temblorosa por la emoción y el deseo—. Que ya tenía complejo de ladrillo.

Por un segundo, no hubo reacción. Y entonces, Darek estalló. No fue una risa contenida, fue una carcajada pura, real, gutural, una risa que sacudió todo su cuerpo y que llenó la habitación, que colmó mi alma. Reía con los ojos cerrados, con la cabeza echada hacia atrás, un sonido libre y sin ataduras que nunca había oído antes. Y en ese sonido, oí la demolición de todas sus murallas.

Cuando se detuvo, tenía los ojos brillantes, una sonrisa genuina y desarmada en los labios. Se acercó a mí, sus manos encontrando mi rostro, sus pulgares acariciando mis mejillas.

—Prepárate, cariño —dijo, su voz todavía vibrante de risa, pero ahora cargada de una promesa tan seria y profunda que me cortó la respiración—. Porque desde ahora, te voy a hacer mía no solo contra una pared, sino en la cama, en el sofá y en todos los rincones de nuestra casa, porque os mudáis mañana a vivir conmigo.

El mundo se detuvo. Las palabras flotaron en el aire entre nosotros, pesadas, reales, irreversibles. *Nuestra casa*. *Vivir conmigo*. No era una pregunta. Era una declaración. Un ancla en medio de nuestro caos.

Y antes de que pudiera procesarlo, antes de que pudiera asustarme, me besó.

Y ese beso fue diferente a todos los demás. No fue de rabia, ni de desesperación, ni siquiera de puro deseo. Fue un beso de futuro. Un beso que decía "aquí me quedo". Un beso que prometía mañanas y noches y mil batallas más, pero juntas.

Me levantó sin esfuerzo, como si no pesara nada, y me depositó suavemente en la cama. Cayó sobre mí, su peso un ancla, su calor un hogar. Sus manos exploraron mi cuerpo con una nueva paciencia, aprendiéndolo, memorizándolo. Sus labios siguieron el mismo camino, besando cada cicatriz, cada lunar, cada centímetro de piel que había estado esperando por él.

Se deshizo de mis vaqueros y de los suyos con una lentitud tortuosa, y cuando por fin nos quedamos desnudos, piel contra piel, no hubo prisa. Solo la sensación abrumadora de estar finalmente, completamente, irremediablemente juntos.

Se deslizó hacia dentro de mí con un gemido, y el movimiento fue lento, profundo, un hogar. No hubo embestidas, ni urgencia, solo un ritmo constante, un oleaje que nos llevaba a la deriva. Sus ojos estaban clavados en los míos, y en ellos vi todo. El dolor, el miedo, la esperanza. Y el amor. Oh, Dios, el amor.

—Te amo —susurré, sin pensarlo, la verdad más simple y aterradora que había dicho nunca—. Te amo con locura, Darek.

Su ritmo se detuvo un segundo. Su expresión se suavizó, toda la armadura cayendo para revelar el hombre vulnerable que había estado escondiendo. Y sonrió. Una sonrisa limpia, pura, que iluminó la habitación.

—Yo también, Noa —respondió, su voz firme, segura—. Yo también.

Y entonces empezó a moverse de nuevo, más profundo, más lento; cada embestida una promesa, cada retirada una súplica. Y esta vez, cuando el orgasmo me golpeó, no fue una explosión violenta. Fue una ola. Un tsunami de emoción y placer que me ahogó y me salvó a la vez. Me aferré a él, gritando su nombre, no como una maldición, sino como un mantra.

Me siguió al abismo, su cuerpo tensándose sobre el mío, su rostro contorsionado en un éxtasis hermoso y doloroso. Y cuando se derrumbó sobre mí, me abrazó, y en el silencio que siguió, en el calor de su cuerpo, en el ritmo de su corazón contra mi pecho, supe que había encontrado mi hogar.

No era perfecto. No era fácil. Era real. Y por primera vez en mi vida, la realidad no me asustaba.

Permanecimos así, enredados en las sábanas que olían a él y a mí, a sudor y a sexo y a algo nuevo que todavía no tenía nombre. La luz de la luna se deslizaba por el suelo de madera, pintando sombras danzantes en la pared. El mundo exterior podía arder, podía desmoronarse, pero aquí, en esta burbuja de sábanas y piel tibia, estábamos a salvo.

Sentí su respiración volverse más profunda, más regular. Darek se estaba quedando dormido, su cuerpo pesado y relajado sobre el mío, un ancla que me mantenía en la tierra. Escuché su latido, un tambor constante y tranquilo contra mi pecho. No era el ritmo frenético de la batalla o el pulso acelerado del deseo. Era el ritmo de la calma. De la paz.

Y en ese silencio sagrado, mi mente, libre por fin de la urgencia, se permitió sentirlo todo. El amor. Sí, eso, una fuerza tan poderosa y aterradora que me dejaba sin aliento. Pero había algo más. Algo que había estado creciendo en los márgenes de nuestro caos, algo que ahora florecía en la quietud de la noche.

Era gratitud.

Le estaba agradecida a Darek por no rendirse conmigo. Por ver la perra que era y quedarse. Por empujarme contra las paredes y por sostenerme cuando caía. Por romperme y por ayudarme a volver a juntar los pedazos, aunque algunos no encajaran igual.

Y le estaba agradecida a Mia. A mi hija. Por ser la brújula que me guio de vuelta a mí misma. Por su abrazo torpe y silencioso que había reparado algo que yo creía irremediablemente roto. Por ser la razón por la que la supervivencia ya no era suficiente.

Lena. Una risa se me escapó, tan suave que no lo despertó. Le estaba agradecida a esa mujer caótica y leal, por ser el espejo que me devolvía mi propia fuerza cuando no la encontraba.

Incluso a los moteros. A ese caos con piernas que llenaba el bar de ruido y humor absurdo. Me habían dado un lugar al que pertenecer cuando creía que no tenía ninguno. Me habían mostrado que la familia no siempre era de sangre A veces era ruido, cerveza barata y una lealtad que no pedía explicaciones.

Y entonces estaba Darek de nuevo. Siempre Darek. El epicentro de todo. El hombre que había entrado en mi vida como una tormenta y que ahora era el cielo sereno después de la misma. El hombre con un tatuaje en el antebrazo que contenía los nombres de su pasado y cuyo corazón, de alguna manera, había encontrado espacio para el mío.

Me moví ligeramente, y él gruñó en sueños, tirando de mí para que me acercara más, como un niño que no quiere soltar su juguete favorito. Sonreí en la oscuridad. Su juguete favorito. Qué lejos habíamos llegado.

La idea de mudarme mañana a su casa, a nuestra casa, ya no me asustaba. No era una pérdida de independencia. Era una ganancia. Estaba ganando un hogar. Un futuro. Estaba ganando la oportunidad de despertarme todas las mañanas con este hombre ruidoso, roto y maravilloso a mi lado.

Cerré los ojos, permitiendo que el sueño me arrastrara. Pero antes de hundirme por completo, una última certeza se instaló en mi alma, tan sólida y real como el peso de su cuerpo sobre el mío.

Por primera vez en mi vida, no estaba esperando a que la otra zapata cayera. No estaba esperando el siguiente desastre. Estaba esperando el amanecer.

Porque por primera vez en mi vida, tenía a alguien con quien compartirlo.

Epílogo



Darek

Tres años. Eso era lo que había tardado mi vida en dejar de parecer una operación encubierta.

Tres años para que el silencio dejara de ser sospechoso. Para que la calma no me pareciera una trampa. Para que dormir sin estar en alerta no me diera la sensación de estar cometiendo un error.

Y aun así, incluso ahora, a veces me despertaba esperando lo peor.

Luego sentía el calor de alguien a mi lado. Y se me pasaba.

Mia fue la primera en llamarme papá. No hubo ceremonia. No hubo conversación larga ni preparación emocional.

Simplemente un día, mientras intentaba alcanzarme para enseñarme un dibujo mal hecho de una moto, me miró y lo dijo como si fuera lo más natural del mundo.

—*Papá, mira.*

Y el mundo se detuvo lo justo para cambiar de forma. No lo corregí. No pregunté si debía. Solo asentí. Porque había cosas que no necesitaban permiso para ser reales.

Después llegó Alex. Nuestro hijo. El segundo punto de inflexión, que ya no fue sorpresa, pero sí revolución.

Noa lo supo antes que yo. Siempre lo supo todo antes.

Cuando me lo dijo, se quedó mirándome como si estuviera esperando una reacción complicada. Yo solo me quedé en silencio. Luego dije lo único que importaba.

—*Lo vamos a hacer bien.*

Y lo intentamos. Y, por extraño que parezca, lo conseguimos.

Alex tenía dos años ahora. Demasiado curioso. Demasiado rápido. Demasiado parecido a lo que fui yo antes de aprender a fingir que el mundo no podía romperme.

Y Noa decía que tenía mi mirada. Yo decía que tenía la suya. La verdad, como casi siempre, estaba en algún punto intermedio.

Noa estaba embarazada otra vez. Esta vez lo sabíamos desde el principio. Eso ya era una victoria en sí misma. Habíamos dejado de descubrir la vida por accidente. Ahora la construíamos a propósito.

—*Si es niña, la llamamos Nicole* —dijo ella un día.

Estábamos en la cocina. Alex tirando cosas al suelo. Mia intentando educarlo con una paciencia que no sabía de dónde había sacado. Yo, congelado con un vaso en la mano.

—*¿Nicole?* —repetí.

Noa me miró como si fuera obvio.

—*Nicole.*

No discutí. Porque había nombres que no eran solo nombres. Eran historia. Eran memoria. Eran cierre.

Marcus seguía siendo Marcus. Lo que significaba que seguía siendo el único adulto funcional en un radio de varios kilómetros.

Oficialmente había dejado el trabajo de campo, como yo. Ahora éramos eso que nunca pensé que sería: los que coordinaban desde la distancia. Los que evitan que otros se rompan como nosotros nos rompimos.

—*Te has vuelto aburrido* —me dijo una vez.

—*He sobrevivido* —le respondí y se rio.

—*Eso también es una forma de lujo.*

Mia y Alex lo llamaban tío Marcus. Él fingía que le molestaba. No le molestaba. Los consentía demasiado.

Siempre llegaban a casa con cosas que "tío Marcus les había dado". Siempre. No preguntaba de dónde salían exactamente. Había aprendido que algunas preguntas solo arruinaban las cosas buenas.

Lena seguía siendo Lena. Eso no había cambiado. Solo había cambiado el contexto.

Había montado su propio salón de belleza hacía dos años. Decía que era libertad. Decía que no necesitaba a nadie. Decía muchas cosas. Pero siempre aparecía. Siempre.

Con excusas malas. Con regalos absurdos para los niños. Mia la adoraba. Alex la adoraba. Y ella fingía que eso no significaba nada.

—*No me gustan los niños* —decía siempre.

Y cinco minutos después estaba peinando a Mia como si fuera su obra de arte personal.

Los Black Angels seguían ahí. No como banda, sino como algo distinto.

Organizaban recogidas de comida. De ropa. De juguetes. De lo que hiciera falta.

Todo para centros de acogida. Hospitales. Casas donde las madres solteras intentaban sostener el mundo con las manos temblando.

Nunca lo decían en voz alta, pero habían dejado de ser lo que eran para convertirse en otra cosa. Algo más difícil de destruir.

Briggs seguía siendo Briggs. Grande. Rudo. Intimidante a primera vista. Y completamente inútil con los niños. Lo cual significaba que los niños lo adoraban.

Mia se le subía encima como si fuera un mueble. Alex le tiraba del pelo. Y él se reía como si eso fuera lo mejor del mundo.

Con Lena era otra historia. O no una historia. O historia sin escribir todavía.

Briggs la miraba como si no entendiera por qué ella no le miraba de vuelta. Ella fingía que no lo veía. Yo veía demasiado.

—*No tienes ni idea de lo que tienes delante* —le dije una vez.

—*No empieces* —me respondió Lena.

Pero no negó nada. Eso también era una respuesta.

La casa era ruidosa siempre. Demasiado. Y eso era lo más bonito que había vivido nunca.

Una tarde, Mia vino corriendo hacia mí.

—*Papá, Alex se ha comido una pieza del puzzle.*

—*¿Y cómo sabes que no era comestible?* —pregunté.

—*Porque era de plástico.*

Suspiré y escuché a Noa desde la cocina.

—*Ese es tu hijo.*

—*Ese es nuestro hijo* —corregí.

Y ahí estaba el centro de todo. No en los grandes momentos, sino en los pequeños desastres diarios que confirmaban que seguíamos aquí.

A veces me sentaba fuera, solo, mirando la calle. Por reflejo. Por costumbre. Por algo que todavía no había desaparecido del todo.

Y entonces escuchaba voces dentro. Risas. Gritos. Algo cayendo. Alguien riendo más fuerte. Y se me pasaba.

Noa salió un día con una manta sobre los hombros y se sentó a mi lado.

—*¿Sigues vigilando?* —preguntó.

—*No* —respondí—. *Ahora solo estoy aquí.*

Ella apoyó la cabeza en mi hombro.

—*Mentiroso.*

Sonreí.

—*Un poco.*

Hubo un silencio largo, pero no incómodo. De los que ya no asustaban.

—*Si esto se rompe* —dijo ella, pero no terminó la frase. No hacía falta.

Yo miré la casa. La luz dentro. Los niños. El ruido. La vida.

—*No se va a romper* —respondí.

No como promesa, sino como decisión.

Alex salió corriendo. Tropezó, se cayó y se levantó riéndose. Mia lo regañó sin dejar de reír. Lena gritó algo desde dentro. Briggs apareció en la puerta con un juguete roto. Marcus llamó por teléfono diciendo que iba a llegar tarde otra vez.

Y Noa me miró. De verdad. Sin miedo. Sin pasado. Sin máscaras.

—*Esto es una locura* —dijo.

—*Sí* —respondí.

—*Y aun así…*

—*Y, aun así* —repetí yo.

Se rio y apoyó la mano en su barriga. Entonces lo entendí.

No como idea ni como conclusión. Como algo físico. Real e irreversible.

El mundo no se había arreglado. No lo haría nunca. Pero había dejado de ser solo supervivencia.

Porque ahora no era solo lo que habíamos sobrevivido. Era lo que habíamos elegido construir encima.

Y esa noche, cuando todo se calmó un poco, lo suficiente para que la vida pareciera respirar, me quedé mirando a todos.

A ellos. A los míos. A lo que nunca pensé que tendría.

Y pensé algo que me acompañó más de lo que esperaba. Que quizá no había venido a este mundo a salvar nada.

Quizá había venido roto. Pero había encontrado un lugar donde dejar de romperlo todo.

Y por primera vez en mi vida, eso fue suficiente.

Mis redes sociales:

Facebook: Hugo Sanz
Instagram: @hugosanz.autor
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/HugoSanz

---

[1] Traducción: El mundo estaba en llamas y nadie podía salvarme excepto tú.

[2] Traducción: Qué juego tan perverso juegas para hacerme sentir así.